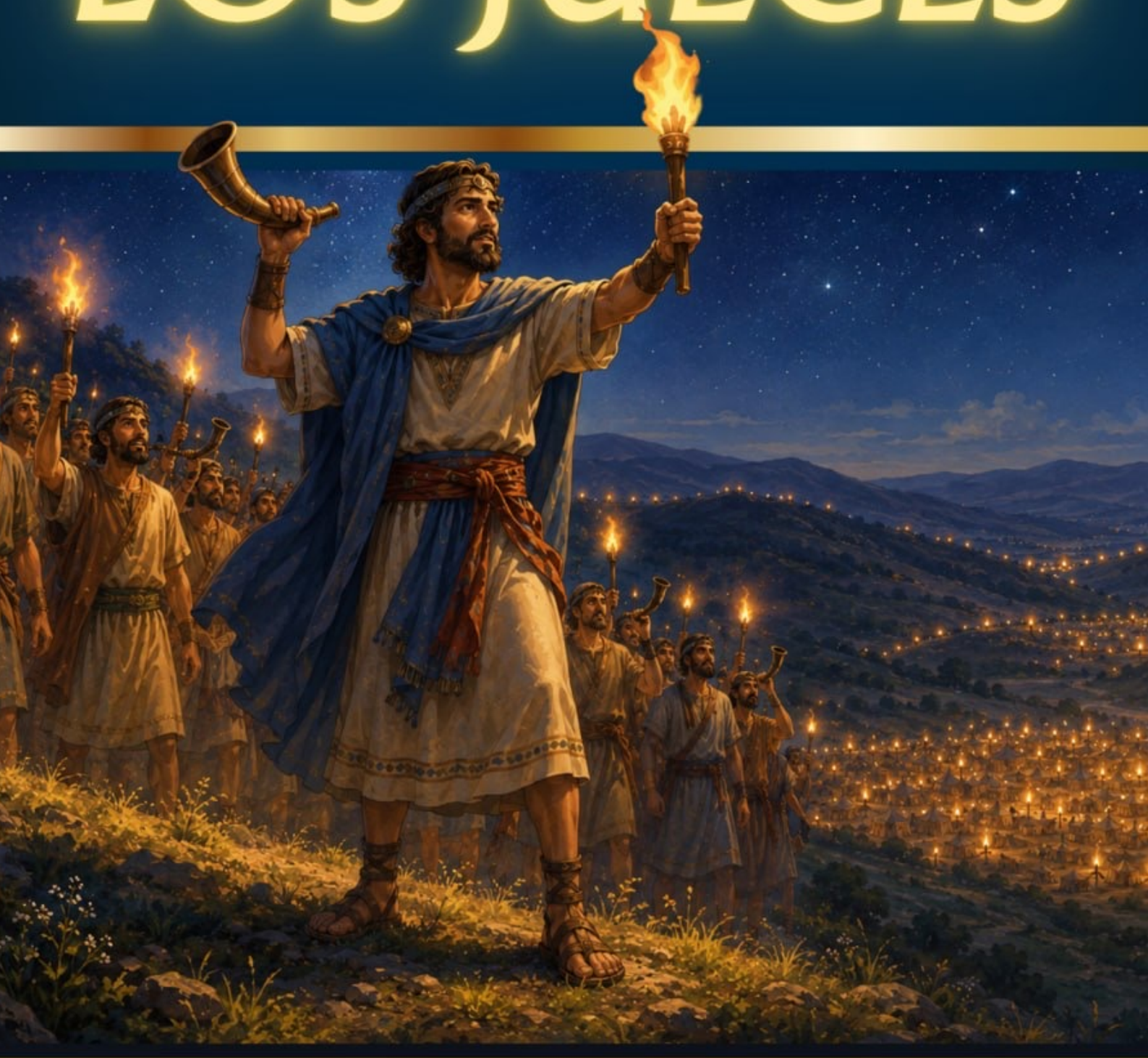
Historias de la Biblia para Niños

3

La Conquista y LOS JUECES



Historias Padre de Amor

Marlise Schneider

La Conquista y los Jueces
Autor: Marlise Schneider
Traducción al Español: Marlise Schneider
Diseño y Portada: Leandro Pena
Maranathamedia.net (*Maranatamedianet@gmail.com*)
Agosto 2026
Impreso en Argentina Por NARDO PURO (*denardopuro@gmail.com*)

Historias de la Biblia para Niños 3

La Conquista y LOS JUECES

HISTORIAS **PADRE DE AMOR**

Marlise Schneider

MARANATHA MEDIA

Quisiera extender mi agradecimiento a Daniel Bernhardt, Carlos Hernández y Kevin Mullins por sus sugerencias mientras se escribía este libro.

Este libro está dedicado a mis hijos amados: Lukas y Sarah

Índice

Índice	5
Introducción	8
1. Rahab ayuda a los israelitas	11
2. El cruce del Jordán	14
3. La marcha alrededor de Jericó	17
4. El pecado escondido de Acán	21
5. Se lee la ley de Dios	25
6. Los gabaonitas y los israelitas	28
7. El día más largo	31
8. Dividen la tierra de Canaán	34
9. Se resuelve un malentendido	38
10. El último mensaje de Josué para Israel	41
11. El lugar de los que lloran	44
12. La fe de una mujer	48
13. Los primeros jueces	51
14. Débora	55
15. La duda de Gedeón	59
16. El pequeño ejército de Gedeón	63
17. Los problemas de Gedeón	67
18. Abimelec, el rey autoproclamado	70
19. Jefté y su hija	74
20. Esperando al bebé Sansón	78
21. La fuerza de Sansón	81

22. Sansón y Dalila 86
23. Los ídolos de Micaía 90
24. La tribu más pequeña 95
25. Una mujer pagana elije a Dios 99
26. La redención de Rut 104
27. La fe de Ana 107
28. El servicio de Samuel 110
29. Los filisteos toman el arca 114
30. Los filisteos devuelven el arca 118
31. Israel pide un rey 122
32. El rey escogido 125
33. Los israelitas aceptan a Saúl 129
34. Saúl elige su propio camino 133
35. La fe de Jonatán 137
36. Saúl es deshechado 141
37. La unción de David 146
38. David y Goliat 149
39. Los celos de Saúl 153
40. Los mejores amigos 156
41. A David le falta fe 161
42. David perdona la vida de Saúl 165
43. La sabiduría de Abigail 168
44. David vuelve a perdonar la vida de Saúl 172
45. La peor decisión de Saúl 175
46. David en Siclag 179
47. David, el nuevo rey 183
48. Las batallas del rey David 186

49. El arca llega a Jerusalén 190
50. La promesa de Dios a David 194
51. La lealtad de David 197
52. El pecado y el arrepentimiento de David 200
53. Amnón y Absalón 204
54. Absalón se rebela contra David 208
55. La muerte de Absalón 213
56. David regresa a su reino 217
57. Hombres de honor durante la época de David 221
58. Una plaga en Israel 225
59. Salomón, el nuevo rey 229
Índice Temático 233

Introducción

Cuando Jesús vivió en esta tierra, los niños lo rodeaban, ansiosos por escuchar más acerca de nuestro Padre Celestial y recibir su bendición. Los niños que nos rodean hoy, ya sean nuestros o no, son el regalo más preciado que Dios nos ha dado, y el gozo de compartir el amor recibido de Dios con ellos es el más alto llamado. Una manera de hacer esto es enseñándoles acerca de nuestro Padre Celestial y cómo su Hijo vino a morar entre nosotros y enseñarnos el camino a la vida eterna.

Marlise, en su anhelo por bendecir a nuestros hijos Lukas y Sarah, comenzó a tomar notas de las historias que les contaba. Pronto, a medida que estas notas se multiplicaron, se hizo claro que también podrían ser de gran valor para todos aquellos padres que enfrentan desafíos similares. Así, estas notas se transformaron en un proyecto, del cual forma parte este tercer volumen de la serie para niños, *Padre de Amor*. La historia del pueblo de Israel, desde el momento en que fueron llevados a Canaán, y sus luchas al poseer la tierra, están llenas de valiosas lecciones para toda persona, incluso nuestros hijos.

Este volumen cubre la trayectoria del pueblo de Dios desde el momento en que entraron a la tierra con Josué, hasta la muerte del rey David. ¿Quería Dios realmente que el pueblo de Israel conquistase la tierra por la espada? ¿O tenía otros planes? En este libro, encontrarás el plan original de Dios, y cómo él, para no perder eternamente a sus hijos, es condescendiente hacia ellos e intenta

enseñarles y guiarlos, mientras les suplica, hasta el punto en el cual acepta que ellos tengan un rey, aun cuando ésta era una clara señal de que rechazaban a Dios. Y en toda esta narración, encontramos las muchas luchas que nuestros niñitos eventualmente tendrán que enfrentar. ¿Seguirán a Dios en todo, o serán tentados y caerán en el camino, para luego ser salvados a lo último, como sucedió con Sansón? ¿Escucharán la voz de Dios desde temprano, como lo hizo Samuel, o rechazarán la invitación directa y el llamado de Dios, como lo hizo Saúl? Que Dios te dé la sabiduría y que su Espíritu que te ayude mientras guías a tus niños hacia la ciudad eterna de Dios a través de este mundo mortalmente peligroso por el pecado y el rechazo a Dios.

Al escribir estas historias, se ha prestado especial atención para asegurarse que estén basadas en la comprensión de los pactos de acuerdo con el mensaje de la justificación por la fe. El hombre no es consciente de la profundidad de su pecaminosidad, su autosuficiencia, y el nivel de desconfianza que tiene de Dios. Estas realidades se manifiestan en muchas historias bíblicas, además del anhelo constante de Dios de que toda la humanidad, desde Adán y Eva hasta nuestros días, pueda salirse del antiguo pacto y aceptar el nuevo pacto. Este pacto de Dios consiste en recibir y atesorar su palabra, en recibir el perdón de Dios y en recibir a Cristo. La experiencia del nuevo pacto está expresada con mayor claridad en la vida de Cristo.

Cada lección contiene un versículo bíblico de memoria, el cual, según el punto de vista de la autora, presenta la esencia de la historia. Además, se provee la referencia bíblica para cada historia, así como también una referencia de los escritos de Elena G. de White para aquellos que quisieran leer más. Al final del libro, se ha provisto

de un índice temático para facilitar la búsqueda de historias específicas.

Es el deseo de Marlise que este material pueda ser de tanta bendición para ti y tu familia como lo ha sido la preparación de este material para nuestra familia. Que Dios te bendiga en tu tarea como padre y maestro de aquellos a los cuales pertenece el reino de los cielos.

Daniel E. Bernhardt

1. Rahab ayuda a los israelitas

Dado que Dios los eligió para que sean su pueblo santo y amado por él, ustedes tienen que vestirse de tierna compasión, bondad, humildad, gentileza y paciencia.
Colosenses 3:12 (NTV)

 *Josué 1-2 | Patriarcas y Profetas, capítulo 44*

Los israelitas extrañaban a Moisés. Estaban tristes que él había muerto, y durante treinta días hicieron una ceremonia en memoria de él. Recordaron con cuánta paciencia los había guiado, y se sintieron consolados al ver que Dios todavía estaba con ellos: el pilar de nube todavía estaba sobre el santuario, guiándolos. También sabían que Dios había elegido a Josué como su líder en lugar de Moisés.

Dios le habló a Josué y le aseguró, “Estaré contigo, así como lo estuve con Moisés.” Sabía que Josué se sentía inseguro en cuanto a qué hacer y cómo hacerlo. Dios también le recordó a Josué lo importante que sería guardar sus leyes con la ayuda de Dios. Dios no podría bendecir a Josué si él hacía las cosas a su manera.

Pronto llegaría el momento de cruzar el Jordán. “En tres días, cruzaremos el Río Jordán, para que poseamos la tierra de Canaán,” anunció Josué al pueblo. Ellos escucharon atentamente mientras Josué habló de sus planes. “Te obedeceremos en todo, así como

obedecimos a Moisés," dijeron, "pero el Señor tiene que estar contigo como lo estuvo con Moisés."

Para prepararse para el cruce del río, Josué les pidió a dos jóvenes que cruzaran y espiaran una ciudad cananea cercana llamada Jericó. Los dos jóvenes espías llegaron a Jericó, entraron fácilmente por la puerta, y pidieron pasar la noche en casa de una mujer llamada Rahab.

Los dos hombres habían entrado a Jericó pacífica y fácilmente, pero pronto el rey de Jericó se enteró de ellos. Enseguida envió soldados para buscarlos. Rahab no quería que los soldados los agarraran. Había oído las historias de lo que Dios había hecho por Israel, y creía que estos hombres adoraban al Dios verdadero y pertenecían a él. Enseguida los subió a su techo. "Escóndanse aquí, debajo de este manojo de lino," les indicó, y cuidadosamente los cubrió con lino para que nadie los viera. Luego bajó y habló con los soldados. Les mintió, diciendo, "Creo que los israelitas salieron por el portón de la ciudad; no los he visto desde ese entonces." La mentira no encaja con la manera en que Dios hace las cosas, pero Rahab no sabía esto. Hizo lo mejor que pudo con lo que conocía. Los soldados le creyeron y enseguida salieron de la ciudad con el deseo de atrapar a los dos espías.

Después que se fueron los soldados, Rahab subió a donde estaban los espías. "Sé que Dios está con ustedes," les dijo, "Hemos oído todas las cosas que Dios ha hecho por su pueblo. Por favor, recuérdenme junto con mi familia cuando conquisten esta ciudad, y protéjannos." Los espías prometieron protegerla. Le dijeron, "Cuelga una cuerda roja desde tu ventana. Cuando conquistemos la ciudad, los que estén dentro de tu casa estarán a salvo." Rahab hizo exactamente eso.

Ahora Rahab les ayudó a escapar de la ciudad en secreto y con seguridad. Su casa estaba justo sobre el muro de Jericó, así que durante la noche les ayudó a bajar por una soga de su ventana, por fuera del muro. Antes de bajarlos, les aconsejó por donde ir, para que los soldados que los buscaban no los encontraran.

Cuando los dos espías llegaron al campamento israelita, les compartieron la historia completa a Josué y el pueblo. ¡Cuán diferente era su historia a la de los diez espías cuarenta años antes! "Podremos tomar la tierra. Dios nos ayudará. La gente ya nos tiene miedo," dijeron. También les contaron de la bondad de Rahan, su creencia en Dios, y la promesa que le hicieron de salvarla junto con su familia.

Dios honró a Rahab por su fe en él y su bondad hacia los espías israelitas. Después que la ciudad de Jericó fue conquistada, ella y su familia fueron a vivir entre los israelitas. Ella se casó con un israelita, y ¡más tarde se convirtió en una de las tatarabuelas de Jesús!

Rahab sabía muy poco de Dios, pero hizo todo lo que entendía. Creyó que Dios la salvaría, y fue bondadosa para con el pueblo de Dios. ¿Creerás en Dios hoy? ¿Le pedirás que te ayude a ser bondadoso y de ayuda para los demás hoy?

2. El cruce del Jordán

Y Josué dijo al pueblo: Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros. Josué 3:5 (RVR60)

 *Josué 3-5 | Patriarcas y Profetas, capítulo 44*

Pronto los israelitas tendrían que cruzar el Río Jordán para llegar a Canaán. Llegaron al río y acamparon allí cerca durante tres días. En esta época del año, el Río Jordán rebalsaba de agua. La gente se preguntaba cómo Dios les ayudaría a cruzar un río tan profundo y embravecido. Esperaron que sus líderes les dieran instrucciones para saber qué hacer.

Al tercer día, los oficiales israelitas recorrieron el campamento, explicándole a la gente lo que debía hacer. “Cuando vean a los sacerdotes cargando el arca, síganlos. Mantengan una distancia de un kilómetro entre ustedes y el arca.” Josué también dio instrucciones. Anunció, “Santifíquense, porque mañana el Señor hará maravillas entre ustedes.”

Cuando llegó el momento, Josué les indicó a los sacerdotes, “Tomen el arca y pasen por delante del pueblo.” Los sacerdotes estaban felices de hacer esto. ¿Qué estaba por hacer Dios? ¿Cómo les ayudaría a cruzar este río profundo?

Dios le habló a Josué para animarlo: “Hoy comenzaré a magnificarte ante el pueblo, para que sepan que estaré contigo, así como lo estuve con Moisés. Diles a los sacerdotes que cuando lleguen al borde del agua, cuando las suelas de sus pies toquen el agua, deben permanecer quietos.”

Josué le dijo al pueblo lo que Dios le había indicado, y todos obedecieron. Observaron mientras los sacerdotes caminaron hacia el río con el arca. Vieron que los sacerdotes permanecieron quietos en cuanto sus pies tocaron el agua. Luego vieron, sorprendidos, cómo el agua que venía se comenzó a apilar, mientras el resto del agua siguió su curso hasta desaparecer, y hubo tierra seca para cruzar el Río Jordán.

Esto fue parecido a la manera en que sus padres habían cruzado el Mar Rojo cuarenta años antes. ¡Ahora Dios estaba proveyéndoles tierra seca para cruzar el Jordán! En cuanto se apiló el agua, los sacerdotes cargaron el arca hasta el medio del río – sobre tierra firme, por supuesto – y quedaron allí de pie, pacientemente esperando hasta que la congregación entera cruzara el río. Todos los hombres, mujeres, niños y animales, junto con sus posesiones, cruzaron el río sobre tierra firme.

Hubo un grupo que se quedó y no cruzó el río: las esposas e hijos de la tribu de Rubén y la media tribu de Manasés, junto con todos sus animales y posesiones. ¿Porqué no cruzaron? Porque Dios les había dado a estas tribus tierra sobre ese lado del Jordán. Cuando los israelitas vencieron a los amoritas, estuvieron de acuerdo en que la tierra de este pueblo sería para la tribu de Rubén y la media tribu de Manasés. Entonces, cuando llegó el momento de cruzar el Jordán, solamente los hombres de estas tribus cruzaron, para poder ayudar a las demás tribus a conquistar la tierra de Canaán.

Una vez que todos cruzaron el río, Dios le instruyó a Josué, “Elige doce hombres fuertes – uno de cada tribu de Israel – para que vayan al medio del río y elijan una piedra cada uno, y que las traigan con ellos.” Iban a utilizar estas piedras para hacer un monumento en su primer campamento dentro de la tierra de Canaán. Josué también

construyó otro monumento en el medio del río. Juntó otras doce piedras e hizo una pila con ellas, justo allí donde estaban parados los sacerdotes con el arca.

Ahora Dios le dijo a Josué, “Diles a los sacerdotes que salgan del Jordán.” Los sacerdotes obedecieron, y en cuanto sus pies tocaron la otra orilla, las aguas del río comenzaron a fluir nuevamente como antes.

¡Los israelitas por fin estaban parados sobre la tierra de Canaán! Esa noche acamparon en su nueva tierra. Aquí Josué juntó las doce piedras que habían elegido los hombres, y las amontonó para crear el primer monumento en su nueva tierra. Le explicó al pueblo, “Cuando sus hijos vean este montón de piedras, díganles cómo Dios hizo posible que crucemos el río sobre tierra seca, así como Dios abrió el Mar Rojo. ¡Que todos sepan cuán poderoso es Dios!”

¡Qué felices estaban los israelitas! Cuatro días después de cruzar el Río Jordán, guardaron la Pascua, su primera Pascua en Canaán. ¡Qué maravillosa celebración fue esa! Disfrutaron de los granos y los panes sin levadura de la tierra de Canaán, la tierra que pronto sería suya. Se maravillaron de lo que Dios estaba haciendo por ellos, y con gratitud, se entregaron a él nuevamente. El día después de la Pascua sucedió algo importante: Dios dejó de enviarles maná. Ellos ya no lo necesitarían, porque ahora estaban en Canaán y podrían comer directamente de la tierra. ¡Su viaje por el desierto se había acabado!

Dios ama bendecir a sus hijos y hacer cosas maravillosas por ellos. Puede hacer incluso lo que es imposible para nosotros. Solo necesitamos oírle, creerle y obedecer sus instrucciones. ¿Permitirás que Dios te guíe hoy? ¿Escucharás lo que te quiere decir?

3. La marcha alrededor de Jericó

Por la fe cayeron los muros de Jericó después de rodearlos siete días. Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz. Hebreos 11:30-31 (RVR60)

 *Josué 5:13-6:27 | Patriarcas y Profetas, capítulo 45*

Josué estaba sumido en sus pensamientos. ¿Cómo harían los israelitas para conquistar la tierra de Canaán? ¿Cómo lograrían que se fueran los cananeos? Este pueblo era fuerte – mucho más fuerte que el ejército israelita. Pero Josué también sabía que este pueblo tenía terror de los israelitas porque podía ver que Dios estaba con ellos y les ayudaba. Josué pensó, "Este pueblo hará cualquier cosa para defender su tierra y casas; hasta se unirá a ejércitos más grandes con gente de otras ciudades, para agrandar su ejército y hacerlo más fuerte." Mientras Josué más pensaba, más se daba cuenta que Israel no podría ganarle a los ejércitos cananeos; solo Dios podría hacerlo. Para conquistar la tierra, los israelitas tendrían que confiar en Dios plena y completamente.

La primera ciudad que tenían que conquistar era Jericó. Josué oró y le pidió a Dios que lo guiara. De repente vio un guerrero alto e imponente que sostenía una espada. Josué le preguntó, "¿Estás con nosotros, o en contra de nosotros?"

El guerrero tranquilizó a Josué y le dijo con bondad, "Vengo como el Capitán de la hueste del Señor." ¡Era el mismo Hijo de Dios!

Josué se arrodilló, le adoró y le preguntó, "¿Qué tienes para decirle a tu siervo?"

Ahora el Hijo de Dios, el Capitán, le dijo bondadosamente, "Quítate tu calzado; estás sobre tierra santa." Luego que Josué se quitara su calzado, el Capitán celestial le aseguró, "He entregado a Jericó, su rey y sus guerreros en tus manos." Luego le dio instrucciones a Josué acerca de cómo capturar la ciudad.

Josué preparó al pueblo y les compartió las órdenes del Hijo de Dios: Nadie atacaría la ciudad. En cambio, todos los israelitas marcharían alrededor de la ciudad – primero los guerreros israelitas, luego siete sacerdotes con trompetas, y después los sacerdotes que sostenían el arca del pacto. Luego de eso vendría el ejército de Israel. El pueblo siguió estas instrucciones y marchó en silencio, sin pronunciar una palabra; solo se escuchaban sus pasos y el repique de las trompetas. Después de marchar alrededor de la ciudad, el pueblo regresó a su campamento.

Durante días, el pueblo de Jericó había mantenido el portón de la ciudad cerrado para estar protegido; nadie entraba ni salía de la ciudad. Ahora observaban, aterrorizados. No entendían porqué los israelitas estaban haciendo algo tan extraño, porqué estaban marchando en silencio en lugar de atacar. El pueblo de Jericó podría haber salido en cualquier momento para pedir que Dios los salvara, así como lo había hecho Rahab, pero no lo hicieron. Podrían haber entrado a la casa de Rahab para estar a salvo, pero no lo hicieron.

Los israelitas marcharon así seis días. El séptimo día, Dios les indicó que marcharan no solo una vez, sino siete veces alrededor de la ciudad. Al final de la última marcha, las trompetas sonaron y Josué ordenó: "¡Griten, porque el Señor les ha dado la ciudad!" Y el pueblo gritó, y las paredes de Jericó temblaron y cayeron. La gente de Jericó

tuvo tanto miedo que fue fácil para los israelitas entrar y poseer la ciudad.

Cuando el Hijo de Dios le había hablado a Josué, nunca había dicho que mataran a la gente de Jericó. Sabía que ellos lo harían, porque todavía no estaban listos para entender la manera en que Dios hace las cosas. Pero incluso si Dios hubiera ordenado a los israelitas que no mataran, de todas formas, no hubiera podido proteger a los de Jericó, porque ellos habían rechazado completamente a Dios y habían perdido su protección. Los israelitas entraron y, lamentablemente, mataron a todos. Si ellos no hubieran hecho esto, entonces el Destructor, Satanás, seguramente hubiera encontrado otras formas de matarlos, para que pareciera que Dios lo había hecho.

Pero Josué les ordenó a los dos espías que habían estado en la casa de Rahab, "Vayan y traigan a Rahab y todos los que están con ella, junto con sus posesiones." Los padres, hermanos y hermanas de Rahab se habían quedado en su casa porque todos creyeron la promesa de los israelitas, y los hombres les ayudaron a salir a salvo con todas sus pertenencias. Ellos fueron a vivir entre los israelitas al borde del campamento.

Jericó era una ciudad rica, llena de oro y maravillosas pertenencias. Pero Dios le instruyó al pueblo que no tocara nada de eso. La conquista de Jericó no era de ellos; era de Dios. Solo había sido posible conquistar esa ciudad por medio de la fe en Dios; siempre recordarían que no fue la fuerza de ellos la que obtuvo ese logro. Se les dijo que quemaran la ciudad y todo lo que había en ella. Lo que no podía quemarse, como el oro, la plata, y los utensilios de bronce y hierro, debían llevar para el servicio del santuario. También se les indicó que jamás reconstruyeran Jericó. Cada vez que vieran sus ruinas, recordarían lo que Dios había hecho por ellos.

¡Qué cosas maravillosas que puede hacer Dios por nosotros, si tan solo confiamos en su Palabra! Los israelitas podrían haber dicho, "Oh, no – marchar alrededor de la ciudad no es manera de ganar una batalla; ¡no lo haremos!" Pero en cambio, no cuestionaron a Dios, sino que hicieron exactamente como él les indicó, y Dios hizo cosas maravillosas por ellos. Dios quiere hacer grandes cosas por ti, también. ¿Le pedirás que te ayude a entender su voluntad para ti? ¿Lo escucharás hoy?

4. El pecado escondido de Acán

El que encubre sus pecados no prosperará;
Mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia.
Proverbios 28:13 (RVR60)

 *Josué 7, 8:1-29 | Patriarcas y Profetas, capítulos 45, 46*

Los israelitas estaban más que felices por su primer victoria, la conquista de Jericó. Ahora estaban ansiosos por conquistar la siguiente ciudad, Hai. Josué envió hombres a la ciudad de Hai, para que la observaran y luego les contaran de ella. Los hombres regresaron de Hai entusiasmados. “No es una ciudad grande; no envíen a todos los hombres,” sugirieron, “Envíen solo a dos mil o tres mil hombres.”

En todo esto, nadie le había consultado a Dios en cuanto a qué hacer. Los israelitas habían comenzado a confiar en sí mismos, y se habían olvidado que esta conquista solo sería posible con la ayuda y la fuerza de Dios. Además, no lo sabían, pero alguien en el campamento había tomado tesoros de Jericó y los había escondido dentro de su carpa – y Dios les había indicado específicamente que no se quedaran con nada. Por esta razón, la protección y la ayuda de Dios no estuvo con ellos cuando los soldados fueron a atacar a la ciudad de Hai.

Los soldados israelitas esperaban ganar con facilidad, pero perdieron miserablemente. La ciudad de Hai ya había preparado un

gran ejército, mucho más grande que el ejército israelita de tres mil hombres. Los israelitas de repente sintieron terror y bajaron la montaña corriendo para escapar del ejército de Hai. Este ejército los alcanzó y mató a treinta y seis hombres. Los israelitas quedaron chasqueados y muy afligidos. Josué se sintió tan triste que rasgó sus vestiduras y se arrodilló con su rostro hacia el suelo, al lado del arca, hasta el atardecer, y esparció polvo sobre su cabeza. Los ancianos o líderes de Israel hicieron lo mismo.

Josué le preguntó a Dios, "Señor, ¿porqué sucedió esto? ¿Y qué pensarán las demás naciones cananeas ahora?" Dios contestó, "Josué, puedes levantarte ahora. Lo que sucedió es que Israel pecó. Alguien rompió mi pacto al tomar cosas de Jericó; robó y guardó las cosas en su carpa. Estas cosas acarreaban una maldición, y al guardarlas, Israel también está maldecida."

Ahora Dios le indicó a Josué cómo resolver el problema: "Dile al pueblo que se santifiquen. Necesitan deshacerse de esta maldición antes de poder enfrentar nuevamente a sus enemigos." Luego Dios explicó cómo Josué iría a descubrir quién era el culpable de robarse las posesiones de Jericó que acarreaban la maldición.

Josué hizo exactamente lo que Dios le indicó. Temprano a la mañana siguiente, reunió a Israel por tribus, y la tribu de Judá fue elegida como la culpable. Pero todavía nadie sabía quién en Judá había pecado. En seguida, cada familia de Judá se acercó, y se eligió la familia de Zera. Ahora cada hombre líder de esta familia se acercó, y fue tomado Zabdi. De esta familia, todos los varones se acercaron, y se mostró que un hombre llamado Acán era el culpable.

"Hijo mío," le dijo Josué a Acán, "Glorifica a Dios confesando ante él. Dime lo que has hecho." Acán contestó con la verdad: "Vi un

vestido babilonio, algo de plata y oro entre las ruinas de la ciudad, y decidí guardármelos. Los he enterrado debajo de mi carpa."

Josué les pidió a algunos hombres que miraran bajo la carpa de Acán para ver si eso era verdad, y lo era. Los hombres encontraron los tesoros escondidos de Acán y se los trajeron a Josué. El pueblo observaba en silencio.

Luego Josué y el resto de Israel trajeron a Acán, su familia y todos sus animales y posesiones a un valle. Y allí los israelitas los apedrearon. Después de eso, quemaron todo con fuego.

No hubiese sido necesario que Acán y su familia muriesen. Él recibió muchas oportunidades para arrepentirse: primero cuando tomó las posesiones, luego cuando los israelitas perdieron frente a Hai, después cuando Josué les indicó que se santificaran, y finalmente cuando las tribus y familias tuvieron que presentarse ante Josué. Acán confesó lo que había hecho, pero solamente porque ya no lo podría ocultar. Nunca mostró arrepentimiento ni pidió perdón. Si lo hubiera hecho, Dios lo hubiera perdonado. Además, el pueblo de Israel tampoco pensó en orar por él ni en pedirle a Dios que lo ayudara; simplemente decidieron apedrearlo junto con su familia cuando vieron que era culpable. Dios no protegió a Acán contra el apedreamiento porque por sus elecciones había rechazado a Dios. Los israelitas no hubieran necesitado ser los que lo mataban; el Destructor lo hubiera hecho de alguna manera u otra, porque Acán había perdido la protección de Dios.

Con Jericó, los israelitas habían comenzado a recibir las bendiciones de Dios porque habían empezado a confiar en él. Pero lo que hizo Acán trajo problemas a toda la congregación. Una vez quitado este problema, ya no había más nada que estuviera

impidiendo que ellos volviesen a recibir las bendiciones y la protección de Dios.

Los israelitas ya no querían salir a pelear al menos que estuviesen seguros que Dios estaba con ellos. Dios le dijo a Josué que llevara a su ejército a Hai nuevamente, y esta vez tuvieron éxito, porque Dios les entregó la ciudad. Los cananeos habían perdido la protección de Dios, por eso los israelitas pudieron hacer fácilmente lo que querían con ellos. Y ¿qué decidieron hacer? Lamentablemente, decidieron matar. Dios no les había pedido que hagan eso; les había prometido que los cananeos serían echados por avispones, por el miedo, o de alguna otra manera. Los israelitas podrían haber tomado la ciudad sin matar a ninguna persona.

Todo Israel había sido afectado por el pecado de Acán. Él nunca imaginó que su pecado oculto terminaría lastimándolos a él, a su familia entera, y a toda su gente. Dios nos anima a que no ocultemos nuestros pecados. Él ya sabe si hemos hecho algo mal; solo está esperando que vengamos a él y nos arrepintamos, y con gusto nos perdonará. Dios, en su corazón, ya nos perdonó; está esperando que lo aceptemos y simplemente se lo pidamos. No necesitamos ser como Acán, que no se arrepintió ni creyó que Dios lo perdonaría y ayudaría. La próxima vez que haces algo mal, ¿recordarás que Dios está esperando que vengas a él, y que desea ayudarte y perdonarte?

5. Se lee la ley de Dios

**Bienaventurados los que guardan sus testimonios,
y con todo el corazón le buscan. Salmo 119:2 (RVR60)**

 *Josué 8:30-35 | Patriarcas y Profetas, capítulo 46*

Los israelitas acababan de experimentar lo que era tener la ayuda y la fuerza de Dios. Después de lo que sucedió en Hai, primero cuando fallaron y más tarde cuando conquistaron la ciudad, se dieron cuenta que antes de hacer cualquier otra cosa, necesitaban renovar su pacto con Dios. Sabían que solo podían estar a salvo y tener éxito si eran fieles a Dios.

La congregación entera fue a Siquem para celebrar un culto especial. Siquem es el lugar donde Abraham había construido su primer altar a Dios en Canaán. Tanto Abraham como Jacob habían armado sus carpas en este lugar, y hasta había un pozo que Jacob había cavado, y un roble donde había enterrado los ídolos que sus esposas y sirvientes habían estado adorando.

Moisés le había instruido a Josué que construyera un gran monumento de piedras en este lugar cuando el pueblo llegara a Canaán, y Josué siguió estas instrucciones. Construyó un gran monumento de piedras sobre el monte Ebal. Sobre estas piedras se escribieron los diez mandamientos, los estatutos y los juicios. Al lado de este monumento, Josué construyó otro altar. Este altar fue hecho con piedras que nadie talló ni esculpió; ninguna herramienta humana se había usado en ninguna de estas piedras. Luego ofreció sacrificios sobre ese altar.

El pueblo estaba organizado y sabía dónde ubicarse para que todo se hiciese en perfecto orden. Había dos montañas con un valle entre medio. Seis de las tribus estaban sobre una de las montañas, el monte Gerizim, mientras que las demás seis tribus estaban sobre el monte Ebal, la otra montaña. Los sacerdotes y el arca estaban en el valle entre estas dos montañas.

La ceremonia comenzó: sonó una trompeta, llamando al silencio. Luego Josué se paró al lado del arca y leyó las bendiciones que vienen por obedecer la ley de Dios. Cuando terminó de leer las bendiciones, las tribus sobre el monte Gerizim clamaron, "¡Amén!" Ahora Josué leyó las maldiciones que vienen de desobedecer la ley de Dios. Cuando terminó de leer, las tribus sobre el monte Ebal clamaron, "¡Amén!"

Ahora se leyeron en voz alta los diez mandamientos, los estatutos y los juicios. Estas mismas leyes estaban escritas sobre el monumento que había hecho Josué, para que todos pudiesen acercarse y leerlas por sí mismos. Josué leyó cada palabra de la ley de Dios – la leyó entera – mientras los hombres, las mujeres y los niños todos escucharon atentamente. También había gente no israelita que se había unido al campamento y que escuchó atentamente.

La gente comprendió que Dios quería darles Canaán, pero que había condiciones para que esto pudiera suceder; esto estaba explicado en la ley de Dios. Moisés le dijo al pueblo que cada siete años debían leer la ley de Dios en voz alta a toda la congregación, durante la fiesta de Tabernáculos. Esto es lo que Josué estaba haciendo en ese momento.

"No olviden la ley de Dios," fue el mensaje a los israelitas, "Hablen de la ley cuando se sienten en sus casas, cuando estén caminando, cuando se acuesten y cuando se levanten. Enséñenla a

sus hijos." Mientras recordaran la ley de Dios y la valoraran, se mantendrían cerca de él y recibirían sus bendiciones. Mientras recordaran la ley de Dios, serían guiados por él, porque su ley es su Palabra – son sus instrucciones para nosotros.

¿Conoces la ley de Dios? ¿Tu familia habla de ella? Son las palabras de Dios para nosotros. Es el consejo de Dios para que entendamos cómo vivir y cómo mantenernos dentro de su cerco de protección. Si valoramos su ley y la vivimos, nos guiará hoy, así como el pilar de nube guio a los israelitas en el desierto. ¿Le pedirás a Dios que te enseñe de su ley hoy?

6. Los gabaonitas y los israelitas

Guía a los humildes para que hagan lo correcto; les enseña su camino.
Salmo 25:9 (NTV)

 *Josué 9 | Patriarcas y Profetas, capítulo 47*

Los israelitas ya habían conquistado dos ciudades importantes: Jericó y Hai. Los pueblos alrededor suyo podían ver que Dios estaba con ellos, y esto les daba temor. Un pueblo, los gabaonitas, decidieron que les mentirían a los israelitas. Querían engañarlos para que prometieran que no les harían daño.

Luego de preparar su plan, un grupo de gabaonitas se preparó para visitar a Josué. No vivían lejos del campamento israelita, pero fingieron que vivían muy lejos. Se pusieron ropa vieja y rota, zapatos gastados, y empacaron pan seco y enmohecido. También trajeron cueros viejos de vino, rotos y remendados. Querían que Josué pensara que habían estado viajando durante tanto tiempo que su comida se había puesto vieja y su ropa se había gastado.

Los gabaonitas vinieron a Josué y le contaron su historia mentirosa. “Queremos hacer un acuerdo contigo,” le dijeron. Al principio, Josué no sabía si creerles. Pero cuando él, junto con los líderes, vio su ropa, su calzado, y el pan seco y enmohecido, les creyó. Los demás príncipes de Israel también decidieron creerles. Josué tendría que haberle consultado a Dios qué hacer, pero no lo

hizo. Para él, estaba claro que los gabaonitas estaban diciendo la verdad. Les creyó cuando dijeron que vivían muy lejos, y si es que vivían tan lejos, entonces no importaba si les prometía la paz, ¿no es así? En lugar de consultar con Dios primero, hizo un acuerdo con los gabaonitas. “Prometemos que les permitiremos vivir,” dijo Josué.

Tres días después, los israelitas se enteraron que los gabaonitas les habían mentido. ¿Cómo pudo ser que sucedió esto? ¿Por qué no les habían preguntado a Dios qué hacer? Estaban enojados con los gabaonitas, y enojados con sí mismos. Pero honraron su promesa. Los gabaonitas ya les habían prometido que dejarían de adorar ídolos y que adorarían a Dios.

Josué les dijo, “¿Por qué nos mintieron? Debido a que nos mintieron, todos serán sirvientes. Tendrán que cortar leña y acarrear agua para nosotros.” Los gabaonitas estaban aliviados. Se sintieron agradecidos que Josué les permitiera vivir, aunque significaba que ahora tendrían que ser siervos. Le contestaron a Josué, “Teníamos miedo, porque sabemos que el Señor tu Dios les mandó echar todos los pueblos de esta tierra, porque la tierra será de ustedes. Puedes hacer con nosotros lo que mejor te parezca.”

Desde ese momento, los gabaonitas fueron sirvientes de los israelitas. Juntaron leña y acarrearon agua para el tabernáculo. Es una lástima que tuvo que suceder de esta manera. No hubiera sido necesario que les mintieran a los israelitas; simplemente podrían haberse acercado a Dios honestamente, y hubieran sido aceptados, así como lo fueron Rahab y su familia. Los gabaonitas tenían cuatro ciudades, y hasta este entonces habían vivido como reyes. Ahora serían sirvientes el resto de sus vidas. ¡La historia podría haber sido tan diferente!

En cuanto a Josué, él aprendió cuán importante es pedirle instrucciones a Dios antes de *cada* decisión que debía tomar. Cuando vio el pan viejo y la ropa gastada de los gabaonitas, no se le ocurrió que podría haber un problema. ¡Hubiera sido mucho mejor si le hubiera consultado a Dios primero! Lo mismo sucede con nosotros. Cada día tenemos decisiones que tomar – grandes y pequeñas. Jamás deberíamos pensar que sabemos suficiente y que no necesitamos de la guía de Dios. Él está esperando guiarnos en cada decisión que tenemos que tomar. ¿Confiarás en Dios hoy, y le pedirás que te guíe antes de tomar una decisión?

7. El día más largo

–Ustedes no tienen la fe suficiente –les dijo Jesús–. Les digo la verdad, si tuvieran fe, aunque fuera tan pequeña como una semilla de mostaza, podrían decirle a esta montaña: "Muévete de aquí hasta allá", y la montaña se movería. Nada sería imposible.
Mateo 17:20 (NTV)



Josue 10:1-39 | Patriarcas y Profetas, capítulo 47

Los gabaonitas habían engañado a los israelitas. Habían hecho que los israelitas prometiesen que les permitirían vivir. Pronto se enteraron las demás tribus cananeas, y se enojaron. "Esto no me gusta," dijo el rey Adonisedec, uno de los reyes amorreos. "¿Cómo puede ser que los gabaonitas hayan hecho esto? ¡Ahora los israelitas serán más fuertes con la ayuda de los gabaonitas!"

El rey Adonisedec ideó un plan. Envió un mensaje a otros cuatro reyes amorreos, diciéndoles, "Vengan a mí y ayúdenme. Ataquemos a Gabaón por hacer las paces con los israelitas." Los cuatro reyes pronto llegaron con sus ejércitos. Ellos también estaban enojados con los gabaonitas por hacer las paces con Israel.

En cuanto los gabaonitas se enteraron que los ejércitos de cinco reyes venían para atacarlos, le enviaron un mensaje a Josué. "¡Por favor, ayúdanos contra estos reyes!" le rogaron. Esta vez, Josué consultó con Dios antes de decidir qué hacer. ¿Debían ayudar a los gabaonitas contra estos cinco reyes?

Dios le contestó, “No temas; te los he entregado.” Una vez más, Dios sabía que los israelitas no estaban listos para comprender que podían conquistar estos ejércitos sin matar. Y como estos reyes habían rechazado a Dios hacía mucho tiempo, habían perdido completamente su protección, y los israelitas pudieron hacer lo que quisieron con ellos. Sin embargo, si vemos lo que sucedió en esta batalla, queda claro que, si los israelitas hubiesen guardado sus espadas y creído que Dios podía conquistar a los ejércitos enemigos a su manera, no hubiesen necesitado matar a nadie.

Los cinco reyes y sus ejércitos habían rodeado la ciudad de Gabaón. El ejército de Josué llegó durante la noche y los atacó. ¡Los reyes no esperaban eso! Estaban tan sorprendidos y asustados que el ejército entero se escapó y subió la montaña corriendo. Cuando llegaron a la cima, bajaron, corriendo, por el otro lado. Los israelitas los persiguieron. Pero mientras los amorreos bajaban la montaña corriendo, cayó granizo sobre ellos. Más amorreos murieron por el granizo que por las espadas de los israelitas.

Ahora era de tarde. Los israelitas y los amorreos habían estado luchando durante la noche, y cuando el sol salió, continuaron luchando todo el día. Ahora el sol se estaba por poner. Josué había subido la montaña y había visto a los amorreos bajando la montaña a las corridas. Sabía que una vez que se pusiese el sol, los enemigos podrían esconderse en la oscuridad – y Josué no quería eso. Si los amorreos escapaban, estaba seguro que volverían a atacar. Era muy importante ganar esta batalla. Si los israelitas ganaban, significaba que ¡cinco ciudades más serían conquistadas! Josué, lleno de fe, oró en voz alta, “¡Sol, detente en Gabaón! Y ¡luna, detente en el valle de Ajalón!”

Dios contestó esta oración exactamente como Josué le pidió: detuvo el sol y la luna, y ¡las horas del día continuaron por otro día entero! Este milagro increíble sería notado y conocido por todas las demás naciones. No tendrían dudas de que Dios estaba con Israel, y que era poderoso. ¿Decidirían ahora venir a Dios, y adorarlo y unirse a su pueblo? Lamentablemente, no lo hicieron.

El ejército de Josué tuvo suficiente tiempo para encargarse de los soldados amorreos. Luego encontraron a los cinco reyes amorreos escondidos en una cueva, y les dieron muerte. Finalmente, el ejército de Josué destruyó a todos los que vivían en las ciudades de estos cinco reyes. ¡Si tan solo esta gente hubiera entrado dentro del cerco de protección de Dios! Pero eligieron rechazar a Dios y su cuidado, y estuvieron completamente desprotegidos de cualquier ataque que les viniera.

Josué confió plenamente en Dios. Su oración demostró que tenía fe y que creía que Dios haría por ellos lo que era mejor. Debido a su oración, la tierra tuvo su día más largo: un día que nadie olvidaría, porque ¡demostró que el Dios de Israel tenía suficiente poder incluso para evitar que el sol se moviese en el cielo! ¿Qué necesitas pedirle a Dios que haga por ti hoy? ¿Ayudará esto a que otros lo conozcan mejor? Pídele a Dios que haga, a través tuyo, lo que necesita hacerse para que alguien más puede conocerlo mejor hoy.

8. Dividen la tierra de Canaán

Los justos heredarán la tierra,
y vivirán para siempre sobre ella.
Salmo 37:29 (RVR60)

 *Josué 10:40-43; 11-21 | Patriarcas y Profetas, capítulo 48*

El rey Jabín, uno de los reyes del norte de Canaán, estaba aterrorizado. Había escuchado cómo el ejército de Josué había conquistado tantas otras ciudades cananeas de manera tan milagrosa. Podía ver que el Dios israelita era poderoso. Podría haber venido a Dios y pedido unirse a su pueblo, pero no lo hizo. En cambio, juntó su ejército con el de otras tribus del norte de Palestina, y juntos planearon atacar a Israel. Tuvo la esperanza de que tal vez, con un ejército tan grande, podría vencer a Israel y su Dios.

Josué se enteró de lo que el rey Jabín planeaba hacer. Dios animó a Josué y le dijo, “No les temas; mañana a esta hora te serán entregados.”

Animado por las palabras de Dios, Josué y su ejército avanzaron hacia el campamento del enemigo. Lo atacaron de sorpresa y ganaron con facilidad. Después de la batalla, los israelitas quemaron todos los carros de los enemigos e inutilizaron a los caballos, porque Dios les

dijo que lo harían.[1] Estas cosas jamás se utilizarían en otra batalla, ni serían usadas para fortalecer a los israelitas. Ellos tenían que siempre recordar que debían poner su confianza en el poder de Dios, y no en los caballos, los carros o las espadas que tuvieran.

La conquista de Canaán continuó por varios años. Las ciudades fueron conquistadas una por una. Al final de todo eso, Josué terminó siendo señor de Canaán. Pero su ejército no sacó a todos los grupos cananeos; el resto de la conquista tendría que hacerla cada tribu, en su propio territorio, con la ayuda de Dios.

Josué juntó al pueblo y dividió la tierra de Canaán entre ellos. Moisés ya les había dicho cómo tendría que dividirse la tierra, así que Josué siguió lo que Moisés ya les había indicado. Todas las tribus recibieron lotes de tierra, menos la de Leví. Los levitas solo recibieron ciudades, porque estaban a cargo del servicio del santuario. Estarían lo suficientemente ocupados en el santuario y no tendrían tanto tiempo para labrar la tierra, así que Dios indicó que ellos vivirían en ciudades y recibirían los diezmos del pueblo.

Caleb, que había sido uno de los espías fieles con Josué cuarenta años antes, se acercó a Josué para hacerle un pedido especial. "Quisiera pedir la tierra de Hebrón para mí," dijo. Esta tierra le había sido prometida por su fidelidad. Hebrón era especial porque allí era donde Abraham, Isaac y Jacob habían vivido, y donde estaban enterrados. Sin embargo, esa tierra todavía tenía cananeos que vivían en ella, los hijos de Anac, que eran gigantes. Estos eran los gigantes que habían aterrorizado a los diez espías cuarenta años antes. Pero

[1] Podemos comprender que quemaran los carros, pero el inutilizar a los caballos es muy cruel. Esto es probablemente lo que los israelitas deseaban hacer en su corazón, y Dios lo mencionó, no como una orden, sino para hacerles saber lo que harían por el deseo de sus corazones. Vea el Vol. 4, *Los profetas y los reyes*, historia número 26, "Cuando el valle se volvió rojo", para ver otro ejemplo de esto.

Caleb no tenía miedo. Él tenía 85 años, pero sabía que Dios le daría las fuerzas para echar a los hijos de Anac. Josué bendijo a Caleb y le entregó la tierra.

La tribu de Efraín también vino con un pedido. Le dijeron a Josué, "Somos la tribu más grande, así que necesitamos más tierra. Venimos a pedirte más terreno." Esperaban que Josué les diera más de las tierras que ya habían sido conquistadas. Pero Josué les dijo, "Si no les alcanza la tierra, entonces vayan a los bosques donde todavía viven los cananeos." Esta era tierra que se les había entregado a los de Efraín, pero todavía estaba llena de cananeos que vivían allí. A los de Efraín no les gustó la respuesta de Josué. ¡No querían hacer el esfuerzo de echar a los pueblos de su tierra! Dijeron, "No, no nos alcanza, y los cananeos son muy fuertes. Son gigantes, y tienen carros de hierro." Solo estaban poniendo excusas, y Josué lo sabía. Les recordó, "Ustedes son muchos, ¿acaso no lo dijeron? Entonces tienen mucho poder como para echar a estos pueblos. No tienen solo un lote; la montaña con el bosque también es para ustedes. Pueden cortar los árboles, y echarán a los cananeos, aunque éstos tengan carros de hierro." ¡Qué diferencia entre Caleb y los de Efraín! Lo único que necesitaban era tener fe en que Dios tendría el poder para ayudarles, y creer que *sí* podrían echar a los pueblos de su tierra.

Después que se asignaron las tierras a cada tribu, hubo que encontrar un lugar para el tabernáculo. Josué mudó el tabernáculo a Silo. Silo estaba en el centro de Canaán, de manera que todas las tribus podrían viajar allí para celebrar las fiestas. Todos estaban invitados a celebrar las fiestas, pero era especialmente importante que los hombres asistieran, porque ellos eran los líderes espirituales de sus familias. Dios les prometió que, incluso cuando los hombres

fuertes estuviesen fuera de sus tierras durante las fiestas, sus hogares estarían protegidos si el pueblo le era fiel. Dios pondría un cerco de protección alrededor de sus casas, tierras y familias.

Después que todos recibieron sus lotes, Josué pidió su tierra. Él había recibido una promesa de herencia especial al igual que Caleb, pero pidió una ciudad que ni siquiera estaba construida todavía, la ciudad de Timnat-sera. La construyó él mismo, y vivió allí. Podría haber pedido el sitio más cómodo y conveniente de Canaán, pero no lo hizo. Después de construir Timnat-sera, disfrutó de una vida tranquila y pacífica allí.

Los israelitas por fin habían recibido la tierra que Dios les había prometido. La Biblia dice que Dios les dio "reposo", y que ninguno de sus enemigos pudo hacerles frente. "Ni una sola de todas las buenas promesas que el Señor le había hecho a la familia de Israel quedó sin cumplirse; todo lo que él había dicho se hizo realidad." (Josué 21:45).

Ahora dependía de ellos si sacarían a los cananeos que todavía vivían en la tierra – y esto solo podría hacerse por medio de la fe en Dios. Dios quería darles la tierra, pero más que nada, quería darles vida eterna. Cada experiencia que tuvieron con la tierra de Canaán estaba allí para enseñarles a confiar en él completamente para que él pudiera salvarlos y darles vida eterna.

Estas historias son también para nosotros, para que aprendamos a confiar en Dios completamente. Nos quiere dar nuestra herencia de la Tierra Nueva, y la vida eterna. ¿Le pedirás que te enseñe cómo confiar en él hoy?

9. Se resuelve un malentendido

Por último, todos deben ser de un mismo parecer. Tengan compasión unos de otros. Ámense como hermanos y hermanas. Sean de buen corazón y mantengan una actitud humilde. 1 Pedro 3:8 (NTV)

 *Josué 22 | Patriarcas y Profetas, capítulo 48*

Había terminado la conquista, y llegó el momento de que cada tribu se mudara a su propio territorio. Josué llamó a las tribus de Rubén y Gad, y a la media tribu de Manasés. Estas tribus habían recibido tierra del otro lado del Jordán. Sus esposas, hijos y posesiones ya estaban allí, esperándolos. Solo los varones de estas tribus habían cruzado el Jordán para ayudar al resto de los israelitas a conquistar la tierra.

Josué les dijo, “Han hecho todo lo que el Señor les ha mandado, y han ayudado a las demás tribus a conquistar la tierra. Ahora Dios les ha dado reposo a las tribus, así que ha llegado el momento que regresen a sus familias. Pero cuando lo hagan, no se olviden de Dios y de su ley. Manténganse cerca de él y sírvanlo siempre.” Luego Josué los bendijo y los envió a sus hogares.

Al poco tiempo después que estas tribus se establecieran al otro lado del Jordán, a los israelitas les llegó una notica: “¡Las tribus del otro lado del Jordán han construido un gran altar, cerca de donde ocurrió el cruce del Jordán! ¡El altar es parecido al que se hizo para sacrificar holocaustos en Silo, pero sabemos que Dios nos ha dicho

que *únicamente* debemos ofrecer sacrificios en Silo!" Los israelitas se enojaron. Dijeron entre ellos, "Estas tribus ofrecerán sacrificios al otro lado del Jordán, ¡pero eso no está permitido! Ahora Dios se enojará con nosotros por culpa de ellos. ¡Hagamos guerra contra ellos!"

Menos mal que, después de hablar entre ellos, decidieron no atacar. Primero, enviaron a un grupo de hombres para hablar con estas tribus para ver de qué se trataba ese altar. Finees el sumo sacerdote (el nieto de Aarón) y diez príncipes, uno de cada tribu, fueron a visitar a las tribus del otro lado del Jordán.

Finees les preguntó, "¿Por qué se han rebelado contra Dios construyendo un altar aquí? Si no quieren vivir sin un altar en su lado del río, podrían haber pedido mudarse al otro lado. Por culpa de ustedes, Dios se retirará del resto de Israel."

Los líderes de las tribus acusadas se sorprendieron al escuchar estas acusaciones. ¡No se habían rebelado contra Dios para nada! Se podrían haber enojado porque las demás tribus pensaban que ellos habían hecho algo tan terrible, pero escogieron no enojarse. En cambio, cortésmente explicaron, "El Señor sabe que este altar no fue construido para sacrificios – sabemos que los sacrificios solamente pueden ofrecerse en Silo. La razón por la cual construimos este altar es que tuvimos temor que, dentro de unos pocos años, sus hijos pensaran que no pertenecemos al resto de Israel porque el Jordán nos separa. Tenemos miedo que no nos permitan adorar en Silo. Entonces este altar se parece al de Silo, pero es un monumento, un recordatorio de que somos parte del pueblo de Dios; no lo utilizaremos para ofrecer sacrificios."

Finees y los diez príncipes que estaban con él se sintieron aliviados y llenos de gozo. ¡Las tribus del otro lado del Jordán *no* se

habían rebelado contra Dios! Estaban ansiosos de compartir la buena noticia con el resto de las tribus. ¡Qué contentos que estaban de no haber hecho guerra contra ellos antes de hablarles primero! Había sido un gran malentendido, pero ahora se había aclarado. Finees dijo, agradecido, “Hoy sabemos que el Señor está entre nosotros, porque no pecaron contra Dios, y ahora han sido corteses con nosotros y también nos ayudaron a evitar hacer el mal.”

Los hijos de Gad y Rubén escribieron sobre el altar: “Será testigo entre nosotros que Jehová es Dios.” Ahora quedaría claro que este altar era un monumento, y no un altar para sacrificios y ofrendas.

¡Cuán importante es ser corteses y tratar a la gente con respeto! Fue bueno que los israelitas hablaron amablemente entre ellos antes de saltar a conclusiones. Esto les ayudó evitar una guerra innecesaria entre ellos. Así es como nos trata Dios, y como quiere que tratemos a los demás. ¿Le pedirás a Dios que te ayude a ser cortés y respetuoso para con los demás hoy?

10. El último mensaje de Josué para Israel

Por el contrario, aférrense bien al Señor su Dios como lo han hecho hasta ahora. Josué 23:8 (NTV)

 *Josué 23-24 | Patriarcas y Profetas, capítulo 49*

La obra de conquista de Josué ya había terminado. Desde ahora en más, cada tribu tendría que completar la conquista de sus tierras por medio de la fe en Dios. Josué se estableció en su tierra y comenzó a disfrutar de la herencia que Dios le había dado. Pero después de unos años, se dio cuenta que los israelitas no eran tan fieles a Dios como deberían haberlo sido. “Estoy poniéndome viejo. Debo hablar con ellos antes de morir, y animarlos a seguir a Dios fielmente,” pensó Josué.

Reunió al pueblo y les habló seriamente. “Ustedes han visto lo que Dios hizo por ustedes,” les recordó Josué, “Dios luchó por ustedes. Pero los cananeos todavía poseen mucho de la tierra; ustedes no los han echado como Dios les indicó. Estos pueblos son idólatras, y Dios mismo los echará delante de ustedes si confían en él.” Después que Josué dejó de conquistar Canaán, el resto de las tribus no había querido continuar con esta obra. Josué sabía que sería peligroso que ellos vivieran entre los cananeos, porque éstos les enseñarían a adorar ídolos y a abandonar a Dios. Josué siguió diciendo, “Sean

valientes, y hagan todo lo que está escrito en los libros que Moisés escribió. Mientras obedecimos a Dios, él ha cumplido sus promesas."

Después de esto, Josué y el pueblo regresaron cada uno a sus hogares. Josué disfrutó de unos años más de vivir en paz en su tierra. Pero estaba envejeciendo, y sabía que pronto moriría. Le pidió a todo el pueblo de Israel que se reuniera con él una vez más en Siquem. Esta ciudad estaba en el valle entre el monte Ebal y el monte Gerizim, el sitio donde unos pocos años antes los israelitas se habían reunido para leer la ley de Dios. Era el lugar perfecto para que los israelitas se reuniesen para oír el último mensaje de parte de Josué, como líder, para ellos.

Josué les habló como un padre amoroso. Tenía más de cien años – era uno de los hombres más viejos de Israel – y el pueblo lo amaba y respetaba. Dijo, "Recuerden todo lo que Dios ha hecho por ustedes. Los sacó de Egipto y cuidó de ustedes todos estos años. Les ayudó a conquistar muchas de las ciudades cananeas. Incluso envió avispones que echaron algunos de los pueblos. Ahora tienen esta rica tierra."

Josué había pedido que se trajera el arca de Silo. Quería que el pueblo renovara su pacto con Dios nuevamente. "Aférrense al Señor su Dios, manténganse cerca de él," les rogó Josué. También les dio una invitación. Dijo, "Escojan hoy a quién servirán. Si no quieren seguir a Dios, ¿entonces a quién seguirán? Pero yo y mi casa serviremos al Señor." Los corazones del pueblo se conmovieron. ¿Cómo podían elegir no servir a Dios? ¿Cómo no amar a Dios, después de todo lo que él había hecho por ellos? Todos dijeron, "Seguiremos al Señor, no lo abandonaremos por otros dioses."

Josué estaba feliz de escuchar la decisión del pueblo. Pero quería que ellos entendieran que, por sí mismos, no podrían seguir a Dios; solo podrían hacerlo con su ayuda. Si confiaban en sus propias

fuerzas, no podrían recibir el perdón y la justicia de Dios. Pero el pueblo pensaba que podía. Le dijeron a Josué, "¡Serviremos y obedeceremos a Dios!"

Entonces Josué hizo un pacto con el pueblo aquel día. Escribió lo que habían prometido, y lo colocaron al costado del arca, donde se guardaba el libro de la ley. También erigió un pilar conmemorativo, para que cada vez que el pueblo viese ese pilar, recordara su pacto con Dios. No era necesario hacer todo eso, pero ya que ellos habían hecho una promesa, Josué quería ayudarles para que la recordaran.

¿Por qué a los seres humanos nos cuesta tanto comprender que no podemos prometerle nada a Dios? Él habrá estado feliz que el pueblo quería seguirle, pero tendría que ayudarles pacientemente para que vieran que no podían hacer esto al menos que se mantuviesen cerca de él y dependiesen completamente de él.

Después de esta reunión especial, todos se fueron a sus hogares. Josué murió poco tiempo después. Tenía 110 años. Había sido un líder fiel y consagrado, y el pueblo lo extrañaría. En cuanto a su promesa a Dios, el pueblo la cumplió mientras Josué vivía. Y luego que él murió, la cumplieron mientras todavía vivían los ancianos que habían trabajado con Josué.

Dios quería renovar su pacto con su pueblo. Ansiaba que ellos simplemente se aferrasen a él, escuchasen sus palabras y las creyeran. Desea lo mismo para nosotros, también. No necesitamos prometerle nada; solo necesitamos aferrarnos a él (como le dijo Josué al pueblo) y creer sus palabras, y él hará todo lo que promete hacer en nosotros. ¿Le pedirás que te ayude a aferrarte a él hoy?

11. El lugar de los que lloran

Yo los saqué de Egipto y los introduje en la tierra acerca de la cual había jurado a sus padres diciendo: "No invalidaré jamás mi pacto con ustedes." Jueces 2:1 (RVA2015)

 *Jueces 1; 2:1-5*

Josué había conquistado gran parte de Canaán. Pero todavía había territorios que necesitaban ser conquistados con la ayuda de Dios. Josué le había dicho al pueblo que cada tribu tendría que completar esta tarea mediante la fe en Dios.

Después de la muerte de Josué, los israelitas se preguntaron, "¿Quién luchará contra los cananeos por nosotros?" Dios sabía quién tenía suficiente fe para confiar en que Dios les ayudaría: los hombres de Judá. Dijo, "Judá ira; les he entregado la tierra a ellos." ¿Qué quiso decir Dios cuando dijo, "les he entregado la tierra"? Esto quería decir que Dios estaría protegiendo a los hombres de Judá debido a su fe, pero no estaría protegiendo a los cananeos porque ellos no lo querían tener en sus vidas. Los hombres de Judá invitaron a los hombres de la tribu de Simeón, y juntas, ambas tribus conquistaron la tierra.

En esta batalla, capturaron a uno de los reyes cananeos llamado Adoni-bezec y le cortaron los pulgares de las manos y de los pies. Él dijo, "Le he hecho esto mismo a setenta reyes. Ahora Dios me lo está devolviendo." ¿Era realmente Dios el que le estaba haciendo esto?

No; Dios no hubiera elegido tal crueldad. Lo que pasó es que él había perdido la protección de Dios, entonces sus enemigos le pudieron hacer lo querían.

¿Cómo hubiera Dios sacado a este rey y a su nación? Sabemos que ciertamente no hubiera sido con crueldad y muerte, pero los israelitas no comprendían esto, y todavía no estaban listos para cambiar su forma de pensar. Ellos pudieron hacer esto simplemente porque este rey y su gente habían rechazado a Dios y ya no recibían su protección. Al mismo tiempo, esta era una oportunidad para que los israelitas pudieran ver cuán crueles eran sus propios corazones – ¡ellos eran tan crueles como este rey pagano lo había sido! ¿No llevaría esto a que se arrepientan y cambien? Lamentablemente, parecieron no darse cuenta de su propia crueldad, y perdieron la oportunidad de arrepentirse y de aprender a ser más bondadosos y amorosos como lo es Dios.

Las tribus de Judá y Simeón siguieron echando a los cananeos, pero de repente se detuvieron: llegaron a un valle que les dio mucho miedo. En este valle, la gente tenía carros de hierro. Estos carros eran los más fuertes de la época, y llevaban afiladas hojas metálicas en la parte delantera. ¡Los carros de hierro eran aterradores! Los hombres de Judá y Simeón dejaron de confiar en Dios, y solo vieron los carros de hierro aterradores. Decidieron no conquistar más tierras. ¿No era acaso Dios más fuerte que los carros de hierro? ¿Les hubiera ayudado? ¡Por supuesto! Pero si no tenían fe, Dios no podía hacer nada por ellos.

Otra tribu, la de Efraín, también salió a conquistar. Llegaron a la ciudad de Betel y conocieron un hombre cananeo que vivía allí. Le dijeron, “Si nos ayudas entrar a la ciudad, no te haremos daño ni a ti

ni a tu familia." El hombre escuchó, fue bondadoso con ellos y les ayudó, así como Rahab había ayudado a los espías unos años antes.

Los hombres de Efraín conquistaron la ciudad de Betel, y cumplieron su promesa para con este hombre. Se aseguraron que él y su familia estuvieran a salvo, y los invitaron a vivir entre ellos, al igual que Rahab y su familia. Pero este hombre eligió no vivir en Israel. Él y su familia decidieron mudarse a otro país, lejos de Israel, donde siguieron viviendo como idólatras.

¿Qué hubiese pasado si casi todos los cananeos hubiesen decidido mudarse lejos de los israelitas, como lo hizo esto hombre? ¿Qué hubiera pasado si hubieran decidido no luchar? Tal vez no se hubieran muerto; tal vez hubieran podido seguir viviendo, pero en tierras lejanas donde no podrían molestar al pueblo de Dios. Este fue el plan de Dios desde el principio. Los israelitas no necesitaban matar a otros para echar a los pueblos de la tierra. Pero como a menudo eligieron hacer las cosas en forma distinta a la manera de Dios, Dios permitió que los israelitas echaran a los pueblos como ellos querían.

Muy pocas de las tribus tuvieron la fe para conquistar completamente su tierra. Algunas de las tribus ni siquiera se molestaron en echar a los cananeos de sus tierras. En cambio, dijeron, "Somos más fuertes que estos cananeos. Les permitiremos vivir en la tierra, pero ellos tendrán que pagarnos impuestos." Esto parecía bien mientras los israelitas fueron más fuertes, pero con el paso del tiempo los cananeos se fortalecieron, y pronto fueron los *israelitas* los que tuvieron que pagarles impuestos a los cananeos. Una de las tribus recibió un trato tan duro por parte de los amorreos que tuvo que mudarse a la montaña, lejos de sus tierras y hogares.

Dios veía todo esto y estaba muy triste. ¡Cuánto anhelaba ayudar a su pueblo! Pero ellos tenían tan poca fe que no había mucho que él pudiera hacer. Les envió un ángel con un mensaje: "Los saqué de Egipto, los salvé de la esclavitud, y jamás romperé mi pacto con ustedes. Sin embargo, ustedes desobedecieron mis instrucciones e hicieron pactos con la gente de Canaán, cuando les dije que no lo hicieran. No se deshicieron de sus altares idólatras. ¿Por qué se comportan así?" Luego Dios les dijo que él respetaría lo que ellos habían escogido. Les dijo, "Ahora no echaré a los cananeos por ustedes. Serán como espinas en sus costados, y sus ídolos les causarán problemas."

La gente escuchó y se dio cuenta de su gran error. Allí mismo, todos lloraron. Es más, lloraron tanto que, desde ese momento, aquel lugar se llamó Boquim. "Boquim" significa "lugar del llanto".

Mientras lloraba, la gente le ofreció sacrificios a Dios. Esperaban que esto arreglara las cosas entre ellos y Dios. Pero Dios no esperaba sacrificios de parte de ellos; lo único que quería era que se arrepintieran y creyeran sus palabras. Si realmente creían, le obedecerían con gozo, y él podría hacer grandes cosas por ellos. Pero lamentablemente, esto no sucedió. El pueblo estaba más preocupado por las malas consecuencias de sus acciones que de cómo sus acciones habían arruinado su relación con Dios. ¿Cómo podría Dios obrar por medio de ellos si no estaban dispuestos a seguirlo?

Dios les había dicho, "Jamás romperé mi pacto con ustedes." El pacto solo podría ser quebrantado por ellos, no por Dios. Tenemos un Dios fiel y digno de confianza que siempre hace lo que promete. Solo necesitamos fe para creer lo que nos promete. ¿Necesitas más de esta fe? ¿Le pedirás hoy que te de fe?

12. La fe de una mujer

Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. Lucas 11:9-10 (RVR60)

 *Jueces 1:12-15; Números 27:1-11*

Caleb tenía una fe plena en Dios. Aunque era uno de los hombres más viejos de Israel, aún usó su fuerza y su fe para conquistar la tierra. Echó a los cananeos de Hebrón, su tierra.

Caleb también quiso conquistar una ciudad cerca de Hebrón llamada Quiriat-sefer. Decidió invitar a los hombres más jóvenes para que la conquistaran. Prometió: “El que conquiste esta ciudad podrá casarse con mi hija, Acsa.” Caleb sabía que cualquier joven que tuviese el coraje y la fe para realizar esta tarea sería un buen esposo para su hija. Un joven llamado Otoniel aceptó el desafío. Conquistó a Quiriat-sefer y gustosamente se casó con Acsa, la hija de Caleb.

Después del casamiento, Acsa decidió visitar a su padre. Tenía un pedido importante que hacerle. Se subió a su burro y fue a encontrarse con su padre. Cuando Caleb la vio, le preguntó con bondad, “Hija mía, ¿qué puedo hacer por ti?”

Acsa respondió, “Por favor, dame una bendición; me has dado la tierra del sur, que es amplia, pero es seca y no tiene agua. ¿Podrías también darme tierra que contenga vertientes de agua?” Caleb comprendió. Era razonable pedir tierra que tuviese agua. Pero la tierra con vertientes que ella pedía todavía estaba llena de cananeos.

Antes de usar esta tierra, ellos tendrían que echar a los cananeos de allí. La mayoría de los de Israel no hubiesen pedido esta tierra, porque tenían temor de tratar de conquistarla. Pero Acsa era diferente: ella tenía fe que Dios les ayudaría a conquistar la tierra, y que pronto la podrían utilizar. Estaba tan segura de esto que le pidió a su padre que le diera la tierra, y Caleb con gusto se la dio.

¡Qué fe maravillosa que tenía Acsa! Esto le recordó a Caleb de cinco otras mujeres que también habían mostrado una fe similar varios años antes, cuando Moisés todavía vivía. Los israelitas ni siquiera habían cruzado el Jordán, cuando cinco hermanas se acercaron a Moisés con un pedido especial. Vinieron a la puerta del tabernáculo y dijeron cortésmente: "Señor, somos hermanas. Nuestro padre ya murió, y no tenemos hermanos varones. Esto significa que nuestra familia tal vez no herede nada de tierra, porque no hay hombres en nuestra familia. ¿Podríamos por favor recibir tierra junto con nuestros parientes, por la familia de nuestro padre?"

Moisés las escuchó, luego le consultó a Dios qué hacer. En general, los hombres eran los que heredaban la tierra, y las mujeres recibían lo que pertenecía a su esposo cuando se casaban. Pero ¿qué en cuanto a las familias que no tuviesen hijos varones para recibir la tierra? Dios le dijo a Moisés, "Lo que estas mujeres están pidiendo es correcto. Si no hay un hijo varón que reciba la herencia, entonces las hijas deberían recibirla." A las cinco hermanas, cuyos nombres eran Maala, Noa, Hogla, Milca y Tirsa, se les dijo, "Cásense con primos, para que la tierra permanezca dentro de la familia." Según donde vives, tal vez casarte con un primo suena muy raro, pero en muchos países esto no es extraño para nada, y a veces sucede.

Estas cinco hermanas mostraron que tenían fe. Pidieron recibir tierra que no había sido conquistada todavía, pero hablaron como si

estuviesen *seguras* que esta tierra sería conquistada. Estaban seguras que Dios cumpliría su promesa de darles la tierra. Hubiera sido tan fácil que ellas pensaran que ni valía la pena pedir por algo que todavía no se había conquistado y que tal vez nunca sería de ellas, pero eligieron creer y pedir como si Dios ya hubiera cumplido su promesa. Esta es la misma fe que Acsa, la hija de Caleb, tuvo. Estas mujeres pidieron sabiendo que Dios estaría con su pueblo y les daría la fuerza para conquistar. Sabían que Dios cumpliría su promesa a su pueblo.

Dios no les dio promesas solamente a los israelitas; nos ha dado promesas maravillosas a nosotros, también. Prometió darnos un carácter como el de Jesús, para que podamos vivir en la Tierra Celestial Prometida muy pronto. ¿Creemos en sus promesas? ¿Le pedirás hoy que las cumpla en tu vida?

13. Los primeros jueces

Porque tú, Señor, eres bueno y perdonador,
y grande en misericordia para con todos los que te invocan.
Salmo 86:5 (RVR60)

 *Jueces 2:6-23; 3*

El pueblo había sido fiel a Dios hasta que Josué y los ancianos que estaban con él murieron. Después de eso, permitieron que los cananeos tuvieran influencia sobre ellos. Se hicieron amigos con ellos y hasta se casaron con ellos, y los cananeos les enseñaron a adorar ídolos. Esta era la razón por la cual Dios les había pedido que echaran a los cananeos, y había prometidos ayudarles a hacerlo si confiaban en él. Dios había dicho "echarlos" o "sacarlos" – no matarlos. Fueron los israelitas los que habían elegido matarlos cuando tomaron la tierra.

Como el pueblo ahora escogió abandonar a Dios, él respetó su elección y se retiró de ellos. Ahora ya no tenían la protección de Dios, y los cananeos pudieron reinar sobre ellos. Los cananeos habían sido amistosos mientras pensaban que los israelitas eran más fuertes, pero una vez que se sintieron poderosos, trataron a los israelitas con crueldad y les hicieron sufrir mucho.

Cuando el sufrimiento se volvía insoportable, el pueblo recordaba a Dios y clamaba a él por ayuda. En esos momentos, Dios fue misericordioso. Levantó jueces que los liberaron de sus enemigos. Mientras el juez estuviera vivo, el pueblo lo escuchaba y seguía a Dios, pero en cuanto moría el juez, el pueblo regresaba a sus ídolos, y

nuevamente perdía la protección de Dios. Los israelitas constantemente rompían su pacto con Dios.

El primer juez que Dios levantó fue Otoniel, el sobrino de Caleb, el hombre que se había casado con Acsa, la hija de Caleb. Los israelitas habían sido siervos del rey de Mesopotamia durante ocho años, y al final clamaron a Dios por ayuda. Otoniel luchó contra este rey y venció, y los israelitas tuvieron reposo otra vez. Esta paz continuó durante cuarenta años, hasta que Otoniel murió. Luego los israelitas se olvidaron de Dios y regresaron a sus ídolos.

Entonces los moabitas comenzaron a oprimir a los israelitas. Nuevamente, los israelitas recordaron a Dios y clamaron a él por ayuda. Esta vez, Dios levantó un juez llamado Aod. Él era zurdo, lo cual sorprendía al pueblo, porque solo unos pocos eran zurdos allí. Aod tenía que entregar los impuestos de su pueblo al rey Eglón, el rey moabita. Un día ideó un plan para salvar a Israel de este rey y sus impuestos. Pidió si podía hablar a solas con el rey. Cuando entró a ver al rey, trajo un puñal escondido en su ropa. Ninguno de los guardias se dio cuenta que lo tenía, seguramente porque era zurdo y lo llevaba en un lugar distinto en su ropa que donde lo llevaría un hombre diestro.

Cuando estuvo a solas con el rey, sacó su puñal y mató al rey. Luego rápidamente cerró la puerta con llave y se fue del salón del rey. Los sirvientes del rey esperaron afuera durante varias horas, y se preguntaban porqué el rey nunca los llamaba. Cuando finalmente entraron para verlo, lo encontraron muerto.

Justo después de eso, Aod tocó un trompeta y reunió a todos los israelitas para luchar en contra de los moabitas. Como el rey de Moab ahora estaba muerto, Aod sabía que ganarían con facilidad. Diez mil

israelitas lucharon contra el ejército moabita, y vencieron. Después de esto, Israel tuvo paz durante ochenta años.

Otro hombre que ayudó a Israel durante el tiempo de Aod fue un hombre llamado Samgar. Los israelitas siempre lo recordaron, porque mató a seiscientos hombres filisteos con un arma muy extraña: una aguijada de bueyes (un palo largo con una punta de metal, el cual se usaba para guiar a los bueyes). Seguramente usó esto porque no tenía espadas; los enemigos probablemente se las habían quitado. Estos hombres, Aod y Samgar, hicieron lo mejor que pudieron para ayudar a Israel a regresar a Dios. Pero lamentablemente, cuando Aod murió, el pueblo abandonó a Dios nuevamente y regresó a la idolatría.

¡Qué doloroso habrá sido para Dios el ver que sus hijos constantemente lo abandonaban y sufrían! Él nunca rompió su pacto con ellos; cuando ellos clamaban a él, él los oía y les ayudaba. Pero ellos constantemente rompían el pacto *de ellos* con él. Con cuánta facilidad abandonaban al Dios que les daba todo lo que necesitaban, que los amaba y los protegía. Con qué facilidad se volvían a ídolos que no podían hacer nada por ellos. Dios los escuchó y les dio Otoniel, Aod y Samgar, hombres que no siempre hicieron las cosas como Dios hubiera preferido, pero que por lo menos permitieron que Dios los utilizara de alguna manera, de acuerdo con lo que entendían. Sin embargo, Dios ansiaba darles aun más. Añoraba que ellos lo conociesen bien y lo amaran, que reflejaran su carácter y vivieran vidas realmente bendecidas, pero esto no era posible con las decisiones que tomaban.

Dios todavía responde a nuestro pedido si clamamos a él. ¿Necesitas la ayuda y el perdón de Dios? Él está esperando y listo para dártelo. ¿Le pedirás que te lo dé hoy, y le pedirás que te dé el

Espíritu de Cristo, el cual se mantiene cerca de su Padre, y lo refleja en todo?

14. Débora

Estos confían en carros, y aquellos en caballos;
Mas nosotros del nombre de Jehová nuestro Dios tendremos memoria.
Salmo 20:7 (RVR60)

 *Jueces 4, 5*

Los israelitas constantemente abandonaban a Dios y se volvían a los ídolos. Mientras Aod el juez vivía, todavía adoraron a Dios y disfrutaron de la paz en su tierra. Pero en cuanto Aod murió, comenzaron nuevamente a adorar ídolos. Cada vez que rechazaban a Dios de esta manera, abandonaban su cerco de protección. Y al perder la protección de Dios, el rey de Canaán, el rey Jabín, pudo oprimirlos. Vivían muy mal bajo este rey cruel, y no se podían imaginar cómo escapar de él. El rey Jabín era fuerte y tenía un enorme ejército con 900 carros de hierro. El capitán de este ejército aterrador se llamaba Sísara. Durante veinte años, los israelitas sufrieron bajo el reinado del rey Jabín.

Luego de veinte años, los israelitas no podían soportarlo más. Comenzaron a clamar a Dios por ayuda. Dios buscó un hombre que podría usar como juez para guiar a Israel hacia la libertad, pero lamentablemente, no encontró ninguno. Ninguno de los hombres de Israel tenía suficiente fe en Dios, ni suficiente coraje, como para que él lo pudiera utilizar. En cambio, encontró una mujer. Su nombre era Débora, la esposa de Lapidot. Ella era profetiza. Confiaba plenamente en Dios y tuvo el coraje de seguir sus instrucciones, así que no pasó mucho tiempo antes que el pueblo se diera cuenta que podían venir a

ella con sus problemas. Ella se sentaba bajo la palmera de Débora, donde el pueblo se acercaba a ella para que les ayudara a resolver sus disputas.

Débora llamó a un hombre de nombre Barac y le dijo, “Dios ha indicado que reúnas diez mil hombres. Te traerá al capitán Sísara y su ejército, cerca del río, y te los entregará.” ¡Qué promesa maravillosa! Cuando Dios les “entregaba un ejército”, esto significaba que ese ejército no tenía ninguna protección de Dios, y que su bendición estaría sobre el ejército israelita, si creían en él.

Pero Barac tenía miedo. No olvides que Dios no había podido encontrar hombres valientes dentro de Israel que tuvieran suficiente fe – ¡ni siquiera el capitán del ejército de Israel! Barac creía que Dios lo había llamado, pero en lugar de enfocarse plenamente en Dios, pensó en todas las debilidades del ejército israelita, y cuán fuerte era el ejército de Sísara. Esto lo llenó de dudas, así que le dijo a Débora, “Iré, pero solamente si vas conmigo. Si no vas conmigo, no iré.” ¿Desde cuándo los hombres le pedían a una mujer que viniese al campo de batalla con ellos para que los protegiera? ¡Eso no tenía ningún sentido! Pero por lo menos Barac estaba dispuesto a ir, así que Débora le contestó, “Iré contigo. Pero por tu incredulidad, no tendrás el honor de esta victoria. En cambio, una mujer logrará la victoria.”

Entonces Barac reunió a su ejército. Cuando Sísara, el enemigo, se enteró, él también reunió a su gran ejército, junto con sus carros de hierro, y los trajo al río, así como Dios había prometido que lo haría. Débora le indicó a Barac, “Ve. Este es el día en que Dios ha entregado al ejército de Sísara en tus manos. Jehová ya ha salido delante de ti.” Los israelitas vieron el enorme ejército y tuvieron miedo. ¡Los carros de hierro eran poderosos y peligrosos, y el enemigo era tan fuerte! ¿Podría Dios ayudarles a ganar?

Incluso antes de que el ejército de Barac llegara, Dios comenzó a obrar en el campamento cananeo. La presencia de Dios vino al ejército enemigo, y los soldados se sintieron muy perturbados e incómodos. ¿Por qué se sentían perturbados? Porque estaban aferrándose a pecados que no querían abandonar. Al estar Dios tan cerca de ellos, podían ver claramente sus pecados, y no lo soportaban. Esta era una oportunidad para que Sísara y sus hombres se arrepintiesen y vinieran a Dios, pero eligieron no hacerlo. En cambio, entraron en pánico y salieron corriendo. Incluso Sísara, el capitán cananeo, abandonó su carro de hierro y se escapó a pie. El ejército israelita alcanzó a estos soldados fácilmente y comenzó a matarlos.

El capitán Sísara se escapó y vino a la carpa de un hombre llamado Heber el ceneo. Los ceneos eran descendientes de Jetro, el suegro de Moisés. Ellos amaban a los israelitas, pero no eran enemigos del pueblo de Sísara. Por eso, Sísara estaba seguro que había encontrado un lugar seguro. Saludó a Jael, la esposa de Heber, y ella lo invitó a entrar. Al principio, ella no sabía quién era, así que le ofreció alimento y descanso, así como lo hacía con cualquiera viajero que pasara por su carpa. “Entra, mi señor, no tengas miedo,” le dijo. Le dio leche para beber, y luego él se acostó a dormir, y ella lo cubrió con una manta. Sísara le dijo a Jael, “Quédate a la puerta. Si alguien pregunta si hay un hombre aquí, dile que no.” Luego él se quedó dormido. A esta altura, Jael ya sabía quién era este hombre: ¡era un enemigo del pueblo de Dios! ¿Qué debía hacer ella? Mientras Sísara seguía dormido, ella tomó silenciosamente una estaca de la tienda, y con un mazo le clavó la estaca en las sienes, y él murió. Para ella habrá sido horrible hacer esto, pero era lo que ella entendía

que tenía que hacer. No se le ocurrió que Dios hubiera resuelto el problema de otra manera.

Más tarde ese día, Barac, el capitán del ejército de Israel, pasó por la carpa de Jael. Ella lo llamó y le dijo, “Aquí está el hombre que buscas.” Barac se sorprendió. Jael, una mujer, había conquistado a Sísara y traído victoria a Israel, así como lo había predicho Débora. Después que el ejército de Sísara perdió su capitán, fue fácil para los israelitas ganar la batalla. Incluso capturaron al rey Jabín. Después de eso, Israel estuvo libre de su enemigo. Los israelitas celebraron esta gran victoria, y Débora y Barac entonaron una canción de alabanza a Dios para agradecerle por devolverles su libertad.

Dios añoraba dar libertad y una vida pacífica a su pueblo. Mientras encontró a alguien de fe que le creyera y estuviera dispuesto a ser utilizado por él, liberó a su pueblo. Dios utilizó a Débora y Jael, dos mujeres, para hacer lo que los hombres de Israel tendrían que haber tenido la fe y el valor de hacer. Los hombres se enfocaron en el poder humano, los carruajes y las armas, en lugar de enfocarse en la fuerza de Dios. Dios puede ayudarnos con cualquier problema que tengamos. Cuando tienes un problema, ¿te enfocas en el problema y en todas tus limitaciones, o te enfocas en Dios y en todo lo que él puede hacer por ti, como lo hizo Débora? Pídele a Dios hoy que te ayude a enfocarte en él y en su fuerza para ayudarte, y de dejar de mirar tus problemas y limitaciones, para que él pueda hacer lo que ha prometido hacer en ti.

15. La duda de Gedeón

Porque por fe andamos, no por vista. 2 Corintios 5:7 (RVR60)

 *Jueces 6 | Patriarcas y Profetas, capítulo 53*

Dios amaba a los israelitas y había hecho todo lo posible para ayudarles y guiar sus vidas. Mientras Débora aún vivía, disfrutaron de la paz. Pero después de eso, regresaron a sus ídolos. ¿Cómo pudieron abandonar al Dios que los amaba y protegía? Al abandonar a Dios, estaban dejando su cerco de protección. Con tristeza, Dios respetó su decisión, y ya no los protegió. Demasiado pronto, otras naciones comenzaron a perturbarlos.

Esta vez, los enemigos fueron los madianitas. Durante siete años, oprimieron a los israelitas y los hicieron sentir muy mal. El asunto llegó a ser tan grave que algunos israelitas tuvieron que abandonar sus tierras y esconderse en cuevas y guaridas en las montañas. Ahora que nadie defendía la tierra, los madianitas y amalecitas tomaron los granos, frutos y animales de los israelitas, de manera que no quedó casi nada para que los israelitas pudiesen comer.

Ahora que estaban sufriendo, los israelitas recordaron a Dios. Clamaron a él por ayuda. Dios les envió un profeta. La Biblia no nos dice su nombre, pero este profeta les recordó, “Dios los sacó de Egipto, de la esclavitud, y echó a los pueblos delante de ustedes y les dio sus tierras. Él es su Dios y no necesitan temer a los dioses de los amoritas. Pero ustedes no le han obedecido.”

Ahora que el pueblo estaba hablando con Dios nuevamente, él podría ayudarles. Dios necesitaba un hombre que tuviese suficiente fe para que Dios lo utilizara. ¿Encontraría un hombre así? Sí, lo hizo. Ese hombre se llamaba Gedeón. Estaba ocupado trillando trigo en un lugar muy extraño: ¡el lagar (el lugar donde se hacía el vino)! ¿Por qué trillaría trigo en un lagar? Porque estaba escondiendo su trigo de los madianitas. Todavía no era la época del vino, así que él tenía esperanzas que ningún madianita vendría al lagar ese día.

El Ángel de Dios, el Hijo de Dios, vino a visitar a Gedeón mientras él trillaba el trigo. El Ángel se sentó bajo un roble cerca de Gedeón, y le dijo, "¡El Señor está contigo, varón esforzado y valiente!"

Gedeón se asustó. ¿Robaría este visitante su trigo? Pero enseguida se dio cuenta que su visita era amigable. Le contestó, "Si el Señor está con nosotros, ¿entonces por qué nos está sucediendo todo esto?" El Ángel lo animó, y le dijo, "Ve, salvarás a Israel de manos de los madianitas, porque yo te he enviado."

De repente Gedeón pensó en todas las razones de por qué él no era la persona adecuada para esa tarea. Dijo, "Pero mi familia es pobre, soy de la tribu insignificante de Manasés. Y soy el hermano menor, el menos importante." El Ángel, el Hijo de Dios, le contestó pacientemente, "Yo estaré contigo."

Gedeón se sintió honrado, pero todavía tenía dudas de lo que se le pedía hacer. Le rogó a la visita, "Si he hallado gracia ante ti, dame una señal de que has hablado conmigo. Por favor, no te vayas hasta que te haya traído un presente." El visitante, con paciencia, respondió, "Esperaré hasta que regreses."

Gedeón salió rápidamente a preparar comida para su visita: una cabra y pan sin levadura. Era un presente generoso, porque su familia

tenía muy poca comida. Se la trajo a su visita. “Ponla sobre una roca, y vuelca el caldo,” indicó el Ángel, el Hijo de Dios. Cuando Gedeón hizo esto, el Ángel tocó la comida con su cayado, y un fuego consumió la ofrenda. Ahora Gedeón supo, sin ninguna duda, que su visitante realmente había venido de Dios. Tuvo miedo de morir, porque sabía que era pecador. Pero el Hijo de Dios lo consoló, diciendo, “Paz sea contigo; no temas; no morirás.”

Esa misma noche, Gedeón siguió el primer mandato de Dios. Junto con diez sirvientes, él destruyó el altar de Baal que había en su pueblo. También cortaron todos los árboles alrededor del altar. El padre de Gedeón había construido ese altar, pero Gedeón estaba seguro que destruirlo era lo correcto. Luego Gedeón y sus sirvientes construyeron un altar para el Señor sobre la roca donde el Ángel había estado. Usaron leña de los árboles que habían cortado, y ofrecieron allí un becerro. Gedeón quería ayudar al pueblo a abandonar sus ídolos y volver a Dios y su protección.

A la mañana siguiente, varios hombres vinieron para adorar a Baal, y se enojaron mucho cuando vieron lo que Gedeón había hecho. Fueron al padre de Gedeón y le reclamaron, “¡Trae a tu hijo aquí, para que muera!” Pero el padre de Gedeón les contestó, “¿Por qué están tratando de defender a Baal? Si realmente es un dios, ¡que se defienda a sí mismo!”

Tenía razón: ¿quién debía defender a quién? ¿Acaso Baal no tenía que defender al pueblo? Sin embargo, ¡si siquiera se podía defender a sí mismo! Si Baal era tan poderoso, ¿por qué no mató a Gedeón? Si Gedeón estaba vivo, entonces esto significaba que Baal no tenía el poder de matarlo, y que ¡Baal no tenía ningún poder!

Después de todo lo sucedido, Gedeón tendría que haber estado completamente seguro que Dios estaba con él y que lo había llamado

para liberar a los israelitas. Pero todavía tenía dudas. ¿Era él realmente el hombre que debía liderar a los israelitas en contra de los madianitas y amalecitas? Gedeón oró, “Pondré un vellón de lana en el suelo durante la noche. Si el vellón está mojado por el rocío, pero el suelo está seco, entonces comprenderé que ésta es una señal de que me has enviado.” Al día siguiente, había ocurrido tal como él había orado.

Sin embargo, Gedeón necesitaba más certeza. Tal vez era normal que el vellón estuviese húmedo y la tierra seca temprano en la mañana. “Por favor, no te enojes conmigo,” oró, “Pero esta vez, si me has enviado, permite que el vellón quede seco y el suelo esté mojado por el rocío.” A la mañana siguiente, el vellón estaba seco, pero el suelo estaba mojado. Ahora Gedeón se sintió animado, y estaba seguro que Dios lo había enviado para hacer esta obra.

Dios tuvo paciencia con Gedeón. Hubiese sido mucho mejor si Gedeón hubiera simplemente creído las palabras de Dios desde el principio, sin la necesidad de ver señales para poder creer. Pero mientras Gedeón estaba dispuesto a escuchar, Dios podría trabajar con él.

Dios quiere que “andemos por fe, no por vista”. ¿Crees en las palabras de Dios para tu vida? ¿Necesitas ver señales para estar seguro? Pídele a Dios que te ayude a creer, y que fortalezca tu fe. Lo hizo por Gedeón; lo hará para ti también, con paciencia y amor.

16. El pequeño ejército de Gedeón

Un varón de vosotros perseguirá a mil; porque Jehová vuestro Dios es quien pelea por vosotros, como él os dijo. Josué 23:10 (RVR60)

 *Jueces 7 | Patriarcas y Profetas, capítulo 53*

Gedeón ahora estaba seguro que Dios lo había llamado para liberar a los israelitas de los madianitas. Ya los ejércitos madianitas y amalecitas se habían reunido y estaban acampando en un valle cercano. Eran un ejército enorme, y Gedeón quiso asegurarse que tendría suficientes soldados para luchar contra ellos.

Gedeón invitó a los israelitas a unirse a su ejército, y se sintió aliviado cuando 32.000 hombres se presentaron. Con todos estos soldados, ¡tal vez podrían conquistar a los madianitas! Pero Dios le dijo a Gedeón, “Tienes demasiados hombres. Podrían terminar creyendo que ganaron por su propia fuerza, y no creerán que yo los liberé. Dile a tu ejército que cualquiera que tiene miedo debe regresar a su hogar.” Dios quería trabajar con hombres que tendrían fe en él, y si tenían miedo y no confiaban en él, era mejor que regresaran a casa.

Luego Dios dijo, “Ahora envía a cualquiera que acaba de construir una casa y todavía no la ha dedicado, y a cualquiera que haya plantado un viñedo y todavía no haya comido de sus frutos. Además, que regrese a su casa cualquiera que se haya comprometido

para casarse, pero todavía no se haya casado." Los israelitas siempre habían hecho esto con sus hombres antes de las batallas, y Gedeón sabía que debía hacerlo, pero había deseado no tener que hacerlo. ¡No quería invitar a ninguno de sus soldados que se fuera! Pero obedeció las órdenes de Dios, y para su consternación, 22.000 hombres dieron la media vuelta y se volvieron a sus hogares. ¡Ahora Gedeón quedaba con solo diez mil hombres! ¿Podrían ganar con solo este número de hombres?

Pero Dios no había terminado. "Todavía hay demasiados hombres," le dijo a Gedeón, "Llévalos al río a beber agua, en camino al campo de batalla. Aquellos que se arrodillen para beber, o que lamieren las aguas con su lengua como un perro, deberían regresar a sus hogares. Pero quédate con aquellos que junten el agua con su mano y beban parados." ¿Por qué? Dios solamente podría trabajar con los que estuviesen listos para trabajar y se concentrasen en su tarea; con aquellos que no querían perder tiempo, ni siquiera para arrodillarse y beber. Gedeón observó cómo bebían, y para su consternación, tuvo que enviar a miles de ellos a sus hogares. Ahora quedaron solamente trescientos hombres. Era un ejército pequeño, pero Dios los había elegido. Eran valientes, tenían fe en Dios, y no eran idólatras.

Dios quiso animar a Gedeón un poco más. Indicó, "Desciende al enemigo con Fura, tu siervo, y observa lo que dicen y hacen." Entonces Gedeón y Fura descendieron al campamento enemigo, se escondieron en las sombras, y escucharon las conversaciones de los soldados. Escucharon a un soldado enemigo decir, "Soñé que un pan de cebada rodó a nuestro campamento, entró en una carpa y la hizo caer." El otro soldado contestó, "Oh, ¡este sueño significa que el Señor le ha entregado los madianitas a Gedeón!"

Gedeón había oído suficiente. Entusiasmado y animado, él y su siervo regresaron a su pequeño ejército y les contaron lo que habían escuchado. "¡Dios los ha entregado en nuestras manos!" dijeron, entusiasmados. Ahora todos los soldados se prepararon: Dios les había dicho que cada uno llevara una trompeta y una tea encendida. Debían cubrir la tea con un cántaro vacío para esconder su luz. Si hubieran llevado tan solo esto, hubieran ganado la batalla, pero por supuesto, los soldados también llevaron sus espadas. Dios no les había dicho que llevaran espadas, pero ellos simplemente no estaban listos para comprender que Dios no esperaba que ellos mataran a nadie esa noche.

Ya era de noche. Los trescientos israelitas rodearon el campamento enemigo, donde los soldados dormían. De repente Gedeón tocó la trompeta, y todos sus trescientos hombres tocaron sus trompetas. Luego rompieron los cántaros de barro para que se vieran las teas encendidas, y gritaron, "¡La espada del Señor, y de Gedeón!"

El ejército dormido se despertó, aterrorizado. Escucharon las trompetas y los gritos. Vieron las antorchas, ¡y les pareció como que estaban rodeados de miles y miles de soldados israelitas! No tenían idea que el ejército de Gedeón era tan pequeño. Comenzaron a huir, y en su temor y confusión, comenzaron a matar a los soldados de su propio ejército.

Gedeón y sus hombres podrían haber regresado a casa, y el ejército de Madián se hubiera destruido solo. Como los madianitas habían abandonado a Dios y su protección, esto sucedería de todas maneras. Pero los israelitas no entendían bien la manera en que Dios hace las cosas. Por eso persiguieron a los soldados madianitas y amalecitas y los mataron, pensando que tenían que hacerlo. Los

israelitas que no habían formado parte del ejército de Gedeón escucharon lo que ocurría y se sumaron para ayudar.

¡Por fin Israel estaba libre de los madianitas! Y quedaba claro que esto había sucedido, no porque el ejército israelita fuese grande, sino solamente porque Dios era grande y poderoso.

Muchos años antes, Josué les había dicho a los israelitas que Dios lucharía por ellos, y que un hombre con la ayuda de Dios podría hacer lo que miles de hombres podían hacer. Ese día con Gedeón y sus trescientos hombres esta promesa se cumplió. Con la ayuda de Dios, podemos hacer cualquier cosa. Y lo que hagamos es posible gracias al poder de Dios, y no por nuestro propio poder. ¿Le pedirás a Dios que te dé fe en él, para que él pueda hacer lo que ha planificado hacer a través tuyo?

17. Los problemas de Gedeón

Mas esto les mandé, diciendo: Escuchad mi voz, y seré a vosotros por Dios, y vosotros me seréis por pueblo; y andad en todo camino que os mande, para que os vaya bien. Jeremías 7:23 (RVR60)

 *Jueces 8 | Patriarcas y Profetas, capítulo 53*

Gedeón estaba más que feliz. ¡Por fin los israelitas estaban libres de los madianitas! Ahora no necesitarían esconderse más dentro de cuevas. No les tendrían que pagar impuestos a los madianitas, y podrían volver a cultivar sus campos y viñedos.

Los israelitas también estaban agradecidos. No veían la hora de volver a vivir en paz en sus hogares. Estaban cansados de esconderse en cuevas. Pero había una tribu que no estaba feliz: la tribu de Efraín. Ellos no habían querido sumarse a Gedeón cuando él pidió soldados, pero ahora estaban enojados que no habían estado allí para ayudarle. Fue mejor que no hayan estado en el ejército de Gedeón, porque no le hubieran dado a Dios la gloria por la victoria. Ellos solo deseaban haber estado dentro del grupo de héroes que salvaron a los israelitas. Estaban celosos que Gedeón era un héroe y ellos no lo eran. Enseguida intentaron culpar a Gedeón por lo mal que se sentían. ¿Por qué no nos llamaste a luchar contigo?" le preguntaron, enojados.

Gedeón *sí* los había invitado a sumarse a su ejército, pero ellos no habían aceptado. De todas maneas, Gedeón eligió ser cortés y

humilde en su trato para con los de Efraín. Por lo menos ellos se habían sumado cerca del final de la batalla, y habían matado a los líderes de Madián. Gedeón les dijo, "¿Acaso lo que ustedes hicieron no fue mejor que lo que hice yo?" Estas palabras bondadosas hicieron sentir mejor a los de Efraín, y dejaron de discutir con Gedeón.

Cuando todos habían regresado a sus hogares, el pueblo le hizo un pedido a Gedeón. "Por favor, sé nuestro rey," le dijeron. Pero Gedeón sabía que esto no sería correcto; Dios no les había indicado que tuviesen un rey. "No," les contestó, "No reinaré sobre ustedes, ni tampoco ninguno de mis hijos lo hará. Dios reinará sobre ustedes." ¿Por qué le costaba tanto al pueblo recordar a Dios? Era Dios quien los había liberado, no Gedeón.

Gedeón había hecho bien en tratar a la tribu de Efraín con respeto. También había hecho bien en no aceptar el ser rey de Israel. En todo esto, recordó que había sido únicamente Dios el que salvó a Israel. Pero lamentablemente, justo despúes de esto, él tomó una decisión que les trajo muchos problemas a él y a Israel.

Gedeón sabía que no podía ser rey, pero tuvo una idea: ¡tal vez podría ser un sacerdote! Tendría que haber sabido que eso estaba mal, porque Dios les había dicho a los israelitas dónde adorar, y de qué tribu y familia serían los sacerdotes. Gedeón no era de la familia ni de la tribu de sacerdotes. Sin embargo, pensó, "El Ángel me pidió que ofreciese sobre la roca, así que yo tendría que poder seguir haciéndolo."

Gedeón le pidió al pueblo que le dieran los aros de oro que habían tomado de los soldados enemigos que murieron. Hizo un efod (una prenda que usaban los sacerdotes) para sí mismo con ese oro. Luego guio a la gente en la adoración. Pero esta no era la adoración

que Dios quería. La gente solo veía a Gedeón, no a Dios, y se olvidó de los servicios del santuario en Silo. Gedeón tuvo una larga vida, y aunque le habló al pueblo acerca de Dios, sus servicios de adoración falsa arruinaron mucho de lo bueno que él podría haber hecho.

Después que Gedeón murió, el pueblo se olvidó lo que sabía de Dios, y se fueron nuevamente con sus ídolos. No habían llegado a conocer a Dios verdaderamente por sí mismos. ¡Se hubiera podido evitar tanto mal si Gedeón siempre hubiera seguido la voluntad de Dios! El momento en que decidió hacerle caso a sus propias ideas en lugar de las instrucciones de Dios, tomó decisiones que le hicieron daño a toda la nación de Israel.

Dios nos pide que escuchemos su voz. Mientras escuchemos y nos dejemos guiar por él, estaremos a salvo. ¿Le pedirás a Dios que te ayude a escuchar lo que tiene para decirte? ¿Le permitirás guiar tus decisiones y tu vida hoy?

18. Abimelec, el rey autoproclamado

Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor. Efesios 5:17 (RVR60)

 *Jueces 9 | Patriarcas y Profetas, capítulo 53*

Después de la muerte de Gedeón, el pueblo de Israel pareció olvidarse de Dios, y no les interesaba lo que Dios había hecho por medio de Gedeón para cuidar de ellos. Gedeón tuvo setenta hijos. Como muchos hombres de esa época, él tuvo muchas esposas, aunque este no es el plan de Dios para las familias. Uno de estos hijos, Abimelec, decidió que él quería ser rey. Pensó, ¿acaso el pueblo no le había pedido a su padre Gedeón que fuese rey? Su padre habrá rehusado ser rey, pero ¿por qué no podía él, el hijo de Gedeón, ser rey?

Abimelec habló con los hombres de la ciudad de Siquem y consiguió su apoyo. Estos hombres no tenían buen carácter; ninguno amaba a Dios, y eran egoístas y avaros. Solo aceptaron a Abimelec como rey porque creían que eso les traería beneficios. Los hombres de Siquem le dieron a Abimelec setenta piezas de plata del templo de su ídolo. Era su manera de decirle a Abimelec, “Te aceptamos como nuestro rey.” Y al aceptar la plata de un ídolo, Abimelec les estaba diciendo, “Acepto su ídolo como mi dios.”

Una vez hecho esto, Abimelec y los hombres de Siquem fueron a donde vivía la familia de Gedeón, y mataron a todos los hermanos de

Abimelec, excepto el menor, Jotam. Este hermano logró escaparse y esconderse. Al matar a sus hermanos, Abimelec se estaba asegurando que ninguno de ellos intentaría quitarle el trono.

Jotam, el hermano menor, estaba muy triste que había ocurrido algo tan terrible. Subió el monte Gerizim, una de las montañas donde el pueblo había renovado su pacto con Dios en la época de Josué[2]. Desde esta montaña, contó una parábola en voz alta para que su hermano y el pueblo de Siquem, que estaba en el valle, pudieran oír. Dijo:

"Un día los árboles decidieron elegir un rey. Le pidieron al olivo que fuese su rey, pero el olivo no aceptó, porque ya tenía la tarea importante de producir aceitunas. La higuera y la parra tampoco aceptaron ser rey, porque cada una tenía su propia tarea importante que hacer: tenían higos y uvas que producir. Entonces finalmente, los árboles le pidieron a la zarza, el arbusto más inútil, que fuese su rey. Como la zarza no tenía ninguna tarea valiosa que hacer, aceptó. Pero también dijo, 'Si me hacen rey, todos los árboles deben venir bajo mi sombra.'" (Esto sería imposible, porque ¡la zarza casi ni hace sombra! ¡Era solo un arbustito pequeño!) "Luego la zarza amenazó a los demás árboles: 'Si no se ponen bajo mi sombra, saldrá fuego de mí y quemará todos los árboles.'"

Jotam siguió hablando: "Si ustedes, el pueblo de Siquem, han sido verdaderos y sinceros al hacer rey a Abimelec, y mataron a todos los hijos de Gedeón aunque él hizo tanto por ustedes, entonces disfruten de su nuevo rey. Pero si no fueron verdaderos ni sinceros al hacer esto, entonces que salga fuego de Abimelec y los consuma, y que salga fuego de ustedes que consuma a Abimelec."

---

[2] Ver la historia 5 de este tomo.

Luego Jotam se escapó y se escondió para protegerse. Pero sus palabras se hicieron realidad. Tres años después, Abimelec y los hombres de Siquem dejaron de confiar el uno del otro y desearon destruirse.

Luego llegó el tiempo de la cosecha de uvas, y el pueblo hizo una fiesta. Un hombre llamado Gaal dijo, "Yo sería mejor rey que Abimelec." Cuando Abimelec se enteró, mató a Gaal. Luego comenzó a atacar algunas ciudades y matar a toda su gente porque pensaba que estaban en contra de él. Una de las ciudades que atacó fue justamente la de Siquem. Abimelec mató a mil personas allí.

Luego atacó la ciudad de Tebes. La gente de esta ciudad subió a una torre alta para protegerse. "Quemaré la torre junto con todos los que están allí dentro," decidió Abimelec. Pero justo cuando intentaba hacer esto, algo sucedió: una mujer dejó caer de la torre un gran pedazo de un molino. El molino rompió el cráneo de Abimelec, y él sabía que pronto estaría muerto. "¡Apúrate!" le dijo a su escudero, "¡Mátame con tu espada, para que nadie pueda decir que me mató una mujer!" Muy pronto, el cruel y egoísta Abimelec estuvo muerto. La parábola de su hermano se había vuelto realidad: tanto Abimelec como los hombres de Siquem terminaron destruidos.

¡Cuán diferente hubiera sido esta historia si Abimelec hubiera esperado pacientemente para que Dios le mostrara qué obra especial tenía que hacer! ¿No hubiera estado más feliz viviendo una vida de servicio, rodeado por sus muchos hermanos y familiares? Tal ves Dios le hubiera dado un puesto de liderazgo si él hubiera tenido la humildad y la apertura para conocer la voluntad de Dios. Dios podría haberle ayudado a ser un líder maravilloso que hubiera traído a los israelitas a Dios. Podría haber mejorado las cosas donde su padre había fallado. Pero nunca sabremos lo que hubiera sido, porque

Abimelec en cambio escogió hacer su propia voluntad y vivió una vida egoísta sin Dios.

Cada uno de nosotros tiene una obra especial que hacer, así como el olivo, la higuera y la parra de la parábola de Jotam. No todos necesitamos ser líderes; lo importante es hacer lo que Dios nos está pidiendo hacer. No hay mejor tarea que esa. El plan de Dios siempre será para nuestro bien y para el bien de los que nos rodean. ¿Alguna vez te has preguntado qué obra especial te dará Dios para hacer cuando seas más grande? ¿Hay algo especial que necesitas hacer hoy? Pídele a Dios que te muestre su voluntad y te guíe, para que puedas tomar decisiones en tus actividades hoy que estén de acuerdo con su plan.

19. Jefté y su hija

Porque misericordia quiero, y no sacrificio,
y conocimiento de Dios más que holocaustos. Oseas 6:6 (RVR60)

 *Jueces 10 – 12 | Patriarcas y Profetas, capítulo 53*

Después de la muerte de Abimelec, hubo un tiempo de paz. Dios levantó diferentes jueces que hicieron lo mejor posible para traer al pueblo nuevamente a Dios. Estos hombres no intentaron ser importantes, ni pelearon guerras. El primero de estos hombres fue Tola. Él juzgó a Israel durante treinta años. Trajo nuevamente la ley, el orden y la justicia a Israel. Eligió vivir cerca del tabernáculo para poder asistir a los servicios y enfocarse en la adoración a Dios. Esto fue bueno, porque la gente no le había prestado atención a la adoración a Dios desde la época de Gedeón.

Después de Tola, un hombre llamado Jair juzgó a Israel durante veintidós años. Tenía treinta hijos que cabalgaban sobre asnos y ayudaban a juzgar a Israel. Intentó enseñarle al pueblo a adorar a Dios, pero la mayoría del pueblo todavía eligió sus ídolos. Para cuando Jair murió, los israelitas ya estaban tan profundamente metidos en la idolatría que no estaban solo adorando un ídolo – ¡estaban adorando siete!

A Dios no le quedó otra que aceptar que los israelitas no lo querían en sus vidas, así que con gran tristeza retiró su presencia de ellos. Esto los dejó sin su protección, y demasiado pronto, los filisteos y amonitas comenzaron a reinar sobre ellos y a tratarlos con

crueldad. Durante dieciocho años, los israelitas sufrieron bajo los filisteos y amonitas. Finalmente, recordaron a Dios y clamaron a él.

Dios les contestó por medio de un profeta. No sabemos el nombre de este profeta, pero Dios lo utilizó para darles a los israelitas el siguiente mensaje: "¿Acaso no los libré de Egipto? ¿No los libré de todas las demás naciones que los oprimían? Sin embargo, me abandonaron y eligieron a otros dioses. Vayan y pídanles a esos dioses que los liberen."

Los israelitas sabían que tenía razón. Se deshicieron de todos sus ídolos y dijeron, "Hemos pecado. Señor, haz lo que te parezca mejor con nosotros, pero ¡por favor líbranos!" Ahora que querían que Dios esté nuevamente en sus vidas, él gustoso comenzó a ayudarles. Nunca había querido que sufrieran de esta manera.

El ejército amonita ya había instalado su campamento en Gilgal y estaba listo para atacar a Israel. Los israelitas todavía no tenían un líder. "¿Quién luchará contra el enemigo?" se preguntaron. Un hombre llamado Jefté estuvo dispuesto a realizar esta tarea.

Jefté reunió su ejército, y luego hizo algo necio: le prometió a Dios, "Si el Señor nos da la victoria, entonces ¡lo que salga de mi casa para recibirme será del Señor, y lo ofreceré!" De alguna manera, sintió que, si le hacía una promesa grande a Dios, entonces Dios tendría más ganas de ayudarle. Pero Dios nunca había pedido este tipo de promesas; estaba más que dispuesto a salvar a Israel sin recibir ninguna ofrenda de ellos. Lo único que quería era que los israelitas lo escucharan y creyesen sus palabras. Si escuchaban y creían, siempre tendrían la paz y protección de Dios.

Jefté y sus hombres fueron a la batalla y vencieron a los amonitas. Como los amonitas habían perdido la presencia y protección de Dios, los israelitas no tuvieron dificultades para ganar,

aunque Dios no hubiese querido una batalla así, donde se mataba gente.

Cuando Jefté regresó a su casa después de la batalla, su hija, la única que tenía, fue la primera persona que lo recibió. Ella estaba muy feliz que ellos habían ganado la batalla, y estaba celebrando, bailando y tocando una pandereta.

Ahora Jefté se horrorizó y se dio cuenta de su error. Su hija se sorprendió cuando, en lugar de celebrar con ella, él rasgó su ropa con gran tristeza. "Mi hija, le hice una promesa a Dios, y no puedo quebrantarla," le dijo. La hija escuchó y comprendió. Le aseguró a su padre, "Cumple tu promesa, papá, porque el Señor hoy nos ayudó."

Jefté no iba a quemar a su hija en sacrificio, porque a Dios no se le ofrecía la gente de esa manera. Si una oveja o una vaca se hubieran encontrado con Jefté, entonces él la hubiera ofrecido sobre el altar. Pero si un perro o un burro lo hubiera recibido, entonces por supuesto él no hubiera ofrecido esos animales sobre el altar, porque no eran animales que se ofrecían a Dios en un altar. En cambio, se hubieran usado para el servicio de Dios. Lo mismo sucedió con la hija de Jefté; su vida sería dedicada únicamente al servicio de Dios. Esta fue la decisión de su padre, no de Dios. La promesa de su padre significó que ella jamás podría casarse ni tener hijos, y eso le dio tristeza, porque ella había deseado mucho eso.

Le pidió a su padre, "Papá, déjame ir a la montaña con mis amigas por dos meses, para llorar que nunca voy a casarme." Jefté le permitió hacer eso. Después de esto, todos los años las jóvenes recordaban la vida de la hija de Jefté durante cuatro días. Ella nunca tendría hijos que la recordaran, pero por lo menos sus amigas recordarían su historia.

Jefté había vencido a los amonitas, y era un héroe en Israel. Todos estaban felices con él, excepto por una tribu: la de Efraín. Al igual que con Gedeón, los de Efraín dijeron enojados, "¿Por qué no nos llamaste a luchar contigo?" Lamentablemente, Jefté no les respondió con bondad como lo había hecho Gedeón. "Ustedes no vinieron cuando los necesité," les respondió. Luego él y su ejército lucharon contra los de Efraín y mataron a 42.000 hombres.

Jefté fue juez en Israel durante seis años, luego murió. Después de él, Israel tuvo tres jueces más: Ibzán, Elón y Abdón. Cada uno de estos hombres mantuvo el orden en Israel, pero el pueblo no tuvo la paz y el reposo que Dios hubiese querido darles, porque no siguió a Dios de todo corazón en este tiempo.

Jefté había pensado que tenía que hacerle una promesa a Dios para que él le ayudara, pero no era necesario. Lo único que Dios quería era que Jefté, y todo Israel, lo escuchara y lo siguiera. Tenía tanto gozo y tanta paz que deseaba darles, pero ellos estaban demasiado ocupados escuchando sus propios pensamientos en lugar de los pensamientos de Dios. Debido a esto, Dios no pudo hacer todo lo que deseaba hacer por ellos.

Dios también quiere guiar tu vida para darte paz y felicidad. ¿Le pedirás hoy que te ayude a escuchar lo que él tiene para decirte?

20. Esperando al bebé Sansón

Y él dijo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan. Lucas 11:28 (RVR60)

 *Jueces 13 | Patriarcas y Profetas, capítulo 54*

Los israelitas habían abandonado a Dios nuevamente y volvieron a sus ídolos. Y por supuesto, Dios tuvo que finalmente ceder y darles lo que querían. Con tristeza, se retiró para que pudieran estar con los ídolos que habían escogido. Como Dios ya no los estaba protegiendo, no pasó mucho tiempo hasta que los filisteos ocuparan el territorio. Esta vez, los filisteos tuvieron poder sobre los israelitas durante cuarenta años, y todo este tiempo reinaron con crueldad sobre ellos.

Dios ansiaba liberar a los israelitas, pero solo podía hacerlo por medio de gente que tuviera fe en él. Había un hombre que tenía fe en Dios y no era idólatra. Su nombre era Manoa. Él y su esposa no podían tener hijos, pero todavía creían las palabras de Dios y lo amaban. Dios sabía que podría utilizar a esta pareja para salvar a Israel. ¿Le creerían?

Un día, el Ángel del Señor, el Hijo de Dios, vino a la esposa de Manoa con noticias maravillosas: “Tendrás un hijo, y Dios comenzará a liberar a Israel por medio de él.” Luego le explicó cómo prepararse para este bebé, y cómo deberían criarlo, “No tomes vino, y no comas nada inmundo. Y después que nazca, el niño no deberá comer ni

beber estas cosas, tampoco. Será un nazareo, dedicado a Dios. No cortes su cabello."

La esposa de Manoa enseguida fue a su esposo y le contó todo. Él sabía que este mensaje era realmente importante, y comenzó a preocuparse: "¿Y si cometo un error y hago algo mal?" Oró, "Señor, por favor, envía al hombre de Dios nuevamente para que nos enseñe qué hacer." Dios bondadosamente contestó su oración. Le volvió a enviar el Ángel a la esposa de Manoa. Ella estaba sentada en el campo, y cuando lo vio, corrió a buscar a su esposo. Juntos escucharon con atención mientras el Ángel les daba instrucciones.

"Por favor, espera aquí," rogó Manoa, "Te prepararemos algo para comer." Él pensaba que el Ángel era un hombre enviado por Dios; no sabía que en realidad era un mensajero directo del cielo. El Ángel respondió, "Aunque me quede, no comeré. Y si entregas un holocausto, debes ofrecerlo al Señor."

Manoa preguntó, "¿Cuál es tu nombre? Quisiéramos honrarte cuando nazca nuestro bebé." El Ángel respondió, "¿Por qué preguntas mi nombre? Es un secreto." Manoa pronto se enteraría quién era realmente este Ángel.

Rápidamente, Manoa preparó una cabra y algo de pan, luego regresó a donde estaba el Ángel. Le ofreció comida al Señor sobre una roca. Luego él y su esposa observaron, maravillados. Vieron que subió una llama de la ofrenda hacia el cielo, y vieron al Ángel subir hacia el cielo con la llama. "¡Ahora sabemos quién es este visitante!" pensaron Manoa y su esposa. Se inclinaron con sus rostros al suelo, maravillados. Luego Manoa sintió miedo. Le dijo a su esposa, "Hemos visto a Dios. ¡Ahora seguro moriremos!"

Manoa podía sentir su pecaminosidad como nunca antes, porque acababa de estar con el mensajero más importante de Dios. Pero su

esposa confió en el amor de Dios, y con confianza, respondió, “Si Dios nos quisiera matar, no hubiera aceptado nuestra ofrenda. Y si nos quería muertos, no nos hubiera dicho todas estas cosas, tampoco.” ¡Tenía razón! Dios les había enviado su Ángel porque tenía un plan especial para ellos. Con entusiasmo, ellos esperaron el cumplimiento de sus promesas.

Y Dios cumplió su promesa. La esposa de Manoa quedó embarazada, y ellos cuidadosamente siguieron todas las instrucciones que el Ángel les había dado. Cuando el bebé Sansón nació, Manoa y su esposa lo criaron de acuerdo con todo lo que el Ángel les había instruido. ¡Estaban ansiosos de ver cómo Dios podría usar su precioso hijito para darle libertad a Israel!

Manoa y su esposa creyeron las palabras de Dios, y él les dio un bebé milagro. Ellos podrían haber rechazado las instrucciones de Dios; podrían haber elegido hacer las cosas a su manera, o no hacerlas para nada, pero en cambio, eligieron aceptar las palabras de Dios y seguir todo lo que les dijera, y él pudo cumplir su promesa de darles un bebé. Esta es la clase de corazón que Dios está buscando: anhela que simplemente escuchemos lo que tiene para decirnos, y que lo creamos. Así es como él puede cumplir sus promesas en nosotros. ¿Le pedirás a Dios hoy que te dé un corazón que oiga? ¿Le pedirás para escuchar lo que tiene para decirte hoy? Pídele que te dé la voluntad para oír, y la fe para creer sus palabras.

21. La fuerza de Sansón

Estad atentos, y oíd mi voz; atended, y oíd mi dicho. Isaías 28:23 (RVR60)

 *Jueces 14, 15 | Patriarcas y Profetas, capítulo 54*

Los padres de Sansón habían hecho lo mejor posible para seguir todas las instrucciones de Dios al criar a su hijo. Dios bendijo a Sansón mientras él crecía, y pronto se hizo claro que este chico había recibido una fuerza física increíble. Y así como Dios lo había indicado, Manoa y su esposa criaron a Sansón como un nazareo, como alguien dedicado a Dios. Nunca cortaron su cabello, e hicieron lo mejor posible para enseñarle a ser un hombre de Dios.

Sansón recibió todas estas bendiciones, pero cuando llegó el momento que él tomara sus propias decisiones, lamentablemente decidió que no seguiría a Dios tan fielmente como lo habían hecho sus padres. A los padres de Sansón se les había dicho, "Tu hijo *comenzará* a liberar a los israelitas de los filisteos." Sansón tendría que haber pasado tiempo preguntándole a Dios cómo liberar a los israelitas de sus enemigos, los filisteos. Pero en cambio, ¿qué hizo? Disfrutó de pasar tiempo en la ciudad filistea más cercana, visitando a la gente allí, y eventualmente se enamoró de una joven filistea.

"Quiero casarme con esta chica filistea," Sansón les anunció a sus padres, "Vayan y búsquenla para mí." Manoa y su esposa se sintieron devastados que Sansón quisiera casarse con una mujer pagana. Le rogaron que no lo hiciera: "¿Acaso no hay una chica dentro de

nuestro propio pueblo que te guste? ¿Por qué te casarías con una idólatra?" Los padres sabían que esta mujer no sería una buena esposa para su hijo. ¿Cómo podría él liberar a los israelitas de los filisteos si estaba casado con una filistea? Pero Sansón insistió en hacer lo que él quería, y se casó con ella. Este no era el plan de Dios, pero Dios utilizaría este error de Sansón para comenzar a liberar a los israelitas.

Un tiempo antes de la boda, Sansón iba caminando a visitar a su futura esposa. De repente, un león rugiente lo atacó. Si cualquier otra persona hubiera estado allí en lugar de Sansón, el león la hubiera matado. Pero Sansón tenía muchísima más fuerza que un león, y con facilidad agarró al animal con sus dos manos y lo mató. Un tiempo después, Sansón vio que un enjambre de abejas había hecho una colmena dentro del cadáver del león. Tomó la miel del enjambre y comenzó a comerla. Un nazareo no debía tomar nada que estuvo dentro de un cadáver porque era inmundo, pero a Sansón no le importó; disfrutó igual de la miel.

Luego Sansón celebró su boda. Durante la fiesta, él decidió divertirse un poco. Habían venido treinta hombres, todos filisteos, a la boda. Sansón les dijo, "Tengo una adivinanza para ustedes. Si pueden resolverla, les daré treinta prendas de ropa. Si no la pueden resolver, ustedes tendrán que darme treinta prendas de ropa." Los amigos estuvieron de acuerdo, así que Sansón les dio la adivinanza:

"Del devorador salió comida,
Y del fuerte salió dulzura."

¿Qué podría significar esto? Los amigos hicieron un esfuerzo por resolver la adivinanza, pero no pudieron hacerlo. Finalmente, fueron a la esposa de Sansón y la amenazaron: "¡Averigua la respuesta a la adivinanza! Si no lo haces, ¡quemaremos la casa de tu familia!"

La esposa de Sansón podría haberle contado a su esposo lo que habían dicho estos hombres, y él la hubiera protegido junto con su familia. Pero como ella se había criado adorando ídolos crueles, nunca pensó que Sansón la amaba y le ayudaría. Entonces, en lugar de contarle lo que realmente estaba pasando, ella comenzó a llorarle y quejarse para lograr que Sansón le contara su secreto. Pronto Sansón se cansó de escuchar sus quejas, así que le contó la respuesta a la adivinanza. Ella en seguida fue y se la contó a los filisteos. Con aire de superioridad, ellos le dijeron a Sansón, "Aquí está la respuesta a tu adivinanza:

¿Qué cosa más dulce que la miel?
¿Y qué cosa más fuerte que el león?"

¡Tenían razón! La adivinanza de Sansón se refería a la miel que había comido del cadáver del león. Pero ¿cómo se enteraron? Sansón supo exactamente lo que había sucedido, y se sintió enojado y dolido que su esposa lo había traicionado. Les había prometido a los hombres que, si ellos resolvían la adivinanza, él les daría ropa, así que lo hizo. Pero como estaba tan enojado, consiguió esta ropa matando a treinta hombres de otra ciudad filistea. Luego regresó a la casa de sus padres, y por un tiempo, no quiso estar con su esposa por lo que ella había hecho.

Un tiempo después, Sansón decidió regresar a su mujer, pero para ese entonces, ella ya se había casado con otro hombre. Esto

enojó tanto a Sansón que él quemó todos los campos, los olivos y los viñedos de los filisteos. ¿Y sabes cómo lo hizo? Cazó trescientas zorras y las ató cola con cola. Luego, entre cola y cola, colocó teas ardientes y soltó las zorras, y éstas quemaron todo.

Esto provocó más matanza: los filisteos se enojaron tanto por lo que hizo Sansón que mataron a la esposa de Sansón y al padre de ella. Sansón se enfureció tanto por esto que salió y mató a más filisteos. Luego, triste y enojado, fue caminando hasta la tierra de Judá. El ejército filisteo lo siguió y acampó cerca con la esperanza de agarrarlo.

Los hombres de Judá se consternaron cuando vieron a los filisteos. Podrían haber orado y pedido que Dios los ayudara, pero en cambio, le dijeron a Sansón, "¿Acaso no sabes que los filisteos nos dominan? ¿Por qué los estás haciendo enojar? ¡Ahora nos atacarán!" A Sansón no le importó cómo se sentían los de Judá. Despreocupadamente, les contestó, "Bueno, los filisteos comenzaron el problema." Él tampoco pensó en preguntarle a Dios qué hacer. Lo único que quería era vengarse contra los filisteos por lo que le habían hecho.

Los hombres de Judá querían hacer lo que sea para evitar que los filisteos los atacaran. "Sansón, permítenos atarte y entregarte a los filisteos; prometemos que no te mataremos," le dijeron los de Judá. Sansón les dejó hacer esto. Él sabía que era muchísimo más fuerte que todos los soldados filisteos juntos. En cuanto lo llevaron a los filisteos, rompió las sogas con las que lo habían atado. Luego buscó un arma y encontró una quijada de asno. Agarró eso, y enseguida la usó para matar a mil filisteos. El resto del ejército escapó.

Los hombres israelitas simplemente miraron. Ni siquiera oraron. Podrían haberse unido a Sansón para ayudarle, pero no parecían

creer que Dios les quisiera dar libertad. Quizás por eso el Ángel había dicho, "Sansón *comenzará* a liberar a los israelitas de los filisteos." Dios solo podría hacer tanto como la fe de los israelitas se lo permitiera, pero ellos tenían muy poca fe en ese momento.

Luego de la batalla, Sansón tuvo sed. Había visto cómo Dios lo protegió del ejército entero de filisteos. Hubiera sido tan fácil para él simplemente orar y pedirle a Dios que le diera agua. Pero en cambio, se quejó, "Señor, ¿moriré de sed ahora? ¿Será que los filisteos por fin me podrán agarrar?" Dios fue paciente con él. Con bondad, hizo que saliera agua para Sansón de una vertiente nueva, y él pudo beber.

Después de esto, Sansón se convirtió en el juez de Israel, y lo fue durante veinte años. Durante este tiempo, Dios les dio a Sansón y al resto de Israel la oportunidad de venir a él para pedir sabiduría y fuerza. Sin embargo, Sansón y el pueblo rara vez le pidieron a Dios estas cosas. ¿Cuánto más durarían estas bendiciones? ¿Llegaría Sansón a aprender a apreciar la fuerza que Dios le había dado, o la derrocharía? Lo veremos en la siguiente historia.

Dios nos ha dado bendiciones especiales a cada uno, así como se las dio a Sansón. Pídele a Dios que te ayude a apreciarlas. Agradécele por todo lo que hace por ti, y pídele que te siga bendiciendo y guiando hoy.

22. Sansón y Dalila

Hay camino que al hombre le parece derecho; Pero su fin es camino de muerte. Proverbios 14:12 (RVR60)

 *Jueces 16 | Patriarcas y Profetas, capítulo 54*

Sansón fue juez en Israel durante veinte años. Durante ese tiempo, todavía disfrutaba de visitar las ciudades filisteas de vez en cuando. Una vez fue a Gaza y tenía pensado pasar la noche allí. Los filisteos dijeron, "¡Esta es nuestra oportunidad para matar a Sansón! ¡Rodeemos la ciudad y agarrémoslo cuando intente salir por la puerta de la ciudad en la mañana!"

Pero Sansón no se dejó agarrar; a la medianoche de repente se despertó. Tuvo la sensación de que podría haber un problema, así que decidió irse de la ciudad. Al irse, agarró la enorme y pesada puerta de la ciudad, junto con sus dos postes, y la cargó sobre sus hombros. Esta puerta era tan pesada que solo podía abrirse o cerrarse si varios hombres trabajaban juntos para moverla. Pero Sansón la levantó como si no pesara nada, y la cargó hasta la cima de un monte cercano. Nuevamente, los filisteos vieron que no le podían hacer absolutamente nada a Sansón, porque él tenía tanta fuerza.

Al poco tiempo de eso, Sansón se enamoró de otra mujer filistea llamada Dalila, y comenzó a pasar tiempo con ella. Debería haberle pedido a Dios que le ayudara a encontrar una buena esposa, en lugar de casarse otra vez con una idólatra, pero no lo hizo.

Los líderes filisteos vieron su oportunidad para derrotar a Sansón. Fueron a Dalila y le ofrecieron una suma enorme de dinero. "Te

pagaremos once mil piezas de plata si descubres en qué consiste la fuerza de Sansón, y cómo lo podemos vencer," le prometieron. A Dalila le gustó la idea de convertirse en una mujer muy rica; amó más esa idea que a Sansón. Por eso, le empezó a preguntar, "Sansón, ¿de dónde viene tu fuerza? ¿Me lo dirás?"

Al principio, Sansón se guardó el secreto. "Si me atan con siete cuerdas frescas que no se hayan secado, entonces seré tan débil como cualquier hombre," le mintió. Dalila lo ató con cuerdas frescas, y los filisteos vinieron a atacarlo, pero Sansón rompió las cuerdas con facilidad y se defendió.

Dalila comenzó a quejarse, "¡Me has mentido! ¿No me vas a decir de dónde viene tu fuerza?" Sansón volvió a mentirle, "Si me atan con sogas nuevas que jamás se hayan usado, perderé mi fuerza." Por supuesto, Dalila lo ató con sogas nuevas y los filisteos vinieron a atacarlo, pero él se defendió con facilidad.

Dalila lloró y rogó, "¡Dime de dónde viene tu fuerza! ¿Por qué me estás mintiendo?" Sansón tendría que haberle preguntado por qué *ella* lo había traicionado ya dos veces, pero no lo hizo. En cambio, le dijo otra mentira: "Tengo siete trenzas. Si las entretejes con tela y las aseguras con una clavija, perderé mi fuerza." En cuanto pudo, Dalila tejió el cabello de Sansón con la tela. Pero por supuesto, cuando los filisteos vinieron a atacarlo, él se defendió con facilidad.

Ahora Dalila estaba muy enojada. Ella tendría que haber sentido vergüenza por traicionar a su esposo, pero lo único que le importaba era que él no le contara su secreto. "¿Cómo puedes decir que me amas, si no me compartes lo que tienes en el corazón?" le lloró. Sansón finalmente se rindió; no aguantó más las quejas de ella. No pareció ver el peligro en el que estaba, y finalmente le contó la

verdad: “Soy un nazareo, y nunca me corté el cabello. Si me afeito la cabeza, seré tan débil como cualquier otro hombre.” ¿No se daba cuenta Sansón que ella lo traicionaría otra vez?

Dalila supo que por fin le había dicho la verdad. Mientras Sansón dormía, ella silenciosamente trajo alguien que lo rapara, luego llamó a los filisteos. Esta vez Sansón no tuvo fuerzas para defenderse. Al entregar su secreto, él perdió la protección de Dios, y los filisteos lo llevaron preso. Le quitaron los ojos y le hicieron moler granos todo el día en la prisión.

Con el tiempo, el cabello de Sansón comenzó a crecer de nuevo. Mientras molía granos todo el día, pensó mucho acerca de su vida. Dios le había dado muchísimas bendiciones. Sin embargo, él había sido ciego a todo eso; nunca se había dado cuenta de todo lo que Dios había hecho por él. Ahora sus ojos estaban ciegos, pero su corazón por fin podía ver algo importante: él podía ver, o comprender, la verdad. Se arrepintió de haber desperdiciado su vida y de haber hecho las cosas tan diferentes al plan de Dios.

Los filisteos planificaron un gran banquete en el templo de su ídolo, Dagón. “¡Nuestro ídolo Dagón nos ha entregado a Sansón!” dijeron con felicidad. Tres mil personas se reunieron en el templo para la fiesta. Bailaban y cantaban con música fuerte, y mientras comían y bebían vino, dijeron, “¡Traigamos a Sansón aquí para que lo veamos y nos burlemos de él!”

Sansón, ciego, se sintió horrible al escuchar cómo todos se mofaban de él. Sin embargo, recordó que ahora su cabello había crecido. ¿Estaría Dios con él nuevamente, para darle fuerzas? Sansón se había arrepentido plenamente de su vida pecaminosa, y ahora que estaba en el templo, pensó que Dios podría utilizarlo una vez más.

“Permíteme descansar sobre uno de los pilares,” le dijo Sansón al guardia que lo había traído. El guardia lo colocó al lado de dos pilares del templo. Luego Sansón oró, “Señor, acuérdate de mí y dame fuerzas solo esta vez. ¡Ayúdame a vengarme de los filisteos!”

Esa venganza no es la forma en que Dios hace las cosas, pero él no evitaría que sucediera. Sansón, por lo menos, tenía fe que Dios todavía podía cumplir su promesa de “comenzar a liberar” a los israelitas de los filisteos. La fe de Sansón había crecido, así como su cabello había vuelto a crecer. Ese cabello largo mostraba a los demás que Dios había elegido a Sansón para una obra especial – y ahora Sansón estaba dispuesto a ser utilizado por Dios, aunque no entendía completamente la forma en que Dios hace las cosas.

Luego Sansón empujó ambas columnas con sus brazos – brazos que ahora eran fuertes porque Dios le había vuelto a dar fuerzas. Al empujar los pilares, el edificio entero se desplomó sobre esa enorme multitud. Todas las personas en ese edificio, incluyendo Sansón, murieron ese día.

¡Cuán diferente hubiera sido la vida de Sansón, si él le hubiera entregado su corazón a Dios desde el comienzo! ¡Cuánto más hubiera podido hacer Sansón si le hubiera pedido a Dios que guiara cada decisión de su vida! La historia de Sansón es triste; es la historia de lo que podría haber sido. Nos alegra que al final él entregó su corazón a Dios y se arrepintió de sus errores. Al igual que Sansón, Dios tiene un plan también para tu vida. ¿Le pedirás a Dios que te guíe hoy, que te muestre sus planes? ¡Con gusto te guiará y te utilizará!

23. Los ídolos de Micaía

El que es de Dios, las palabras de Dios oye;
por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios.
Juan 8:47 (KJV)

 *Jueces 17, 18*

Dios soñaba con transformar a Israel en el mejor país en todo el mundo. Si hubieran seguido sus leyes, hubieran tenido el país más rico y abundante, donde todos hubieran tenido lo que necesitaban. El pueblo de Israel hubiera disfrutado de una libertad que ningún país puede dar, y el resto de las naciones del mundo hubieran querido aprender cómo construir un país así. Israel hubiera sido rica y libre, porque Dios era su rey.

Pero a los israelitas les costaba simplemente seguir la guía de Dios. Constantemente se volvían a sus ídolos. Se olvidaban de las palabras que Dios les había dado por medio de Moisés y Josué. Dios no obliga a nadie a obedecerle, así que les dio lo que ellos querían. Si elegían abandonarlo, se los permitía, aunque le dolía hacerlo. Y le dolía cuando ellos sufrían las consecuencias de abandonar su cerco de protección.

Debido a que los israelitas vivían de esta manera, la época de los jueces fue una en la cual cada uno “hacía lo que mejor le parecía”. Eran libres de hacer lo que pensaban que era mejor. En lugar de utilizar esta libertad para preguntarle a Dios qué sería mejor, simplemente tomaban sus propias malas decisiones.

Una de las historias de malas decisiones durante esta época es la de un hombre llamado Micaía. Él vio que su madre tenía 1.100 siclos de plata (¡que es mucha plata!), y los robó. Cuando su madre se dio cuenta que había desaparecido su plata, dijo, "¡Que sea maldito el ladrón de mi plata!" Micaía tuvo miedo cuando escuchó esto, así que fue a su madre, le confesó lo que había hecho, y le devolvió lo suyo.

La madre de Micaía estaba más que feliz de recuperar su plata. "Hijo mío, ¡bendito seas!" le dijo, y con gusto lo perdonó. Luego le contó su plan a Micaía: "Dediqué esta plata al Señor, para hacer un ídolo." Entonces tomó solamente 200 siclos de su montón y los utilizó para mandar a hacer un ídolo. El resto de la plata se la guardó para sí misma. ¡Qué confundida estaba esta mujer, y cuán lejos de Dios! Le había prometido 1.100 siclos a Dios, pero solo le terminó dando 200 – ¡y encima usó esos 200 siclos para hacer un ídolo horrible!

"Déjame guardar mi ídolo de plata en tu casa," le pidió la madre a Micaía. Él ya tenía un cuarto especial donde guardaba varios ídolos, y con gusto agregó este ídolo nuevo a su colección. "Necesito un sacerdote para mi casa y todos estos ídolos," pensó Micaía. Le pidió a su hijo que fuese su sacerdote. Pero después de un tiempo, tuvo una idea mejor: invitó a un levita viajante que fuera su sacerdote. "Puedes vivir aquí y te pagaré," le prometió Micaía. ¡Esta no era la forma en la que Dios les había dicho que adoraran! ¡Ninguno de estos hombres debería haber sido sacerdote! Solo los hombres de la familia de Aarón podían serlo. Es verdad que los levitas trabajaban en el tabernáculo, pero no lo hacían como sacerdotes, sino que hacían otras tareas especiales. Sin embargo, Micaía pensó, "¡Tengo un levita en mi hogar! ¡Ahora Dios me bendecirá!" Lamentablemente, Dios no podía bendecir un hogar que no le hacía caso para nada a sus instrucciones.

Luego de esto, Micaía recibió unas visitas peligrosas: cinco hombres de la tribu de Dan. Ellos fingían ser amistosos, pero en realidad estaban espiando para ver si podían robarse la tierra y las posesiones de Micaía. La tribu de Dan quería más tierra, porque casi toda su tierra había sido tomada por los cananeos. En lugar de pedirle a Dios que les ayudara a recuperar sus tierras de los cananeos, decidieron que sería más fácil robar tierras de otras tribus israelitas. ¿Cómo podían hacerle algo tan feo a su propia gente? ¡Esto muestra cuán lejos estaban de Dios!

Estos cinco hombres de Dan hablaron con el levita que trabajaba como sacerdote para Micaía. "¿Nos irá bien? Por favor, consúltale a Dios por nosotros," le pidieron – pero no le contaron qué era lo que ellos habían venido a hacer. El levita, por supuesto, ni le consultó a Dios tampoco; solamente les contestó lo que ellos deseaban escuchar, aunque fuese una mentira: "Vayan en paz; Dios los protegerá."

Los cinco hombres regresaron a su hogar en Dan y le dijeron a su gente, "Dios nos dará esta tierra. ¡Conquistémosla!" Esto no era verdad – Dios nunca les había dicho que podían tomar la tierra de otra tribu israelita. ¡Ellos solo decían lo que deseaban que fuese verdad!

Los hombres de Dan formaron un ejército de seiscientos hombres y montaron un campamento en la tierra donde vivía Micaía. Enseguida, los cinco hombres trajeron al ejército entero a la casa de Micaía. "Aquí hay ídolos. ¡Hagan lo que tienen que hacer!" anunciaron. Si este ejército hubiera estada bajo las órdenes de Dios, hubieran entrado para destruir los ídolos y todo lo que les impidiera adorar a Dios. En cambio, ¡entraron y comenzaron y llevarse los ídolos para sí mismos!

El levita intentó detenerlos, pero lo miraron y le dijeron, "¿Por qué no vienes con nosotros? ¡Puedes ser sacerdote de toda la tribu de Dan! No necesitas quedarte con la familia de Micaía." Al levita le agradó esta idea. De repente perdió interés en vivir con Micaía. Les ayudó a los soldados a cargar los ídolos, y se fue con ellos. No fue un amigo leal para Micaía, y siempre eligió lo que parecía ser mejor para él.

Cuando Micaía se dio cuenta que se había quedado sin sus ídolos y su levita, se sintió muy mal. Alcanzó a los hombres de Dan. Lleno de tristeza, les rogó, "¡Devuélvanme mis ídolos y mi sacerdote! ¡Ya no me queda más nada!" Pero los hombres no quisieron devolverle sus cosas. A Micaía no le quedó otra que regresar a su casa sin nada.

Ahora que su casa estaba libre de ídolos, podría haber aprovechado la oportunidad para pensar más en su Padre celestial e ir a él. No lo sabemos, porque la Biblia no nos cuenta qué hizo después de esto, pero nos gustaría que haya regresado a Dios.

Mientras tanto, los hombres de Dan colocaron los ídolos en su tierra y los adoraron durante años. Ignoraron completamente las instrucciones que Dios dio de adorar en Silo, con sacerdotes que fuesen de la familia de Aarón. ¡Dios no podía bendecirlos si lo ignoraban de esa manera!

Las personas en esta historia constantemente mencionaban a Dios y se comportaban como si habían orado y le habían consultado qué hacer. Actuaban como si sabían lo que Dios quería y como si lo comprendiesen, pero estaban muy, muy lejos de una comprensión verdadera de Dios y su voluntad.

Esto también sucede hoy. Tantas personas dicen y hacen cosas que son lo opuesto a lo que dice la Biblia, sin embargo, mencionan a

Dios y dicen que están haciendo lo que Dios quiere que hagan. ¡Qué confundidos que están!

¿Cómo podemos saber si lo que estamos haciendo está de acuerdo con la voluntad de Dios? La única manera es siguiendo la Palabra de Dios, la Biblia. En el tiempo de Micaía, el pueblo tenía la Palabra de Dios en los libros de Moisés y en las palabras de Josué. Si ellos hubieran recordado y seguido estas palabras, se hubieran mantenido dentro de la voluntad de Dios. En nuestros días, tenemos la Biblia entera, incluyendo el testimonio de Jesús. Deberíamos permitir que este testimonio guíe nuestra comprensión de la Biblia. Si tomamos decisiones que estén de acuerdo con la Biblia, podemos confiar que Dios nos está guiando. No necesitamos vivir vidas desordenadas, confusas y lejos de Dios, como lo hicieron los de esta historia. Pídele a Dios que te guíe, que te ayude a mantenerte cerca de él, para que puedas vivir de acuerdo con su hermoso plan.

24. La tribu más pequeña

Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía.
Santiago 3:17 (RVR60)

 *Jueces 20:8 – 21:25*

Durante la época de los jueces, los israelitas podrían haber tenido el país más pacífico del mundo, y podrían haber disfrutado de una libertad que nadie más tenía. Dios quería ser su rey y guiar sus vidas. Pero lamentablemente, los israelitas mayormente rechazaron las palabras de Dios. Solo lo recordaban cuando tenían grandes problemas, pero quitando eso, tomaban sus propias decisiones y trataban de resolver sus problemas a su manera. Y la mayoría de las veces tomaban malas decisiones. Una de estas ocasiones tristes fue cuando todo Israel hizo que Benjamín terminara siendo la tribu más pequeña de Israel.

Todo comenzó cuando un levita viajaba a su casa con una de sus concubinas. Era un viaje largo, así que tuvo que pasar la noche en la ciudad de Gabaa, que pertenecía a la tribu de Benjamín. Lamentablemente, los hombres de Gabaa eran malvados. Tomaron a la concubina del levita y la mataron. Él no había protegido bien a esta mujer, pero decidió echarles toda la culpa a los hombres de Gabaa. Envió un mensaje pidiendo a todo Israel que atacara a esta ciudad malvada por lo que le habían hecho a su concubina.

Los israelitas estaban conmocionados. “¡Los hombres de Gabaa se comportaron igual que los de Sodoma!” pensaron. Enseguida enviaron un mensaje a la tribu de Benjamín, diciendo, “¿Por qué ha sucedido esta maldad? ¡Entreguen a los hombres que hicieron esto tan terrible!” Pero los de Benjamín decidieron que no entregarían a sus hombres. “¡Protegeremos a nuestra gente!” decidieron. Y el pueblo de Benjamín juntó un ejército de 26.000 hombres, listos para defender su tribu del resto de Israel.

Ahora Israel juntó su propio ejército: 400.000 hombres. Pensaban que Dios los estaba guiando, pero en realidad no estaban listos para escuchar cómo Dios solucionaría este problema. Le preguntaron a Dios qué hacer, pero no hubieran seguido sus palabras al menos que fuesen lo que ellos querían escuchar. Entonces Dios les dio lo que ellos deseaban, y lo que deseaban era atacar la tribu de Benjamín, así como habían atacado a los cananeos. En realidad, ninguna de las tribus estaba bajo la protección de Dios en este momento, porque ninguna estaba siguiendo sus palabras e instrucciones. Cada una había dejado de escuchar a Dios y había elegido hacer las cosas a su manera.

Ahora comenzó una guerra terrible. Los benjamitas ganaron la primera batalla, pero los israelitas ganaron la siguiente, y terminaron destruyendo las ciudades de la tierra de Benjamín. Mataron a toda la gente de Benjamín que pudieron encontrar, incluyendo mujeres y niños. Dios nunca les había pedido hacer esta cosa terrible; lo hicieron por su propia maldad. Los únicos benjamitas que sobrevivieron fueron seiscientos hombres: ellos fueron lo suficientemente fuertes y rápidos como para escapar, y se escondieron en cuevas durante cuatro meses.

Después que terminaron de destruir y matar, los israelitas se sintieron terrible. Se dieron cuenta que casi habían destruido una tribu entera de su propio pueblo, y desearon no haberlo hecho. Se reunieron en Betel y lloraron, "Oh Señor, ¿por qué tendría que faltar una tribu de Israel hoy?" Ofrecieron sacrificios, y se preguntaron cómo ayudar para que la tribu de Benjamín volviera a crecer. Primero, enviaron mensajeros para invitar a los hombres de Benjamín que regresaran con el resto de Israel. Les anunciaron, "Pueden salir ahora de sus escondites; ¡las tribus quieren estar en paz con ustedes!"

Cuando los hombres salieron, los israelitas se dieron cuenta que tenían un gran problema: estos hombres benjamitas ya no tenían más a sus esposas e hijos, porque todos habían muerto en la guerra. ¿Cómo podían ayudar a estos hombres a encontrar nuevas esposas para comenzar una nueva familia?

"No les podemos dar nuestras hijas para casarse," lloraron los israelitas, "porque antes de la guerra prometimos que no lo haríamos. Ahora no podemos quebrantar esa promesa. Pero ¿de dónde conseguirán esposas?" Luego se les ocurrió una idea: la ciudad de Jabes-galaad no había ayudado al resto de Israel para luchar contra la tribu de Benjamín. "¡Castiguémoslos por no ayudarnos!" decidieron.

Pronto enviaron a 12.000 soldados a esa ciudad. Los soldados mataron a todos menos las mujeres solteras. Luego trajeron a estas mujeres para que los de Benjamín se casaran con ellas. Pero todavía no alcanzaban las mujeres para seiscientos benjamitas.

"Ahora ¿qué haremos?" se preguntaron. Entonces tuvieron otra idea: "Pronto habrá una fiesta en Silo. Durante esta fiesta, las chicas solteras siempre salen a bailar. Los hombres de Benjamín tendrían que esconderse en los viñedos y capturar estas chicas para sí mismos.

Entonces no podremos decir que *les dimos* nuestras hijas; ellos *las tomaron*. De esa forma, ellos pueden conseguir esposas, y nosotros no estaríamos rompiendo nuestra promesa."

¿Suena esto como algo que Dios indicaría hacer? ¡Por supuesto que no! Pero los israelitas siguieron adelante e hicieron esto. Debido a que pensaban de esta manera, Dios tuvo que enseñarles a los israelitas lentamente, guiándolos cuidadosamente paso por paso hacia una comprensión más plena de su forma de hacer las cosas.

Pronto los benjamitas sobrevivientes volvieron a tener esposas. Reconstruyeron sus ciudades y formaron familias con estas mujeres que habían tomado. Después de eso, la tribu de Benjamín fue la más pequeña, el grupo con la menor cantidad de gente, la tribu que casi desapareció en manos del resto de los israelitas.

¿Cómo hubiera resuelto Dios cada uno de estos problemas? ¡Ciertamente sin hacerles matar a nadie ni robar nada! Pero lamentablemente, el pueblo escogió seguir sus propios deseos y sabiduría para encontrar la solución a estos problemas tan complicados. Nuestro Padre tiene una solución para cada problema que tengamos. Si le pedimos y realmente creemos sus palabras, él nos mostrará cómo resolver los problemas de acuerdo con su voluntad. ¿Le pedirás hoy que te ayude a recordar que él tiene la solución para todo? ¿Le pedirás que te ayude a confiar en él, y no en tu propia sabiduría, cuando tengas un problema?

25. Una mujer pagana elije a Dios

Respondió Rut: No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Rut 1:16 (RVR60)

 *Rut 1-2*

Dios tenía un plan para Israel: si seguían sus leyes, disfrutarían de la libertad y la prosperidad. Él anhelaba que las naciones que rodeaban Israel dijeran, "Mira, ¡Israel es un país maravilloso por causa de su Dios! ¡Queremos unirnos a ellos!" Pero lamentablemente, los israelitas nunca vivieron acorde con este plan. Sin embargo, hubo algunas ocasiones en las cuales un idólatra decidió que quería abandonar sus ídolos, adorar a Dios y unirse al pueblo de Dios. Una de esas personas fue una joven llamada Rut.

Rut era moabita. Cuando era todavía pequeña, un hombre llamado Elimelec se mudó a Moab con su esposa Noemí y sus dos hijos, Mahlón y Quelión. Vinieron a Moab porque había una hambruna en Israel, y ellos buscaban un mejor lugar donde vivir hasta que terminara la hambruna. Lamentablemente, Elimelec murió unos años después. Noemí y sus hijos permanecieron en Moab después de eso, y ambos hijos terminaron casándose con mujeres moabitas. Mahlón se casó con una chica llamada Orfa, y Quelión se casó con Rut.

Vivían muy felices juntos, pero lamentablemente, no pasó mucho tiempo antes que Mahlón y Quelión también murieran. Noemí, Orfa y Rut estaban devastadas. ¿Qué harían ahora? Noemí supo que ya no podía quedarse en Moab; sería mejor regresar a Israel donde tenía parientes que podrían ayudarle. Orfa y Rut querían estar con ella, pero ella en seguida les dijo, "Será mejor que regresen al hogar de sus padres. Será más fácil que encuentren maridos allí, y pronto tendrán sus propios hogares otra vez. No se queden conmigo."

Orfa y Rut lloraron. Insistieron que querían quedarse con Noemí, pero ella seguía diciendo, "Regresen. No puedo tener más hijos para que se casen con ustedes. Les irá mejor en la casa de sus padres." Orfa por fin se convenció. Lloró un poco más, luego se despidió de Noemí y se fue. Pero Rut no quiso irse. Sabía que sería difícil ser forastera en Israel, pero ella había llegado a aprender de Dios por medio de Noemí y Quelión, y no quería regresar a la idolatría de Moab. También sabía que Noemí estaba viejita, triste y sola. La amaba y quería cuidar de ella.

"Mira," le dijo Noemí, "Tu cuñada ya ha regresado a su pueblo y sus dioses. Debes hacer lo mismo." Pero Rut no quiso hacerlo. Le insistió a Noemí, "No me digas que te deje. Donde vayas, yo iré. Donde vivas, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios." Ahora Noemí sabía que Rut estaba decidida, así que dejó de insistirle que regresara con su familia. Juntas, retornaron a Belén, la ciudad de Noemí.

Los amigos y parientes de Noemí estaban felices de volver a verla después de tantos años. Se entristecieron al escuchar que Elimelec, Mahlón y Quelión habían muerto. "No me llamen Noemí; llámenme Mara," les dijo Noemí. *Noemí* significa "placentera", y *Mara* significa

“amarga”. Les explicó, “Dios ha hecho que mi vida sea amarga, no placentera.” Noemí se sentía amargada por todas las cosas tristes que le habían sucedido. Por mucho tiempo, le costó sentir el amor y el cuidado de Dios, aunque Dios nunca había dejado de cuidar de ella. Ella no sabía que pronto podría ver el tierno cuidado de Dios hacia ella por medio de su nuera, Rut.

Mientras tanto, Rut hacía todo lo posible para encontrar alimento para ella y Noemí. Era el comienzo de la cosecha de cebada, así que Rut buscó un campo donde juntar las espigas de cebada que quedaran sin cosechar. Según las leyes de Dios, cuando alguien cosechaba su campo, tenía que dejar algunas espigas para que las juntaran los pobres. Así todos podrían tener para comer. Sin saberlo, Rut terminó trabajando en el campo de un hombre llamado Booz.

Booz era rico, bondadoso y un verdadero seguidor de Dios. También era un pariente cercano de Elimelec, el esposo de Noemí. Booz llegó a su campo y, como lo solía hacer, conversó bondadosamente con sus sirvientes, preguntándoles acerca de su día y su trabajo. Luego notó a Rut. “¿Quién es ella?” preguntó.

“Es la nuera de Noemí de Moab. Está recogiendo entre las gavillas. Ha estado trabajando todo el día, y solo descansó un ratito,” le contestaron. Booz se sintió conmovido por lo que estaba haciendo Rut. Le dijo con bondad, “Quédate en este campo; no vayas a otro. Nadie te molestará aquí. Y cuando tengas sed, puedes beber del agua que han traído mis sirvientes.” Luego les dijo a sus sirvientes, “Déjenle juntar todo lo que ella desea, y no la molesten. Y dejen muchas espigas para que ella pueda recoger, así consigue todo lo que necesita.”

Rut estaba muy agradecida. Se inclinó ante Booz y le agradeció por su bondad. Booz dijo, “Sé todo lo que has hecho por tu suegra

desde que murió tu esposo. Estuviste dispuesta a venir a una tierra y a un pueblo diferentes a lo que conocías. Que Dios te recompense plenamente, porque has llegado a confiar en él; elegiste refugiarte bajo sus alas." ¡Qué palabras tan reconfortantes que fueron éstas para Rut!

Antes que Rut regresara a su casa, Booz la invitó a comer con sus trabajadores. Se aseguró que comiera hasta sentirse llena. Luego ella regresó a su casa y con alegría le mostró a Noemí toda la cebada que había recogido: ¡casi 25 kilogramos! Esto era suficiente grano para que comieran durante varias semanas. Noemí se sorprendió. "¿Dónde has espigado hoy? ¡Que Dios bendiga al dueño de este campo por fijarse en ti!" le dijo. Sabía que Rut no hubiera podido juntar tanto sin la bondad del dueño del campo. "El campo pertenece a un hombre llamado Booz," respondió Rut.

Por primera vez, Noemí comenzó a volver a sentir el amor y el cuidado de Dios, después de todo lo que había sufrido. Le dijo a Rut, "Dios no ha dejado de ser bondadoso. Este hombre, Booz, es un pariente. Mejor es que continúes trabajando en su campo." Ahora Noemí estaba segura que tendrían el alimento que necesitaban, y que Rut estaría segura, porque estaría trabajando en el campo de Booz, el primo de Elimelec.

Rut eligió seguir a Dios, aunque eso significara tener que vivir en una nueva tierra como una pobre viuda y extranjera. Por medio de su decisión valiente, Dios pudo mostrarle a Noemí cuánto la amaba, incluso cuando sucedieran cosas malas. Cuando decidimos seguir a Dios, no solo es una bendición para nosotros, sino también para los que nos rodean. Hasta los amigos y parientes de Noemí podían ver cómo Dios estaba obrando por medio de Rut, porque ella decidió

seguirlo. ¿Eliges también seguir a Dios? Pídele que te dé fe y confianza en él hoy, en todo lo que hagas.

26. La redención de Rut

Jehová recompense tu obra, y tu remuneración sea cumplida de parte de Jehová Dios de Israel, bajo cuyas alas has venido a refugiarte.
Rut 2:12 (RVR60)

 *Rut 3-4*

Rut trabajó en el campo de Booz durante varios meses, hasta el final de las cosechas de cebada y de trigo. Mientras tanto, Noemí pensaba en sus decisiones pasadas. ¿Por qué ella y su esposo no habían decidido quedarse en Israel durante la hambruna? ¿Por qué no había confiado en que Dios los cuidaría en su propia tierra? ¿Hubiesen sido diferentes las cosas si ellos no hubiesen ido a Moab? Luego Noemí pensó en Rut. ¿Qué podía hacer para ayudarle a encontrar un esposo y formar una familia otra vez? No quería que su amable y amorosa nuera terminara sola.

Luego pensó en Booz. Él era un pariente cercano, así que, según la ley, tenía el derecho de comprar el terreno de Elimelec y casarse con Rut. A esto se le llamaba "redimir". Si él hacía esto, Noemí y Rut estarían seguras y cuidadas. Rut también podría tener hijos. Pero, ¿querría Booz casarse con ella?

Noemí le contó a Rut todo esto, y le dio instrucciones en cuanto a qué hacer. "Lávate, ponte perfume, y vístete con tus mejores ropas." Noemí sabía que Booz estaría vigilando su grano en la era durante toda la noche. Le dijo a Rut, "Cuando esté durmiendo, ve, descubre sus pies y acuéstate. Luego espera; él te dirá qué hacer."

Así como Noemí le instruyó, Rut fue a la era de Booz. Lo encontró durmiendo al costado de una pila de granos. Silenciosamente, ella descubrió los pies de él, se acostó, y esperó. En el medio de la noche, Booz despertó. ¡Se asustó al ver que había una mujer acostada a sus pies! "¿Quién eres?" preguntó, temeroso.

Rut le dijo la verdad: "Estoy aquí para ver si serás mi pariente redentor. Si lo harás, entonces extiende el borde de tu capa sobre mí." Booz se sintió conmovido. "Que Dios te bendiga. Hubieras podido ir tras hombres más jóvenes, pero no lo hiciste. Todos en esta ciudad saben que eres una mujer buena y bondadosa. Haré lo que me estás pidiendo," le dijo. Pero antes que él pudiera hacer algo, había alguien con quien debía hablar. Le explicó, "Hay otro pariente que es aun más cercano a Elimelec que yo. Hablaré con él mañana. Si él acepta casarse contigo, entonces lo hará él. Pero si no lo hace, lo haré yo." Booz permitió que Rut descansara y estuviera segura allí hasta justo antes del amanecer. Luego, antes que ella volviese a su casa, él dijo, "Quítate el manto que traes sobre ti, y tenlo." Ella sostuvo el manto, y él lo cargó de granos de cebada para que ella llevara a su casa.

Esa misma mañana, Booz fue a la puerta de la ciudad y esperó hasta que pasara su pariente. Cuando llegó el pariente, Booz le habló frente a los ancianos de la ciudad. El pariente dijo, "Estoy dispuesto a redimir la tierra de Elimelec." Pero entonces Booz dijo, "Si redimes la tierra, tendrás que casarte también con Rut." El pariente contestó, "Entonces no lo puedo hacer. Hazlo tú." Para mostrar que este era su acuerdo, el pariente se quitó el calzado y se lo entregó a Booz. Los ancianos de la ciudad escucharon la conversación entera, y estuvieron felices cuando se acordó que Booz se casaría con Rut. Le

dijeron a Booz, “Que Dios bendiga esta mujer, y que la haga como Raquel y Lea, y que Dios bendiga tu hogar.”

Así que Booz se casó con Rut, y tuvieron un precioso bebé llamado Obed. Ahora Noemí se sentía llena de la bondad de Dios. Sus amigas venían a visitarla y le decían, “Dios ha restaurado tu vida. Te dio Rut, que es mejor para ti que siete hijos.” Noemí asentía y sonreía mientras alzaba al pequeño Obed y tiernamente ayudaba a cuidar de él.

Obed creció y tuvo un hijo llamado Isaí. Isaí fue el padre del rey David. Y ¿sabes quién nació de la familia de David, muchos años después? Jesús, el Hijo de Dios. Dios pudo usar a la fiel Rut, una mujer de Moab, para que fuese la tatarabuela de Jesús, el Mesías. ¡Qué honor! Rut había decidido confiar en Dios, aunque todo fuese nuevo para ella y le diese un poco de miedo, y Dios la bendijo con más de lo que ella hubiera pedido. ¿Vendrás a refugiarte bajo las alas de Dios, y confiarás en él como lo hizo Rut? Pídele que te dé fe en él hoy.

27. La fe de Ana

Por este niño oraba, y Jehová me dio lo que le pedí. 1 Samuel 1:27 (RVR60)

 *1 Samuel 1:1- 2:21 | Patriarcas y Profetas, capítulo 55*

Ana estaba triste. ¡Cuánto anhelaba tener un bebé! Había estado casada con su esposo, Elcana, durante muchos años, pero nunca habían podido tener un hijo. Su esposo hasta se había casado con una segunda esposa, Penina, solo para poder tener hijos. Penina, la segunda esposa, tuvo varios hijos, pero ella sentía celos de Ana porque Elcana amaba más a Ana que a ella.

Todos los años, cuando viajaban a Silo para celebrar las fiestas, Elcana le daba a Ana una doble porción de comida que no le daba a Penina ni a sus hijos. Al hacer esto, quería que Ana supiera que él la amaba tanto como si ella le hubiera dado hijos. Penina veía esto y se sentía celosa. Provocaba a Ana y le decía cosas crueles. “Dios no está contento contigo, por eso no tienes hijos,” le decía a Ana. Las palabras de Penina herían profundamente a Ana. Ella lloraba y rehusaba comer. Elcana trataba de consolarla, y le decía, “Ana, ¿por qué lloras? ¿Por qué no comes? ¿Por qué estás tan triste? ¿Acaso no soy mejor para ti que diez hijos?”

Después de varios años de esto, Ana no pudo soportarlo más. Una vez más, tuvieron que viajar a Silo para la fiesta. Los oídos de Ana estaban cansados de las palabras burlonas de Penina, y su corazón se sentía herido y triste. Fue sola al tabernáculo y decidió

contarle a Dios cómo se sentía. “Si me das un hijo, te lo dedicaré a ti,” le prometió a Dios. Mientras oraba, sus labios se movían, pero ella no hablaba en voz alta.

El sumo sacerdote, Elí, vio a Ana. Vio que sus labios se movían, pero que no salía ningún sonido de su boca. Su cara lucía triste y angustiada. Lo primero que él pensó fue, “¡Esta mujer está ebria! ¿Por qué está en el tabernáculo?” Enseguida fue a donde estaba Ana y la regañó duramente, “¿Por cuánto tiempo estarás ebria? ¡Deja de beber vino!”

¡Pobre Ana! Ya se estaba sintiendo mal, y ¡ahora el sumo sacerdote mismo la estaba acusando de estar ebria! Pero Ana era cortés, y le contestó a Elí respetuosamente, “No, mi señor, estaba orando porque estoy triste. No estoy borracha; le estaba contando a Dios acerca de mi dolor.”

El corazón de Elí se conmovió. Se sintió mal por haber tratado con dureza a esta mujer. Le agradó la paciencia y cortesía con la que ella le contestó cuando él no lo merecía, y quiso bendecirla. “Ve en paz,” le dijo a Ana con bondad, “Que Dios te dé lo que le has pedido.”

Ana se fue, consolada por las bondadosas palabras del sumo sacerdote. Unos meses después, Dios le dio lo que ella había pedido: un hermoso niño llamado Samuel. Ana lo crio con esmero, pero solo lo tuvo con ella unos pocos añitos. Mientras Samuel era todavía pequeño, ella no iba a Silo para las fiestas; se quedaba para cuidar de su bebé. Pero Ana siempre recordó la promesa que le había hecho a Dios. Entonces, en cuanto Samuel fue destetado, cumplió su promesa y llevó a Samuel al tabernáculo en Silo.

Trajo ofrendas de tres becerros, harina y vino, y fue a Elí. “Señor, soy la mujer que estaba aquí, orándole a Dios,” le dijo, “Le pedí a

Dios este niño, y él me lo dio. Ahora lo he traído al Señor. Mientras él viva, será entregado al Señor." Elí recordó a Ana, y se conmovió por la historia de ella. ¡Qué fe que tenía Ana! Él adoró a Dios en agradecimiento, y Ana también alabó a Dios.

Debe haber sido muy difícil para Ana el dejar a su niñito en el tabernáculo, lejos de su hogar, y ella lo habrá extrañado mucho. Pero estaba convencida que eso era lo que tenía que hacer, aunque Dios nunca le había pedido que lo hiciera. Sabía que había tenido este niño precioso solamente porque Dios lo había hecho posible, así que ella confió que Dios cuidaría de él una vez que lo dejara al cuidado de Elí.

Ana siempre oró por Samuel. Le pidió a Dios que le ayude a recordar que él pertenecía a Dios, y que nunca se olvidara las verdades que ella le había enseñado. Deseaba, más que nada, que su hijo honrara a Dios y fuese una bendición para otros. Cada año ella viajaba a Silo para visitar al pequeño Samuel y le traía una túnica nueva, que ella misma cosía, para que él utilizara ese año.

Dios bendijo a Ana por su fe. Ella había deseado devolverle lo que era más precioso para ella: su hijito, el niño que pensó que nunca tendría. Ella siempre recordó que tuvo a Samuel porque *Dios* lo había hecho posible. Después que Ana dejó a Samuel en Silo, Dios la bendijo aun más, y ella tuvo tres hijos y dos hijas más.

La fe que Ana tuvo en Dios le trajo bendiciones a ella, a sus hijos, al sacerdote Elí, a todo Israel, e incluso a nosotros mientras aprendemos de su historia y la de Samuel. ¿Tienes esta clase de fe? Jesús quiere dártela. Anhela que tengas tal fe que puedas confiar en Dios con lo que suceda en tu vida. ¿Se la pedirás?

28. El servicio de Samuel

El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto. Lucas 16:10 (RVR60)

 *1 Samuel 2:12 – 3:21 | Patriarcas y Profetas, capítulo 56-57*

Elí amaba a Samuel tiernamente, como a un hijo. Samuel era diferente a los hijos de Elí; éstos eran maleducados, irreverentes y malcriados. Pero Samuel era dulce y obediente. Con la ayuda de Dios, Samuel no terminó siguiendo el mal ejemplo de los hijos de Elí. En cambio, Samuel se convirtió en el ayudante especial de Elí. Era tan responsable que se le permitió usar un efod. Un efod era una ropa especial que los levitas se ponían recién cuando cumplían veinticinco años. Samuel solo era un niño, pero trabajaba voluntariosamente, incluso cuando no tenía ganas de hacerlo. Entendía que, si era fiel en tareas pequeñas, Dios un día podría confiarle tareas más grandes e importantes.

Samuel era un niño precioso, un chico que nació porque su madre tuvo fe en Dios. Con la ayuda de Dios, la madre le enseñó a ser cortés, ayudador y obediente, y esto le ayudó a desarrollar un carácter bello que lo preparó para después llegar a ser un gran líder espiritual en Israel.

Los israelitas se dieron cuenta que los hijos de Elí, Ofni y Finees, eran maleducados, irreverentes, egoístas y violentos. Esto era especialmente terrible porque eran sacerdotes, y se suponía que tenían que ayudar a la gente a acercarse a Dios. Lamentablemente, Elí nunca los había corregido cuando eran más jóvenes, y ahora que

eran hombres grandes, no querían escuchar a su padre cuando él les pedía que cambiaran. Con sacerdotes como Ofni y Finees, ¿cómo podía Israel acercarse a Dios? ¿Y cómo podían los israelitas aprender a criar sus propios hijos, cuando el sumo sacerdote nunca les había enseñado a sus hijos como corresponde? Un día, un profeta vino a Elí con un mensaje. Le dijo, "¿Por qué honras a tus hijos más que a Dios? Él quería que tu familia ministrara, pero ahora tendrá que levantar un sacerdote que es fiel a Dios."

Elí y sus hijos no hicieron caso a lo que dijo el profeta, así que Dios tuvo que encontrar otra forma de hablarle a Elí: eligió al pequeño Samuel. ¿Por qué Dios eligió a un niño para que le hablara a su pueblo? ¡Porque los líderes, que eran adultos, no estaban escuchando! Así de mal estaba Israel; los líderes no estaban recibiendo visiones de Dios, porque no estaban abiertos a sus palabras.

Una noche, después que todos se habían ido a dormir, el pequeño Samuel escuchó una voz llamándolo, "¡Samuel!" Enseguida se levantó de su cama y corrió adonde estaba el sacerdote Elí. "¡Aquí estoy, sacerdote Elí! Me llamaste," dijo Samuel. Elí contestó, "No, Samuel, no te llamé. Puedes volver a tu cama."

Samuel regresó a su cama y se acostó, pero pronto escuchó esa misma voz otra vez: "¡Samuel!" Una vez más el pequeño Samuel corrió a donde Elí estaba durmiendo. "¡Aquí estoy! Me llamaste," dijo. Elí respondió, "No te llamé. Vuelve a acostarte." Y Samuel lo hizo. Pero entonces, por tercera vez, Samuel escuchó una voz llamándolo. Otra vez corrió hasta Elí. "¡Aquí estoy, sacerdote Elí! Me llamaste," le dijo. Ahora Elí comprendió lo que estaba sucediendo: ¡Dios mismo estaba llamando a Samuel! Elí le indicó a Samuel, "Ve,

acuéstate, y si te vuelve a llamar, contesta: Habla, Señor, porque tu siervo oye."

Samuel se acostó y esperó. Al ratito, el Señor vino y se paró a su lado y llamó, "¡Samuel, Samuel!" Y Samuel respondió, "Habla, porque tu siervo oye." Samuel estaba maravillado. ¡El Señor le estaba hablando! En ese momento, el Señor le dio un mensaje para Elí. Era un mensaje terrible, y Samuel temía tener que darle a Elí esas noticias.

Elí comprendió que Dios había elegido hablar con Samuel en lugar de él, porque él, el sumo sacerdote, no había sido fiel a Dios en lo que se refería a la enseñanza a sus hijos. A la mañana siguiente, vio que a Samuel le costaba hablarle. Elí lo animó y dijo, "Samuel, dime exactamente lo que el Señor te dijo." Con tristeza, Samuel le dijo que estaban por sucederles cosas malas a Elí y sus hijos. Incluso ahora, Elí podría haberse arrepentido y pedido que Dios le ayude, pero en cambio, solamente se inclinó y aceptó su culpa, sin tratar de corregir sus errores.

Ahora Elí le contó a toda la nación lo que Dios le había dicho a Samuel, y el pueblo aceptó que Samuel era un profeta. Elí esperaba que por lo menos algo de su mala influencia sobre Israel podría evitarse, pero el daño ya estaba hecho, y los israelitas estaban viviendo vidas que no honraban a Dios.

Samuel fue fiel a Dios en lo pequeño, y cuando todavía era un niño, Dios pudo darle tareas más grandes e importantes que hacer. Cuando ninguno de los líderes en Israel era digno de recibir los mensajes de Dios, él pudo utilizar al niño Samuel para esta tarea tan especial. Elí, en cambio, ya tenía una de las tareas más importantes en Israel: el trabajo de ser el sumo sacerdote. Sin embargo, no fue cuidadoso en sus tareas, especialmente en la crianza de sus hijos. En

lugar de pedirle a Dios que le ayude, ignoró todo consejo que Dios trató de darle. Y debido a eso, Dios no podría usarlo mucho tiempo más como sumo sacerdote.

¿Estás abierto a las tareas especiales que Dios te da para hacer cada día? Incluso las tareas pequeñas y repetitivas son importantes, y nos preparan para cosas más grandes. ¿Le pedirás a Dios que abra tu corazón para que valores cada tarea que tiene para ti hoy? Pídele que te ayude a entender y valorar lo que tiene para ti hoy, y a prepararte para cosas más grandes en el futuro.

29. Los filisteos toman el arca

Está mi alma apegada a ti;
Tu diestra me ha sostenido.
Salmo 63:8 (RVR60)

 *1 Samuel 4-5 | Patriarcas y Profetas, capítulo 57*

El sumo sacerdote Elí no había hecho caso a las advertencias que Dios le dio de enseñarles bien a sus hijos. Y ahora, sus hijos Ofni y Finees se habían convertido en hombres malvados. Es muy triste que eran sacerdotes, porque les enseñaban a los israelitas a ser malvados igual que ellos. Esto hizo que los israelitas abandonaran a Dios y adoraran ídolos. Su idolatría alejó a Dios, e Israel se debilitó más y más.

Los israelitas no se dieron cuenta cuán desprotegidos estaban ahora que habían abandonado a Dios. "¡Luchemos contra los filisteos!" decidieron. No consultaron con Dios respecto a lo que hacer, ni le preguntaron al sacerdote Elí o a un profeta si esto era buena idea. ¿Podía Dios protegerlos de esta forma? ¡Por supuesto que no! Los israelitas fueron a luchar y perdieron; los filisteos mataron a cuatro mil hombres israelitas.

"¿Por qué el Señor nos hizo esto?" se preguntaron. "Busquemos el arca y traigámosla al campamento de nuestro ejército. ¡Nos salvará de nuestros enemigos!" decidieron. ¿Podía el arca, por sí misma, protegerlos de alguna forma? No – ¡solo Dios lo podía hacer! Estaban

tratando al arca como un ídolo, e ignoraban a Dios. Los hijos de Elí, los sacerdotes malvados, tendrían que haber impedido que los israelitas hicieran esto, pero en cambio, fueron los que llevaron el arca al campamento.

Cuando el arca llegó al campamento, los soldados israelitas gritaron de gozo. No se daban cuenta que el arca no los podía proteger para nada; solo la presencia de Dios lo podía hacer. El ejército filisteo escuchó los gritos de los israelitas, y escucharon que el arca estaba en el campamento israelita. Los filisteos sintieron miedo. "¡Trajeron a su Dios al campamento!" dijeron, "¡Necesitamos pelear con todas nuestras fuerzas!" Cuando la batalla comenzó, los filisteos lucharon con tanta fuerza que terminaron matando treinta mil israelitas. Los dos hijos de Elí también murieron en esta batalla. Los filisteos ganaron, y terminaron robándose el arca y llevándola con ellos.

Durante toda la batalla, el sacerdote Elí se sentó en una silla al costado del camino, esperando noticias. Estaba ansioso, porque estaba seguro que la noticia sería mala. Cuando terminó la batalla, vino un mensajero al sacerdote Elí. "Israel perdió, y ¡tus dos hijos están muertos!" le dijo con tristeza. Esta era una noticia muy triste para Elí, pero no le sorprendió escucharla. Luego escuchó la peor noticia: "¡Los filisteos se llevaron el arca del Señor!" Esto fue más de lo que Elí pudo soportar. Quedó tan conmocionado y triste que cayó hacia atrás de la silla, se quebró el cuello y murió.

Ahora el resto de la familia de Elí oyó la terrible noticia. La esposa de Finees (uno de los hijos malvados de Elí) estaba embarazada. Escuchó la noticia: "Tu esposo está muerto. El sacerdote Elí está muerto. ¡Y se han llevado el arca!" Quedó tan abrumada de

tristeza que comenzó a dar a luz, y justo después que nació el bebé, ella murió. ¡Qué día tan triste fue este para Israel!

Los filisteos estaban felices. Ahora tenían un ídolo – ¡el arca! La colocaron en el templo de su dios Dagón. Pero al poco tiempo notaron que el arca solo les traía problemas. Dos noches seguidas, su ídolo Dagón se rompió. Dagón era mitad pez, mitad humano. La parte humana del ídolo era la que constantemente se salía y caía al piso.

"Movamos el arca a otro lugar," decidieron los filisteos. La movieron a tres ciudades diferentes, pero vinieron plagas a todas estas ciudades. Luego la mudaron a un campo, y pronto ese campo se llenó de ratones. Los ratones comieron y destruyeron todas las cosechas de ese campo.

Los filisteos tuvieron el arca durante siete meses, y todo ese tiempo, los israelitas no intentaron recuperarla. Pero ahora los filisteos estaban cansados de todos los problemas que venían teniendo desde que se la habían robado. Podían ver que había un poder especial que venía con el arca. No entendían que todos los problemas les habían venido porque Dios no podía protegerlos mientras ellos se hubieran robado el arca. Todos estos problemas les daban a los filisteos la oportunidad de venir a Dios para pedirle perdón y ayuda. Pero ellos no querían venir a Dios; solo quisieron deshacerse del arca. "Devolvamos el arca a los israelitas," decidieron.

El arca siempre había recordado a los israelitas del trono y de la presencia de Dios. Si ellos se hubieran mantenido cerca de Dios y hubieran permitido que él fuese parte de sus vidas, ninguno de los israelitas hubiera muerto en batalla, y nunca hubieran perdido el arca. En cuanto a los filisteos, ellos pensaban que, si ellos tenían el arca, eso significaba que su propio ídolo, Dagón, era poderoso. Pronto aprendieron que Dagón no podía hacer nada por ellos. ¡Si tan solo

ambas naciones hubieran venido a Dios! Él ansiaba bendecirlos y ayudarles, pero no podía hacerlo, porque ellos no lo querían en sus vidas.

Dios quiere estar en tu vida y llenarte de paz y bendiciones. ¿Le dejarás entrar en tu vida? ¿Le pedirás que te ayude a mantenerte cerca de él?

30. Los filisteos devuelven el arca

Oh Israel, confía en Jehová;
Él es tu ayuda y tu escudo.
Casa de Aarón, confiad en Jehová;
Él es vuestra ayuda y vuestro escudo.
Los que teméis a Jehová, confiad en Jehová;
Él es vuestra ayuda y vuestro escudo.
Salmo 115:9-11 (RVR60)

 *1 Samuel 6-7 | Patriarcas y Profetas, capítulo 57*

Los filisteos se habían robado el arca de los israelitas. La tuvieron durante siete meses, y todo ese tiempo tuvieron muchos problemas. Dios no podía protegerlos si habían robado el arca, así que les vinieron plagas, y su ídolo Dagón se rompió. Era claro que Dagón no tenía poder para nada; ¡ni siquiera se podía ayudar a sí mismo! Los filisteos podrían haber venido a Dios cuando vieron que su ídolo no podía ayudarles, pero no quisieron. En cambio, decidieron devolver el arca a Israel. "Devolvamos el arca; nos trae demasiados problemas," dijeron.

Colocaron el arca sobre un carro de madera. "Tenemos que enviar una ofrenda junto con el arca, para pedir perdón por haberla robado," decidieron los filisteos. Agregaron unas ofrendas de oro dentro del carro: cinco tumores de oro y cinco ratones de oro. Luego hicieron que dos vacas jóvenes llevaran el carro.

“Dejaremos que las vacas vayan a donde quieran,” decidieron los filisteos, “Si las vacas van al pueblo de Bet-semes en Israel, sabremos que todo esto sucedió por causa de Jehová, el Dios de los israelitas. Si no, entonces sabremos que todos estos problemas nos sucedieron de casualidad.” Los líderes filisteos siguieron el carro y observaron. Las vacas caminaron y caminaron hasta llegar a un campo en Bet-semes, luego se detuvieron. Los israelitas que trabajaban en el campo vieron el arca y se regocijaron. Pronto llamaron a unos levitas, y éstos encontraron una gran roca plana y colocaron el arca y las ofrendas de oro allí. Luego cortaron el carro y prendieron un fuego, y ofrecieron a las dos vacas a Dios. Los líderes filisteos se dijeron, “Regresemos a casa ahora. Los israelitas han recibido su arca.”

¿Qué harían los israelitas ahora que habían recuperado su preciosa arca? ¿La trataron con reverencia? No. La dejaron sobre esa roca plana, sin cubrirla. Cualquiera podía venir a mirarla. Algunos hasta vinieron, la tocaron y la abrieron. Por su comportamiento estaban diciendo, “No nos importa lo que Dios dijo que debíamos hacer con el arca. Las palabras de Dios no son importantes.” Al hacer esto, alejaron a Dios y su protección, y varias personas murieron cuando tocaron y abrieron en arca.

El pueblo de Bet-semes tuvo miedo. “Deberíamos llevar el arca a otro lugar,” dijeron. Había un pueblo cercano llamado Quiriat-jearim. La gente de este pueblo quiso tratar bien al arca, y la llevaron reverentemente al hogar de un levita llamado Abinadab. El hijo de Abinadab, Eleazar, cuidó del arca reverentemente durante veinte años. Su hogar estuvo en paz todo ese tiempo.

Ahora el pueblo comenzó a pensar en todo lo que había sucedido: los filisteos gobernaban sobre ellos, sus sacerdotes (Elí y sus hijos) habían muerto, y podrían haber perdido el arca para siempre.

Comenzaron a hacerle caso a Samuel cuando les dijo, "¡Abandonen sus ídolos! ¡Vuelvan a Dios!" Samuel viajaba de pueblo en pueblo para enseñarle a la gente e invitarla a regresar a Dios.

"Samuel es el profeta de Dios," decidió la gente, "Y queremos regresar a Dios." Todos los líderes israelitas se reunieron. Ayunaron y oraron, y le pidieron a Samuel que fuese su juez, su líder. Luego los israelitas escucharon que el ejército filisteo venía en camino para atacarlos. "Los filisteos piensan que nos hemos reunido para prepararnos para una batalla!" dijeron. "Solamente nos reunimos para poder adorar a Dios. Samuel, por favor, ¡ora a Dios por nosotros, para que nos proteja!" rogaron. Y Samuel lo hizo.

El ejército filisteo llegó. Pero antes que los filisteos pudieran hacer algo, vino una tormenta terrible. Mató a muchos filisteos, porque la protección de Dios no estaba con ellos. El resto de los filisteos huyeron. ¡Los israelitas estaban agradecidos y más que felices! ¡Dios los había perdonado! ¡Dios estaba ayudándolos y protegiéndolos! Podrían haberse quedado allí y adorado a Dios, pero primero hicieron lo que pensaban que tenían que hacer: corrieron detrás de los soldados filisteos y los mataron, aunque Dios nunca les había pedido que hicieran esto. Fue fácil para ellos agarrar a los soldados filisteos, simplemente porque el ejército filisteo había perdido completamente la protección de Dios.

Aunque hubo matanza innecesaria, ¡qué día maravilloso fue ese para Israel! "Dios nos ha perdonado y ayudado!" dijeron los israelitas con gozo. Samuel levantó una gran piedra ese día para recordar ese evento. Se la llamó "Eben-ezer", o piedra de ayuda. Cada vez que los israelitas verían esta piedra, recordarían el día en que volvieron a Dios, y con cuánto amor los perdonó y ayudó. Dios quería ser su

ayudador y protector, pero solo lo podía ser si se mantenían cerca de él.

¿Quieres que Dios sea tu ayudador y protector, también? ¿Le pedirás que haga esto por ti? ¿Te mantendrás cera de él?

31. Israel pide un rey

Y dijo Jehová a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos. 1 Samuel 8:7

1 Samuel 8 | Patriarcas y Profetas, capítulo 59

Samuel trabajó toda su vida por el bien de los israelitas. Fue su juez, y los gobernó de acuerdo con las instrucciones de Dios. También fue su sacerdote y maestro. La gente sabía que podía confiar en él; siempre era justo, fiel y verdadero. Pero a medida que Samuel envejecía, se dio cuenta que necesitaría ayuda para hacer su trabajo, así que colocó a sus dos hijos como jueces junto con él. Lamentablemente, sus hijos no eran como él en absoluto; eran corruptos y malvados. Los israelitas se dieron cuenta de esto y pronto se cansaron de ellos. Decidieron que las cosas tenían que cambiar.

Sin embargo, en el fondo no eran solo los hijos de Samuel lo que hizo que ellos quisieran algo diferente, sino que la gente sentía que Samuel lucía demasiado simple y humilde al lado de los reyes de las naciones vecinas. “Queremos un rey apuesto y poderoso – ¡alguien que las demás naciones podrán ver y admirar! ¡Pidámosle a Samuel que nos dé un rey para que reine sobre nosotros!” decidieron.

Los israelitas no se pusieron a pensar que ellos ya tenían un rey – el más poderoso, glorioso y maravilloso rey que alguna nación pudiera pedir. ¡Su rey era Jehová, Dios mismo! Samuel era simplemente el mensajero de Dios, pero todas las decisiones las

tomaba Dios. Con Dios como su rey, los israelitas tenían el mejor gobierno de todos, y más libertad que cualquier nación vecina. Cuando se obedecen las leyes de Dios, éstas ayudan a mantener a todos seguros, saludables y felices. Su país hubiera sido el más rico y el más abundante de todos si tan solo hubieran seguido las instrucciones de Dios de todo corazón.

Lamentablemente, los israelitas no podían ver esto. Solo veían que las naciones vecinas tenían reyes de aspecto llamativo, mientras solo la nación de Israel tenía un juez de aspecto humilde. Los ancianos de Israel vinieron a Samuel y le dijeron, "Tú ya estás viejo, y tus hijos no son como tú. Ahora, danos un rey, como tienen todas las naciones."

Samuel se sintió triste cuando escuchó esto. Hubiera estado dispuesto a sacar a sus hijos de sus puestos, pero ya era tarde para eso: el pueblo estaba pidiendo un cambio aun más grande. Sintió que el pueblo lo estaba rechazando, pero no se los dijo. En cambio, fue a Dios y preguntó, "¿Qué debo hacer?"

Dios respondió bondadosamente, "Haz lo que te están pidiendo. No te están rechazando a ti; me están rechazando a mí. Así que dales lo que te están pidiendo, pero hazles saber cómo será para ellos si llegan a tener un rey. Hazles saber que tener un rey no será bueno para ellos."

Samuel le dijo al pueblo lo que Dios había dicho. Les explicó cómo serían sus vidas con un rey. "Si el rey quiere adorar ídolos, la nación entera abandonará a Dios. Además, el rey querrá sirvientes. Tomará sus sirvientes, e incluso sus hijos e hijas, para que trabajen para él. Necesitará soldados y capitanes para estos soldados. Y tendrá que pagarle a toda esa gente, así que tomará las mejores tierras y cobrará impuestos elevados. Tomará los mejores animales y las

mejores posesiones. Luego, ustedes desearán deshacerse de él, pero no podrán hacerlo."

El pueblo escuchó a Samuel, pero no cambió de pensar. "Queremos un rey. Queremos ser como todas las demás naciones," insistieron. Samuel le dijo esto a Dios, y Dios contestó, "Haz lo que piden, y dales un rey." Este no era para nada el plan de Dios para ellos, pero les permitió tener un rey porque eso era lo que ellos querían. Dios da libertad a sus hijos, y permanece con ellos todo lo que le permitan. Intentaría obrar por medio de este nuevo rey, aunque no era el mejor camino para Israel.

Dios siempre sabe lo que es mejor, y nos hace conocer sus caminos. Sin embargo, nos da la libertad de decidir en contra de su consejo. La elección de Israel de tener un rey les traería problemas más adelante. Es lo mismo con nosotros: si elegimos hacer las cosas en forma diferente a lo que Dios nos aconseja, también terminaremos con problemas innecesarios. Dios quiere salvarnos de tomar malas decisiones. ¿Permitirás que Dios sea tu rey, tu guía, hoy, para que él pueda ayudarte a seguir sus caminos?

32. El rey escogido

Bienaventurado el que tú escogieres y atrajeres a ti, para que habite en tus atrios; seremos saciados del bien de tu casa, de tu santo templo.
Salmo 65:4 (RVR60)

 *1 Samuel 9:1 – 10:16 | Patriarcas y Profetas, capítulo 59*

Ahora que el pueblo había decidido que quería un rey, lo mejor que podía hacer era permitir que Dios lo escogiera. Dios sabía que un rey no sería lo mejor para Israel, pero si este rey siempre lo seguía, entonces la situación no sería tan mala. Pero si su rey decidía abandonar a Dios, la situación sería un desastre para toda la nación. Samuel esperó pacientemente para que Dios le mostrara quién sería el nuevo rey. Dios le prometió a Samuel, "Te enviaré un hombre de la tribu de Benjamín, y lo ungirás como rey. Él salvará a mi pueblo de los filisteos."

El rey escogido fue un joven llamado Saúl. Era alto y apuesto, así como el pueblo había deseado que fuese. Como ves, aunque Dios escogió a Saúl para que fuese rey, estaba eligiendo un rey con las características que el pueblo deseaba. Por medio del profeta Samuel, Dios les había advertido lo que sucedería si decidían tener un rey, pero lamentablemente rechazaron la advertencia. Dios, sin embargo, obraría por medio de Saúl tanto como Saúl se lo permitiese.

Antes de ser rey, Saúl tenía buenas cualidades de carácter: era humilde y trabajador. Trabajaba en el hogar de su padre, cuidando de los animales. El día que conoció a Samuel él había salido con su siervo en busca de unos burros de su padre que se habían perdido.

Durante tres días, Saúl y su siervo buscaron los burros, pero no los pudieron encontrar. Saúl le dijo a su siervo, “Creo que deberíamos regresar a casa nomás; no creo que los encontremos.” Pero el siervo dijo, “Estamos cerca de la ciudad de Ramá, donde vive el profeta Samuel. ¿Por qué no vamos a él y le preguntamos por los burros perdidos?” Saúl estuvo de acuerdo. “Es una buena idea. Y mira, tenemos algo de plata con nosotros; se la podemos entregar como agradecimiento.”

En cuanto Saúl y su siervo llegaron a Ramá, encontraron el pozo de la ciudad. Vieron unas jóvenes que habían venido a buscar agua allí, y Saúl les preguntó, “¿Dónde está el profeta?” Las jóvenes le contestaron, “Está aquí. Están por hacer un culto y ofrecer sacrificios.”

Mientras tanto, Samuel estaba esperando. Él sabía que Saúl llegaría. Dios le había dicho al oído, “Un joven de la tribu de Benjamín vendrá mañana. Úngelo como rey.” Cuando Saúl entró por la puerta de la ciudad, Samuel lo vio, y Dios le dijo a Samuel, “¡Este es el hombre!”

Desde ese momento, Samuel trató a Saúl con bondad. Primero, le dijo, “No te preocupes por los burros de tu padre; los han encontrado. Por favor, quédate con nosotros para la fiesta.” Luego Samuel dijo algo que sorprendió a Saúl: “Las esperanzas de toda Israel están sobre ti y la casa de tu padre.” Saúl se sintió abrumado. ¿Cómo podía recibir tanto honor? Cortésmente contestó, “¿Por qué me dices esto? ¡Vengo de la tribu más pequeña de Israel, y la más insignificante de las familias de Benjamín!”

Saúl entonces se quedó para el servicio religioso y la fiesta. Cuando llegó la hora de comer, Samuel se aseguró que Saúl recibiera la mejor comida. Esa noche Saúl durmió en la casa misma de Samuel,

y hablaron acerca del gobierno de Israel. Saúl estaba abrumado con lo que estaba sucediendo. ¿Por qué Dios lo había elegido a *él* para que fuese rey?

Cuando llegó la hora para que Saúl regresara a su casa, Samuel lo acompañó parte del camino. Luego Samuel le dijo al siervo de Saúl, "Sigue caminando; quiero estar a solas con Saúl." Cuando estuvieron solos, sin nadie alrededor, Samuel ungió la cabeza de Saúl con aceite. Le aseguró, "El Espíritu de Dios estará sobre ti." ¿Cómo podía Saúl estar seguro de esto? Samuel le explicó lo que le sucedería durante el viaje a su hogar. Cuando Saúl viera el cumplimiento de lo que decía Samuel, podría estar seguro que Dios realmente lo había llamado a ser rey, y que Dios estaba con él.

Mientras Saúl regresaba a su casa, todo lo que Samuel le dijo se hizo realidad. Primero, se encontró con alguien que le dijo, "¡Los burros de tu padre fueron hallados!" Luego se encontró con unos hombres que iban en camino para a adorar a Dios. Cargaban tres cabras, vino y tres tortas de pan. Cuando vieron a Saúl, le dieron dos de las tortas. Luego Saúl llegó a su ciudad y se encontró con un grupo de profetas que cantaba alabanzas a Dios. Se unió a ellos y comenzó a cantar y profetizar con ellos. La gente conocía bien a Saúl, y se maravilló al ver los cambios en él. "¿Es Saúl un profeta ahora?" se preguntaron, asombrados.

Ahora Saúl estaba seguro que Dios lo había escogido para ser rey, y que estaba enviando su Espíritu para guiarlo en esta tarea. Decidió esperar pacientemente para que Dios le dijera cuándo sería el momento de comenzar su tarea como rey de Israel. Nosotros no somos reyes, pero Dios nos ha elegido a cada uno para una tarea. Quiere bendecir a otros a través nuestro, así como él esperaba que

podría bendecir a Israel por medio de este rey que ellos habían pedido. ¿Permitirás que Dios te use hoy? ¿Permitirás que te muestro cómo ayudar y bendecir a otros hoy?

33. Los israelitas aceptan a Saúl

Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios. Isaías 44:6 (RVR60)

 *1 Samuel 10:17- 12:25 | Patriarcas y Profetas, capítulo 59*

Saúl había sido escogido y ungido como rey de Israel, pero solo lo sabían Saúl y Samuel. Nadie más lo sabía. ¿Cómo se enteraría el pueblo? Samuel invitó a todo el pueblo a reunirse. Cuando todos estuvieron reunidos, Samuel dijo, "El Señor Dios de Israel los liberó de Egipto, y de todos los demás reinos que los gobernaban. A pesar de esto, hoy han rechazado al Dios que los salvó, y pidieron un rey a cambio."

Nadie le contestó a Samuel; realmente deseaban tener un rey, y estaban ansiosos de ver quién había sido elegido. Ahora todos observaron mientras se echaban suertes para ver quién había sido escogido como rey. Fue tomada primero la tribu de Benjamín, y luego la familia de Saúl, y finalmente, Saúl mismo. Ahora todos sabían que Saúl era el escogido – ¡pero Saúl no estaba allí! ¿Dónde estaba Saúl? El pueblo le preguntó a Dios, "¿Ha llegado Saúl todavía?"

El Señor contestó, "Está escondido detrás del bagaje." Y así fue: ¡Saúl estaba escondido allí, entre las provisiones que la gente había traído para la reunión! Se sentía tímido y abrumado por recibir tanto

honor. Corrieron a buscarlo, y él dejó de esconderse y se paró frente al pueblo.

Cuando todos vieron a su nuevo rey, se entusiasmaron. Saúl era muchísimo más alto que cualquier otra persona allí, y además era muy apuesto. Un rey alto y apuesto los haría lucir bien frente a las demás naciones, ¿no es así? Pero Samuel les recordó, "¡El rey debe someterse a Dios!" Si el rey dejaba de seguir a Dios, el pueblo la pasaría mal. Samuel quería que ellos entendiesen esto.

Mientras que la mayoría del pueblo estaba feliz que se había escogido a Saúl, hubo hombres de las tribus de Efraín y Judá que no estaban conformes. Se quejaron, "¿Por qué se eligió un hombre de Benjamín? ¿Por qué no podemos tener un rey de una de las tribus más grandes, como Efraín y Judá?" Estos hombres eran orgullosos, y se olvidaron que Dios mismo, no Samuel, había elegido a Saúl.

Cuando Saúl se enteró que había quejas en contra de él, decidió regresar a su hogar. No intentaría ser rey hasta que se resolviera este problema. Dejó que Samuel estuviese a cargo, y humildemente regresó a su tarea de cuidar de los animales de su padre.

Al poco tiempo, los amonitas rodearon la ciudad de Jabes-galaad. Esta ciudad estaba en graves problemas, así que enviaron mensajeros a Saúl. "¡Ayúdanos! ¡Nos sacarán nuestro ojo derecho y nos harán siervos al menos que nos ayudes!" le rogaron. Saúl enseguida envió un mensaje pidiendo a todos los israelitas que se unieran a su ejército para ayudar a la gente de Jabes-galaad. 330.000 hombres se unieron a Saúl, y con valentía él los guio en la lucha contra los amonitas. Dios estuvo con ellos y los protegió, y ganaron la batalla.

Ahora todos pudieron ver que Saúl era valiente, y estaban felices que él había sido escogido como rey. Alguien sugirió, "Saúl, ¿por qué no matas a los hombres que no querían que fueses rey?" Saúl

respondió con bondad y humildad, “No. Nadie morirá, porque hoy Dios ha traído salvación a Israel.”

Luego Samuel invitó al pueblo, “Vengan, reunámonos para coronar a Saúl otra vez.” El pueblo estuvo feliz de reunirse, y adoraron a Dios y coronaron a Saúl como rey. Durante esta reunión, Samuel les habló. Se despidió de ellos como su gobernante. “¿Alguna vez he tomado algo que era de ustedes? ¿He sido injusto?” Samuel les preguntó. El pueblo le aseguró que no – él les había sido fiel a ellos y a Dios toda su vida.

Mientras Samuel hablaba, les recordó de todo lo que Dios había hecho por ellos desde que se habían ido de Egipto. También quiso que entendiesen que pedir por un rey había sido un pecado. Dijo, “Hoy es la cosecha del trigo, la época del año en la cual nunca llueve. Le pediré a Dios truenos y lluvia, para que puedan ver que fueron malvados al pedir un rey.”

Samuel oró, y Dios contestó su oración al enviar truenos y lluvia. El pueblo tuvo miedo; se dieron cuenta que había estado mal pedir un rey, cuando Dios mismo podía ser su rey. “Ora por nosotros, porque ¡hemos pecado!” le dijeron a Samuel. Ahora no podían deshacerse del rey que habían elegido, pero todavía podían venir a Dios y estar cerca de él.

Samuel consoló al pueblo, y dijo, “No teman. Lo hecho, hecho está; ya tienen un rey. Ahora sigan a Dios, y sírvanlo con todo su corazón. Él no los abandonará.” Luego Samuel aseguró al pueblo, “Seguiré orando por ustedes y enseñándoles.” Samuel ya no sería su gobernante, pero seguiría siendo su sacerdote y maestro.

El pueblo estaba feliz de tener un nuevo rey, pero Dios estaba triste. Él sabía los problemas que vendrían por el hecho de tener un rey. Sin embargo, todavía amaba a su pueblo, y obraría por medio del

rey que había elegido para ellos. Él deseaba que los Israelitas entendiesen que su verdadero rey no era Saúl, sino Dios mismo, el único que podía mantenerlos seguros y protegidos. El rey Saúl tendría que tener al Señor como su rey y gobernante para poder liderar bien en Israel. ¿Haría esto Saúl? Cada uno de nosotros también necesita a Jesús como nuestro rey, el rey de nuestros corazones y vidas. ¿Permitirás que sea tu rey? Invítalo a tu vida hoy.

34. Saúl elige su propio camino

Esté tu mano pronta para socorrerme, porque tus mandamientos he escogido. Salmo 119:173 (RVR60)

 *1 Samuel 13 | Patriarcas y Profetas, capítulo 60*

Dios había dicho, "Saúl salvará a mi pueblo de los filisteos." Durante muchos años, los filisteos habían estado molestando a los israelitas. Después que el ejército de Saúl venció en Jabes-galaad, Saúl hubiera podido seguir venciendo al resto de los enemigos de Israel; el pueblo con gusto le hubiera ayudado. Pero no lo hizo. En cambio, todos regresaron a sus casas. Solo 3.000 soldados permanecieron con Saúl y Jonatán.

Dos años más tarde, Jonatán decidió que había llegado el momento de luchar contra los filisteos. Lideró el ejército y ganaron. Pero los filisteos no quisieron aceptar la derrota; reunieron un gran ejército, el más grande que podían reunir, y se prepararon para luchar nuevamente.

El rey Saúl invitó a los israelitas para que se unieran a su ejército. Pero pronto los israelitas se dieron cuenta que su ejército era mucho más pequeño que el de los filisteos. "Jamás ganaremos," dijeron, temerosos y desanimados. Los soldados israelitas comenzaron a huir y esconderse, y el ejército de Saúl fue haciéndose cada vez más pequeño.

Los soldados israelitas necesitaban recordar todas las veces que Dios les había ayudado. Necesitaban recordar que Dios era más poderoso, y que él podía usar incluso un ejército pequeño. Pero Saúl no les recordó estas cosas. Los ojos del pueblo no estaban puestos en Dios, sino que se fijaban en su rey – y su rey era tan débil como ellos. Todos estaban desanimados.

Saúl estaba esperando que llegara Samuel. ¡Seguramente las cosas mejorarían con la presencia de Samuel! Recibió un mensaje de parte de Samuel que decía, "Espera siete días, y llegaré. Ofreceremos sacrificios, y oraremos pidiendo la guía y protección de Dios."

Saúl esperó. El séptimo día, el día en que Samuel debía llegar, Saúl ya no pudo esperar más. Ni siquiera había terminado el día, pero Saúl dijo, "¡Samuel no ha venido! ¡Tengo que hacer algo!" ¿Por qué Saúl no pudo esperar un ratito más? ¡Samuel estaba por llegar! Además, ¿por qué no podía orar mientras esperaba?

Luego Saúl cometió un grave error: ofreció sacrificios él mismo, como si él fuese un sacerdote. ¡No debía hacer eso! ¿Puedes imaginarte un rey, vestido de guerra, ofreciendo sacrificios? "Los soldados se están yendo porque Samuel no está aquí. Debo ayudar para que se sientan mejor," Saúl se justificó. Pero estaba equivocado. Dios a propósito había permitido que Samuel llegase tarde, porque quería probar a Saúl. ¿Esperaría el rey de Israel las instrucciones de su Rey? ¿O elegiría el rey de Israel su propio camino?

Samuel llegó justo cuando Saúl había terminado de ofrecer los sacrificios. Estaba sumamente decepcionado que Saúl había elegido hacer esto. ¿Cómo podía bendecir Dios a Israel si ellos no seguían sus simples instrucciones? Saúl ni siquiera parecía consciente de lo equivocado que estaba. Salió rápidamente al encuentro de Samuel. "¿Qué has hecho?" preguntó Samuel, con cara de preocupación. Saúl

estaba lleno de excusas: “Bueno, los soldados se estaban yendo y tú no llegabas, y los filisteos ya se han reunido, así que decidí seguir adelante y ofrecer el sacrificio yo mismo.”

Samuel respondió, “Has actuado con necedad. No guardaste los mandamientos de Dios. Él hubiese establecido tu reino para siempre, pero ahora Dios ha encontrado a otro hombre para que sea rey de su pueblo; un hombre conforme al corazón de Dios.” Después de decir esto, Samuel se fue.

Si Israel era el pueblo de Dios, entonces su rey debía someterse a Dios, sino Dios no podría bendecirlos. ¿Cómo podía Dios obrar por medio de un rey que no le hacía caso? Ahora Dios no podía obrar por medio de Saúl, porque él había elegido seguir sus propias ideas.

Saúl podría haberse arrepentido en ese momento, pero no lo hizo. Siguió excusando sus pecados. Mientras miraba su ejército, sabía que habría poca oportunidad que ganaran. Solo 600 soldados se habían quedado con él. Se preguntó cómo podrían vencer a los filisteos. “Tal vez si traigo el arca aquí, los soldados tendrán ánimo.” Pensó Saúl. Estaba rechazando las instrucciones de Dios, pero ahora quería fingir que le importaban las cosas de Dios. Sabía que muchos años antes, los hijos de Elí habían llevado el arca al campamento del ejército, y eso había terminado en un desastre. Pero decidió hacerlo de todas maneras. Decidió no contarle a Samuel; ¡no quería volver a ver el ceño fruncido del profeta!

Dios tenía las respuestas para todos los problemas de Saúl, y anhelaba ayudar. Pero Dios no puede obligar a nadie a seguir sus instrucciones. Saúl había escogido seguir su propio camino, por eso ahora Dios no podía ayudarle. ¿Habría alguien en Israel con suficiente fe para que Dios pudiera usarlo?

Dios tiene maravillosos planes para ti, también, y desea guiarte y ayudarte. ¿Le permitirás ser tu rey y tu guía hoy?

35. La fe de Jonatán

Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, y esforzaos.
1 Corintios 16:13 (RVR60)

 *1 Samuel 14 | Patriarcas y Profetas, capítulo 60*

Los israelitas estaban en graves problemas. El enorme ejército filisteo acampaba cerca, listo para la batalla, y el ejército de Israel solo tenía seiscientos soldados. Encima de esto, el profeta Samuel recién se había ido porque el rey Saúl había desobedecido las órdenes de Dios. ¿Cómo podrían ganar esta batalla?

El rey israelita no había seguido las órdenes de Dios, pero había un hombre que sí creía en Dios y confiaba en él: Jonatán, el hijo del rey Saúl. Jonatán sabía que Dios podía hacer cualquier cosa, incluso con un pequeño ejército de seiscientos hombres. Con fe y esperanza, le dijo a su escudero, "Ataquemos al campamento enemigo en secreto. Dios todavía puede usar a los pocos hombres que tenemos."

El escudero también era un hombre de oración y fe, y estuvo de acuerdo con Jonatán. Los dos oraron juntos, luego salieron en secreto del campamento israelita y se dirigieron hacia el campamento filisteo.

Cuando se iban acercando al campamento filisteo, un soldado enemigo los vio. "¡Ah, salieron de su escondite! ¡Vengan; los agarraremos!" se burló. Jonatán y su escudero se sintieron tranquilos. Se habían puesto de acuerdo en que, si un soldado filisteo les decía esto, entonces significaría que Dios estaba con ellos.

Continuaron avanzando por un camino secreto y difícil, y finalmente treparon un acantilado empinado y peligroso. Esta era la única manera en que podrían llegar al campamento sin ser vistos. Ninguno de los soldados filisteos vigilaba este acantilado porque suponían que ningún soldado israelita se animaría a treparlo. Así es como Jonatán y su amigo entraron fácilmente al campamento de los filisteos, y mataron a los guardias antes que alguien pudiera hacer algo.

Los dos amigos comenzaron a atacar al campamento filisteo, y los ángeles los cuidaron. Los soldados filisteos tuvieron tanto miedo que todos temblaron, y la tierra también comenzó a temblar. Los filisteos ahora estaban seguros que un enorme ejército con caballos y carros venía para luchar contra ellos, porque podían sentir el temblor de la tierra. Estaban tan aterrados y confundidos que comenzaron a matarse entre ellos, pensando que estaban matando soldados israelitas.

Desde su campamento, los soldados israelitas escucharon el ruido de batalla. Saúl no sabía quién estaba luchando contra los filisteos, pero decidió unirse con su ejército. Los israelitas que habían abandonado el ejército y se habían escondido en las cuevas de las montañas también escucharon el ruido de batalla y decidieron unirse. Gracias a la fe y valentía de Jonatán y su escudero, el ejército israelita pudo vencer a los filisteos.

Ahora, por supuesto que no hubiera sido necesario que maten a nadie; ¡los filisteos tenían tanto miedo que ya lo estaban haciendo! Pero ya hemos visto que los israelitas nunca entendieron que Dios podía ganar sus batallas sin que maten a nadie. Mucho más adelante, por medio de los escritos del profeta Zacarías, Dios intentó enseñarle nuevamente a su pueblo que él no obra por medio de la fuerza. Les

dijo, “Tendrán éxito, no por medio de la fuerza militar ni su propia fuerza, sino por medio de mi Espíritu.”[3] Pero por ahora, los israelitas no estaban listos para escuchar esto.

Saúl estaba entusiasmado. Sabía que la victoria no era suya, pero quería recibir todo el honor. Ya no era humilde como lo había sido antes de ser rey. Saúl dio una orden muy necia a su ejército: “¡Nadie comerá ni beberá en todo el día, hasta la noche! Si alguien come o bebe, morirá. ¡Haremos esto para que yo pueda derrotar a mis enemigos!” Esto era egoísta y cruel. ¿Cómo crees que se sintieron los soldados al tener que luchar todo el día bajo el rayo del sol, sin poder beber ni comer nada? ¿Y por qué Saúl estaba tratando de recibir toda la atención por esta victoria, si él ni siquiera había sido el que había planificado y liderado esta batalla?

Jonatán no escuchó la orden de su padre. Pasó por un bosque y vio un panal caído sobre el suelo, lleno de miel. Como tenía hambre, comió algo de la miel del panal. “Oh, Jonatán,” le dijeron los demás soldados, “Ninguno de nosotros comió eso, porque ¡tu padre nos ordenó no comer!” Jonatán se sorprendió. “¿Por qué mi padre le haría eso a sus soldados? ¡Me siento mucho mejor después de comer!” dijo Jonatán.

Cuando Saúl se enteró que Jonatán había comido la miel, se enojó. Amaba a su hijo Jonatán, pero amaba su honor aún más. “¡Te daré muerte, Jonatán, por desobedecer mis órdenes!” le dijo. No quería que a nadie se le ocurriera desobedecerle, por más que su orden había sido sin sentido. Era demasiado orgulloso para admitir que se había equivocado.

---

[3] Zacarías 4:6

Pero el pueblo no permitió que Saúl matara a su hijo. “¡No, no! ¿Cómo puedes matarlo, cuando él trajo salvación a Israel? Dios lo guio hoy. ¡Ni siquiera un cabello de su cabeza debería caer hoy!” declaró el pueblo.

Saúl le hizo caso al pueblo, y Jonatán se salvó. Ahora Jonatán era un héroe, y Saúl sabía que el pueblo amaba más a su hijo que al rey. Regresó a su hogar de mal humor. Tendría que haber estado complacido con su hijo, y agradecido por lo que había sucedido ese día, pero estaba desilusionado que no había recibido nada de honor para sí mismo. Saúl también se dio cuenta que ya ni Dios le hablaba. Le había preguntado a Dios, “¿Debería seguir luchando contra los filisteos?” Pero el Señor no le había contestado. ¿Por qué no? Porque Saúl había dejado de escuchar a Dios y no quería arrepentirse, así que no tenía sentido que Dios le diera instrucciones que no seguiría. El pueblo se dio cuenta ese día que al rey que ellos habían pedido no le importaba tanto lo que era justo; se preocupaba más por sí mismo. No querían un rey así, pero ahora no podían deshacerse de él.

Jonatán y su amigo habían sido valientes y fieles. Habían confiado en Dios y lo habían seguido de la mejor manera que conocían, y trajeron bendición y victoria a Israel. Saúl solo pensó en sí mismo, y terminó desilusionado y solo. Dios quiere usarte como usó a Jonatán. ¿Le pedirás que te ayude a confiar en él y seguirle? ¿Le pedirás que te utilice para bendecir a otros?

36. Saúl es deshechado

Y Samuel dijo: ¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros.
1 Samuel 15:22 (RVR60)

 *1 Samuel 15 | Patriarcas y Profetas, capítulo 61*

El rey Saúl había cometido algunos errores graves, pero todavía tenía la oportunidad de arrepentirse y cambiar. Todavía podía aprender a confiar completamente en la Palabra de Dios y obedecer sus instrucciones. ¿Lo haría? No. Saúl pensaba que no había hecho nada mal; se le ocurrían un montón de excusas para todos sus errores. "Samuel ha sido tan injusto conmigo," pensó enojado. Saúl se sintió tan mal que comenzó a atacar a las naciones enemigas. Ganó, porque Dios ya no estaba protegiendo estas naciones malvadas.

Dios sabía que Saúl iba a atacar a los amalecitas pronto. Ahora le podía dar a Saúl una oportunidad más para que lo escuchara. Envió a Samuel con un mensaje: "Saúl, el Señor dice que vayas y derrotes a los amalecitas." Luego Samuel dio instrucciones claras: tendrían que matar a *todos* los amalecitas y sus animales, y quemar sus posesiones. Los israelitas no se quedarían con nada. ¿Por qué Dios indicaría hace algo tan terrible?

Los amalecitas habían sido la primera nación en atacar a Israel en el desierto. Desde ese entonces, habían pasado cuatrocientos años,

y no habían cambiado. Eran más malvados que nunca, y la protección de Dios ya no estaba con ellos. Si los israelitas hubieran comprendido cómo Dios podía librarlos de las demás naciones sin matar, Dios hubiera podido hacer cosas maravillosas. Pero los israelitas habían decidido muchas generaciones antes que la manera de hacerlo era matando. Y como iban a matar, y la protección de Dios había abandonado completamente a los amalecitas, Dios quiso asegurarse que no quedara nada de los amalecitas: ni posesiones, ni animales, ni personas que fuesen esclavas. Los israelitas no se quedarían con nada, ni se volverían más ricos con esta batalla. Los israelitas tendrían que comprender que esta batalla no sucedió porque Israel era grande, sino que sucedió porque Dios se había retirado de la nación amalecita. Si tan solo los israelitas hubieran preguntado, "¿Hay alguna otra manera de hacer esto? ¿Podemos echarlos sin matar a ninguno?" Pero esto ni se les cruzó por la mente.

Saúl estuvo feliz de ir y atacar esta nación enemiga. Pero lamentablemente, lo hizo a *su* manera. El ejército israelita mató a todos los amalecitas menos su rey, Agag. Y mataron a todos los animales, excepto los animales (ovejas y bueyes) mejores y más sanos. Saúl solo obedeció *parte* de las instrucciones de Dios. Mientras miraba a los animales con los que se había quedado, se sintió orgulloso de "su" victoria.

Esa noche, Dios le dijo a Samuel, "Me arrepiento de haber hecho rey a Saúl; él no me ha obedecido." Samuel se sintió muy triste. Cuando Dios se arrepiente, significa que su relación con esa persona cambió, porque la persona rechazó a Dios. Esto le produce mucha tristeza a Dios. La relación de Saúl con Dios había cambiado, y él ya

no podía ser el rey de Israel. Esto puso muy, muy triste a Samuel, y él lloró y oró por Saúl toda la noche.

Al día siguiente, Samuel fue a ver a Saúl. Tenía la esperanza que Saúl viese su error y se arrepintiera, y que su relación con Dios pudiese ser restaurada. Pero Saúl no quiso aceptar que había pecado. Le dijo a Samuel, "¡Mira, he hecho lo que el Señor ordenó!" Samuel lo miró con cara de preocupación, y preguntó, "Entonces ¿por qué escucho el balar de ovejas y el bramido de bueyes?" Saúl respondió enseguida, "¡Es que el pueblo guardó a los mejores animales para que los usemos para los sacrificios!" Esta era solo una excusa. En el fondo, ¡Saúl estaba aliviado que podía ofrecer estos animales en lugar de los suyos propios! Además, culpó al pueblo por lo que él hizo, cuando había sido idea suya salvar estos animales.

Samuel miró a Saúl seriamente. Luego dijo, "Saúl, cuando eras humilde, Dios te hizo rey de Israel. ¿Por qué le desobedeciste? Es mejor obedecer que ofrecer sacrificios. Ahora que has rechazado la palabra de Dios, él también te ha rechazado como rey."

Saúl sintió terror cuando escuchó esto. No sintió ni una pizca de arrepentimiento por lo que había hecho, pero no quería perder su trono. Clamó, "¡He pecado! ¡Tenía miedo del pueblo, e hice lo que ellos querían que hiciera!"

¿Por qué Saúl estaba culpando a otros por su propio pecado? Tendría que haber confesado su pecado frente al pueblo, pero no lo hizo. Entonces le rogó a Samuel, "Perdóname, ¡ven conmigo y adoraremos al Señor juntos!" Pero Samuel no quiso hacerlo. Le recordó a Saúl que Dios lo había rechazado como rey de Israel. Luego Samuel se dio vuelta para irse. Saúl sintió tanto temor que agarró la túnica de Samuel para evitar que se fuera, y el manto se rasgó.

Samuel le dijo a Saúl con seriedad, “Hoy Dios ha rasgado de ti el reino, y se lo ha dado a un prójimo mejor que tú.”

“Por favor, te ruego que vengas y adores al Señor conmigo. No quiero perder el respeto del pueblo,” rogó Saúl. Samuel aceptó. No quería que el pueblo se rebelara todavía contra Saúl, así que fue con él. Pero solo observó el culto desde un costado; sabía que esta ceremonia estaba vacía porque el corazón de Saúl no estaba bien con Dios.

Cuando terminó el sacrificio, Samuel pidió que le trajeran a Agag, el rey amalecita. Y allí mismo lo mató. Completó lo que Saúl tendría que haber hecho. Lamentablemente, ¡Saúl estaba tan apartado de Dios que ni siquiera podía obedecer cuando Dios “ordenaba” que hiciera las cosas que Saúl mismo había deseado hacer! Luego Samuel regresó a su casa, y no volvió a visitar a Saúl.

¿Quería Dios que Samuel matara a Agag? No hay ninguna orden de Dios para que Samuel hiciera esto; él simplemente lo hizo. Estaba tratando de hacer lo que pensaba que era mejor, pero hubiera sido mejor que consultara a Dios primero. El rey que Israel había pedido no había hecho bien las cosas, y ahora Samuel quiso ayudar matando a Agag. Agag había perdido su protección de todas maneras, pero la Biblia no dice que Dios quisiera que Samuel hiciese esto.

Saúl había comenzado siendo humilde y dispuesto a ser enseñado. Si hubiera permitido que Dios le mostrara sus errores y le ayudara, su carácter se hubiera fortalecido, y hubiera sido un rey maravilloso. Pero se volvió orgulloso y no quiso admitir sus errores, hasta que Dios ya no pudo trabajar más con él. Cuando Saúl rehusó aceptar que se había equivocado, rechazó la guía de Dios y se separó de él. Ahora Dios tendría que elegir otro hombre, uno que estaría dispuesto a ser guiado y enseñado por su Espíritu.

¿Estás tú dispuesto a ser enseñado por el Espíritu de Dios? Él quiere hacer cosas hermosas por a través tuyo. ¿Permitirás que te guíe y te enseñe?

37. La unción de David

Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.
1 Samuel 16:7 (RVR60)

 *1 Samuel 16:1-13 | Patriarcas y Profetas, capítulo 62*

Samuel estaba triste. Pensaba en Saúl y en cómo se había separado de Dios. ¿Qué haría Dios ahora? ¿Qué pasaría con Saúl, y con Israel? Dios le habló a Samuel tiernamente, "Samuel, has estado llorando por Saúl durante mucho tiempo. Ya no será más rey. Ahora, llena tu cuerno con aceite y lleva el becerro contigo a la casa de un hombre llamado Isaí. Uno de sus hijos será el siguiente rey; te mostraré cuál. Invita a Isaí a estar contigo cuando ofrezcas sacrificio, y te diré qué hacer después."

Samuel hizo lo que Dios le dijo. Cuando llegó al pueblo de Isaí, invitó a los líderes de ese pueblo, junto con Isaí y su familia, a ofrecer sacrificio. Estuvieron felices de unirse a él, y luego del sacrificio tuvieron una fiesta. Samuel miró a los hijos de Isaí y se preguntó cuál de estos jóvenes sería el siguiente rey. Miró al hijo mayor de Isaí, Eliab. ¡Qué alto y apuesto que era! Era el más alto de los hermanos, casi tan alto como Saúl. "Seguramente él será el próximo rey," pensó Samuel. Pero Dios le dijo, "No te fijes en su buen parecer. El hombre mira lo de afuera, pero yo miro el corazón. No miro lo que ve el hombre. Eliab no será rey."

Samuel miró al resto de los hijos de Isaí, y uno por uno, Dios le dijo a Samuel, "No, este no es." Samuel estaba confundido. Había visto a los siete hijos de Isaí, y ninguno de ellos había sido escogido. ¿Quién sería el próximo rey? Samuel le preguntó a Isaí, "¿Están todos tus hijos aquí?" "No," respondió Isaí, "Tengo uno más, el menor. Su nombre es David, y se quedó para cuidar de nuestras ovejas." Isaí pensó que a Samuel no le molestaría si su hijo menor no venía a la fiesta, así que se sorprendió cuando Samuel dijo, "Llámalo. No nos sentaremos a comer hasta que él llegue."

David se sorprendió cuando vinieron mensajeros a decirle que el profeta Samuel quería que él estuviese en la fiesta. Se preparó, y lo antes posible llegó para encontrarse con Samuel. En cuanto Samuel vio a David, Dios le hizo saber, "Es él. Úngelo." David le agradó a Samuel. Era cortés y humilde. También lucía fuerte y sano por todo el tiempo que pasaba trabajando al aire libre con las ovejas.

Samuel ungió a David en secreto. Nadie de la familia de David lo sabía, aunque se preguntaron por qué Samuel quiso conocer a David. Era mejor que nadie supiera que David había sido ungido, porque Saúl se enteraría. Luego Samuel regresó a su hogar, feliz y aliviado. David volvió a su trabajo como pastor de ovejas, y pacientemente esperó que Dios le dijera cuándo podría comenzar a ser rey. Con el pasar de los años, recordó su ungimiento, y esto le dio fuerza y coraje. Mientras tanto, cuidó de las ovejas de su familia. Mientras las cuidaba, creó hermosos cantos de alabanza a Dios, los cuales cantaba mientras tocaba su arpa. El estar afuera en la naturaleza le ayudó a pasar tiempo con Dios y conocerlo más. Todo esto le ayudó a desarrollar las cualidades que más tarde le ayudarían a ser un rey conforme al corazón de Dios.

¿Qué ves cuando miras a alguien? ¿Ves solamente su parecer, o prestas atención a su carácter, lo de adentro? ¿Cómo te gustaría que otros te miren? ¿No es maravilloso que Dios mira lo de adentro, y no lo de afuera de una persona? Él anhela ayudarte a desarrollar lo de adentro, para ayudarte a ser una persona conforme al corazón de Dios. ¿Quieres esto? Pídele que te transforme así, que te dé un hermoso corazón, y que te ayude a ver lo de adentro de las personas en lugar de solo lo de afuera.

38. David y Goliat

Y sabrá toda esta congregación que Jehová no salva con espada y con lanza; porque de Jehová es la batalla, y él os entregará en nuestras manos.
1 Samuel 17:47 (RVR60)

 *1 Samuel 16:14-23; 17 | Patriarcas y Profetas, capítulo 63*

El rey Saúl estaba desesperado. No quería admitir que había hecho algo mal; mantuvo alejado de sí al Espíritu de Dios porque se rehusaba arrepentirse y cambiar. Y ahora que el Espíritu de Dios lo había dejado, un espíritu inmundo tomó su lugar e hizo que Saúl se sintiese horrible. El rey Saúl estaba enfermo de preocupación. Sabía que tarde o temprano otro sería rey en su lugar. Mientras más pensaba en eso, peor se sentía. No se sentía mal que su relación con Dios estaba rota, sino que se sentía mal que dejaría de ser rey.

Los sirvientes de Saúl quisieron ayudarle. "Señor," le sugirieron, "¿Por qué no traemos un músico que toque para usted? La música lo calmará y lo hará sentir mejor." A Saúl le gustó esta idea. Pronto los sirvientes le dijeron a Saúl, "Hemos encontrado un buen músico para ti. Además, es un hombre fuerte y valiente. El Señor está con él." ¿Quién era este músico? David, el pastor de ovejas. David estuvo feliz de venir a tocar para Saúl, y su música suave lo calmó. Saúl amaba a David y a menudo encargaba sus servicios.

Mientras David tocaba, él prestaba atención a cómo era la vida del Rey Saúl. Vio la preocupación y ansiedad del rey. "Es muy

importante hacer la voluntad de Dios," pensó David, "Cuando sea rey, quiero seguir teniendo una relación cercana con Dios. Quiero mantenerme conectado a él."

Después de un tiempo, Israel declaró la guerra contra los filisteos. Saúl y su ejército acamparon cerca de los filisteos. Tres de los hermanos de David, incluyendo Eliab el mayor, se unieron al ejército filisteo. David, como solía hacerlo, se quedó cuidando las ovejas de su familia. Luego Isaí le dijo a David, "Por favor, ve al campamento del ejército a ver cómo están tus hermanos. Llévales algo de comida también." David estaba feliz de ir. Su padre Isaí no lo sabía, pero un ángel le había dicho a David que el ejército israelita estaba en peligro, y que Dios lo utilizaría para salvarlos.

Cuando David llegó al campamento, vio que los soldados israelitas estaban aterrados. Al otro lado, vio un hombre filisteo grande, un gigante llamado Goliat. Este gigante decía cosas terribles. Insultaba a los israelitas y al Dios israelita. Luego dijo, "¿Quién vendrá, solo, para luchar contra mí?" Por supuesto, ningún soldado israelita tenía la valentía para enfrentar a un gigante tan enorme, así que nadie hizo nada. Los gritos y las burlas habían continuado durante días.

David enseguida quiso ayudar. Dijo, "¿Cómo puede este idólatra decir tales cosas contra nuestro Dios, y contra el ejército de Dios?" Eliab oyó a David y se sintió celoso y molesto. Sabía que su hermanito David era valiente y fuerte, y desde la visita del profeta Samuel, se había preguntado por qué el profeta le había prestado especial atención a David y no a él. Eliab dijo enojado, "¿Por qué viniste aquí, David? ¿Quién se quedó con nuestras ovejas? Sé lo orgulloso que eres. Solo viniste aquí para mirar la batalla, ¿no es

así?" David contestó cortésmente, "¿Qué he hecho? Solo estaba haciendo una pregunta. ¿Acaso no puedo hablar?"

Pronto Saúl escuchó lo que David había dicho, y pidió que lo trajesen a él. David le dijo con seguridad al rey, "Nadie debería tener miedo ni desanimarse por Goliat; yo iré a pelear contra él." David también le contó a Saúl, "Mientras cuidaba las ovejas, el Señor me salvó de leones y osos. Puede salvarme de este hombre filisteo que ha desafiado al ejército de Dios."

El rey Saúl no podía imaginarse cómo Dios podría salvar a David. ¿Podría David matar a Goliat? Pero le dijo a David con bondad, "Ve, y que el Señor te acompañe." Luego le dio a David la armadura del propio rey, y una espada, para la batalla. David se lo puso, pero se dio cuenta que era todo demasiado pesado e incómodo para él. "Por favor, permíteme quitarme esto. Nunca lo he usado antes," le dijo a Saúl. Luego caminó hacia Goliat, llevando solo su onda y una bolsa de pastor. Paró primero en el arroyo, juntó cinco piedras lisas y las colocó en su bolsa. Luego se acercó a Goliat.

El enorme gigante miró a David y sintió ira. ¿Qué clase de soldado era éste? David lucía fuerte y sano, pero no tenía armadura ni espada – ¡solo una onda! "¿Soy yo un perro, que vienes a mí así?" preguntó Goliat con enojo. Luego amenazó con matar a David.

David contestó, "Tú vienes a mí con espada, lanza y escudo, pero yo vengo a ti en el nombre del Señor, el Dios de los ejércitos de Israel. Has desafiado a este Dios, y hoy te entregará a mi mano. Entonces toda la tierra sabrá que hay un Dios en Israel, y todos sabrán que Dios no salva con espada ni lanza, porque la batalla es del Señor." La voz de David podía escucharse claramente. Goliat, los filisteos, y el ejército israelita – todos escucharon lo que dijo David.

Las palabras de David enfurecieron a Goliat. Levantó su casco y se lanzó para atacar a David. David corrió hacia el gigante, tomó una piedra de su bolsa y la lanzó con su onda. La piedra cayó en la única parte de Goliat que no estaba protegida por la armadura: su frente. Goliat instantáneamente se cayó de bruces. David podría haberse detenido allí, pero como todo Israel, él creía que tenía que deshacerse de sus enemigos matándolos él mismo. Corrió hacia Goliat, tomó la espada del gigante, y lo mató allí mismo.

Los soldados filisteos estaban aterrados. ¡Su líder gigante estaba muerto! Todos comenzaron a huir. Ahora el ejército israelita se sentía fuerte y valiente, y persiguieron a los filisteos y los mataron.

Ese día, todo Israel y las naciones vecinas supieron que Israel tenía un Dios, un Dios que no necesita ni espadas ni lanzas para proteger a su pueblo. Solo necesita que sus hijos tengan fe en él. Ese día, Dios usó la fe de David. Dios quiere usarte a ti, también. Si tenemos fe en él y confiamos en él, nos puede usar para bendecir a otros. Puede hacer grandes cosas por medio de sus hijos que tienen fe en él. ¿Le pedirás que te dé esta fe? ¿Le pedirás que te ayude a confiar en él completamente?

39. Los celos de Saúl

El corazón apacible es vida de la carne;
Mas la envidia es carcoma de los huesos.
Proverbios 14:30 (RVR60)

 *1 Samuel 18:5-30 | Patriarcas y Profetas, capítulo 64*

David ahora era un gran héroe en Israel. Había matado al gigante Goliat, algo que ningún otro israelita había tenido el coraje de hacer. “Tú te quedarás conmigo ahora,” ordenó el rey Saúl, “No regreses a casa. Te necesitamos aquí.”

Al principio, David se sintió aceptado y seguro en la casa de Saúl. El rey y los siervos lo amaban, y el pueblo también. Jonatán, el hijo del rey, también estaba encantado con David. David y Jonatán llegaron a ser amigos cercanos. Es más, su amistad era tan fuerte que hicieron un pacto entre ellos, prometiendo siempre ser buenos amigos. Cuando hicieron este pacto, Jonatán le regaló a David su túnica, ropa, una espada, un arco y un cinturón. Estas eran algunas de las mejores posesiones de Jonatán, cosas que solo un príncipe usaba. Él amaba tanto a David que quiso que él las tuviera. A pesar de su nueva fama, David siguió siendo humilde y modesto. Hizo bien su trabajo y trató a todos con respeto y cortesía. Esto hizo que todos lo amaran.

Por un tiempo, Saúl estuvo feliz que David trabajase para él. Pensaba, “Dios está con David, así que, si David trabaja para mí, entonces ¡mi trono está a salvo!” Pero la felicidad de Saúl con David

no duró mucho tiempo. Un día, Saúl y David regresaban de una batalla contra los filisteos, y un grupo de mujeres los recibieron en el camino. Las mujeres comenzaron a tocar instrumentos musicales y a bailar mientras cantaban. Un grupo de mujeres cantaba, "¡Saúl ha matado a sus miles!", y otro grupo de mujeres contestaba cantando, "¡Y David ha matado a sus diez miles!"

A Saúl no le gustó esto para nada. "Dijeron que maté a miles, pero que David mató a diez miles. ¡Ahora no le queda recibir otra cosa que el reino!" Saúl estaba lleno de enojo y celos al pensar que ahora la gente estaba cantando que David era más poderoso que Saúl.

David no había dejado de ser el músico del rey Saúl. La próxima vez que David tocó para Saúl, algo horrible sucedió: el rey Saúl echó una lanza hacia David. Por suerte no lo tocó, y David pudo escapar.

Saúl estaba lleno de odio hacia David, y un espíritu inmundo entró en él. "¿Cómo puedo matar a David?" se preguntó. Luego tuvo una idea, "Lo enviaré a la guerra. Lo haré capitán de mil soldados. Entonces no tendré que verlo en mi casa, y tal vez muera en la batalla." Saúl también tenía la esperanza de que David dijera o hiciera algo malo, así él podría darle muerte.

Entonces Saúl le dijo a David, "Si luchas contra los filisteos por mí y ganas, puedes casarte con mi hija mayor, Merab." David le contestó a Saúl con cortesía y humildad, "Este es un gran honor. ¡No soy de suficiente importancia para ser el yerno del rey!" David aceptó ir a luchar.

Saúl se sintió chasqueado cuando David no murió en la batalla. Es más, David la ganó y regresó, esperando casarse con la hija de Saúl. Pero Saúl rompió su promesa e hizo que su hija se casase con otro hombre. David aceptó esto sin pelear.

Luego Saúl se dio cuenta que su hija menor, Mical, estaba enamorada de David. “Puedo utilizar a mi hija para atrapar a David,” pensó Saúl con maldad, “Quizás esta vez muera en batalla.” Saúl le dijo a David, “Si matas a cien filisteos, puedes casarte con mi hija menor. Quiero esto en lugar de la dote de casamiento.” David accedió. Fue a la batalla y mató no a cien filisteos, ¡sino a doscientos! A Saúl no le quedó más opción que permitir que David se casara con su hija.

Saúl estaba enojado. ¡Ahora David era el yerno del rey! “Seguramente será el próximo rey,” pensó Saúl, “¡Me quitará el reino!” Saúl se sentía inseguro y temeroso porque había abandonado a Dios. No tenía a nadie que le ayudara ni que lo protegiera, así que sentía que tenía que proteger su trono y su honor. Estaba celoso de David. ¡Qué triste e innecesario era que se sintiese de esta manera! Era diferente para David: él no estaba con planes de quitarle nada a Saúl. Estaba dispuesto a esperar pacientemente y ver lo que Dios quería que él hiciese a continuación. Era hijo de Dios, y eso era suficiente para él.

¡Qué triste que el primer rey de Israel había terminado así, celoso y enfocado solamente en sí mismo! Qué diferencia con David, que estaba descansando en paz en su Dios. ¿Te gustaría ser como David, cercano a Dios y seguro de tu valor como su hijo? Pídele a Dios que te ayude a enfocarte en él, y a tener una relación cercana con él.

40. Los mejores amigos

En todo tiempo ama el amigo,
Y es como un hermano en tiempo de angustia.
Proverbios 17:17 (RVR60)

 *1 Samuel 18:1-4; 19; 20 | Patriarcas y Profetas, capítulo 64*

Jonatán era el hijo del rey. Vio que David se había hecho famoso y que Dios estaba con él, y podría haberse puesto celoso como pasó con Saúl. Pero no reaccionó así. Jonatán era un seguidor de Dios. David le caía bien y él quería ser un amigo verdadero hacia él.

Un día Jonatán fue a ver a David. “Mi padre nos está diciendo a mí y a sus hombres que te matemos,” le advirtió, “Ve, escóndete, e intentaré cambiarle de idea. Entonces te haré saber lo que dijo.” David se escondió, y Jonatán habló con su padre. “David es un buen hombre. No te ha hecho nada malo. Por favor, papá, no peques contra él. No lo mates. Siempre ha trabajado fielmente para ti.” Saúl escuchó a Jonatán y estuvo de acuerdo con lo que dijo su hijo. “David no será muerto,” prometió Saúl. Entonces Jonatán volvió a traer a David, y él siguió trabajando para Saúl como antes.

Al poco tiempo, hubo otra batalla contra los filisteos. David lideró el ejército y ganó, y el pueblo comenzó a alabar a David una vez más. A Saúl no le gustó esto para nada; otra vez se sintió celoso. La próxima vez que David vino a tocar música para él, Saúl le volvió a tirar una lanza. No dio en el blanco, y David escapó. David fue hasta su casa, donde estaba su esposa Mical.

Mical le dijo a David, “Si no te escapas ahora, te matarán.” Ella le ayudó a escapar por una ventana, luego consiguió una estatua y la colocó en la cama de David. La cubrió con mantas y pelo de cabra, para que parezca como si alguien estaba durmiendo en esa cama.

No pasó mucho rato antes que llegaran los soldados de Saúl en busca de David. “Oh, está enfermo,” mintió Mical. Los soldados se fueron, pero enseguida regresaron. “El rey Saúl dice que lo traigamos de todas formas,” dijeron. Entraron y encontraron la estatua en la cama, y que David no estaba.

Saúl se enojó con su hija. “¿Por qué me mentiste?” le reclamó. Mical volvió a mentir: “David dijo que, si no lo dejaba ir, me mataría.” ¿Por qué mintió Mical? No lo sabemos. Tal vez tuvo miedo de su padre. Pero sabemos que eventualmente Saúl la obligó a casarse con otro hombre. Seguramente él utilizó esta mentira de ella como una de las razones por las cuales ella no podía seguir casada con David.

Mientras tanto, David se escapó a la casa del profeta Samuel. Allí disfrutó de paz, y él y un grupo de hombres se sentaron con Samuel y estudiaron acerca de la voluntad de Dios. Disfrutaron de aprender estas cosas con Samuel.

Pronto Saúl se enteró dónde estaba David, y sintió celos. Saúl no había hablado más con Samuel, ¡pero ahora David lo estaba haciendo! “Vayan y busquen a David, para que le demos muerte,” ordenó Saúl. Los soldados de Saúl salieron a buscar a David, pero algo maravilloso sucedió: ángeles invisibles se encontraron con ellos, y estos hombres comenzaron a profetizar. Cuando el Espíritu de Dios obró en sus corazones, escucharon y rehusaron hacerle daño a David.

Saúl envió un segundo grupo de soldados para que buscaran a David, y lo mismo ocurrió con este grupo. Ellos también comenzaron

a profetizar. Por tercera vez, Saúl envió un grupo en busca de David, y otra vez sucedió lo mismo. Frustrado, Saúl dijo, "Lo buscaré yo mismo." Para sorpresa de todos, ¡Saúl también comenzó a profetizar de esta manera!

¿Será que Dios estaba forzando a Saúl para que profetizara? No; Dios no fuerza a nadie. Su Espíritu solo obra en los corazones de aquellos que le permiten entrar. Durante unas horas, Saúl estuvo abierto al Espíritu de Dios. Llegó a la casa de Samuel y se quitó las vestimentas reales. Luego se acostó todo el día y escuchó a Samuel y sus estudiantes mientras ellos hablaban de las cosas de Dios. Todo ese día, el corazón de Saúl estuvo abierto al Espíritu de Dios. Fue una muy buena oportunidad para que Saúl aprendiera de Dios y se arrepintiera de sus pecados. Pero lamentablemente, cuando pensó en todo lo que había sucedido, decidió no arrepentirse. No quiso cambiar. Rechazó la obra del Espíritu de Dios en su corazón, y comenzó a sentir vergüenza de lo que había sucedido en la casa de Samuel. Se preguntó: ¿Por qué se había quitado sus vestimentas reales en la casa de Samuel? ¿Por qué había dejado ir a David?

David estaba a salvo por ahora, pero ya no confiaba más en Saúl. Fue a Jonatán y le preguntó, "¿Qué he hecho mal? ¿Por qué me quiere matar tu padre?" Jonatán le dijo, "David, después de lo que le pasó a mi padre en la casa de Samuel, no querrá matarte. Ya estás a salvo." Pero David insistió, "No; cambiará de parecer. No estoy a salvo." Luego David y Jonatán idearon un plan para poder averiguar cómo se sentía Saúl realmente acerca de David. También hicieron un pacto juntos por segunda vez, prometiendo ser amigos siempre, y bondadosos con sus familias.

Al día siguiente, llegó la hora para la fiesta de la luna nueva. David y Jonatán se pusieron de acuerdo que David no asistiría,

aunque Saúl esperaba que lo hiciera. Verían cómo reaccionaba Saúl. La primera noche de la fiesta, Saúl no dijo nada. Pero la segunda noche le preguntó a Jonatán acerca de David. “Oh, papá, pidió permiso para pasar tiempo con la familia de su padre.”

Saúl se enojó mucho. Se dio cuenta que Jonatán estaba protegiendo a David. “Jonatán, ¿te das cuenta que mientras David viva, tú no podrás ser rey? Tráelo aquí ahora, ¡para que le demos muerte!” dijo Saúl con enojo. Jonatán intentó cambiar el pensamiento de su padre, pero esto solo logró que Saúl se enojara más. Tanto se enojó Saúl que tiró una jabalina hacia Jonatán, su propio hijo, porque él estaba del lado de David. Jonatán se sintió tan enojado y tan triste que no comió nada ese día.

Al día siguiente, Jonatán salió a disparar flechas. Él y David se habían puesto de acuerdo en que harían esto. Jonatán disparó sus flechas, luego le dijo a su siervo, “Ve y busca mis flechas. Mira, esa flecha está más lejos. ¿Puedes verla?”

David se estaba escondiendo cerca. Escuchó estas palabras, *más lejos*, y supo que Jonatán le estaba tratando de decir: *mi padre está lejos de ti en su corazón. Necesitas irte más lejos para conservar tu vida.* Tanto David como Jonatán estaban con el corazón roto. En cuanto se fue el siervo de Jonatán, David salió de su escondite. Se inclinó tres veces ante Jonatán como muestra de respeto y agradecimiento hacia su amigo. Ambos lloraron y se despidieron. Jonatán le aseguró a David, “Ve en paz. Ambos prometimos, en el nombre del Señor, que él estará entre nosotros y nuestros hijos.” Luego Jonatán regresó a la ciudad, y David se fue.

David y Jonatán eran mejores amigos. Fueron bondadosos, leales y fieles el uno para con el otro. Pudieron tener esta clase de amistad

porque ambos estaban primero cerca de Dios. ¿Te gustaría tener amigos buenos y confiables? Pídele a Dios que te ayude a ser esta clase de amigo. Pídele que te ayude a conocerlo como un verdadero amigo, para que luego puedas ser un buen amigo para los demás.

41. A David le falta fe

Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe. Hebreos 12:2 (RVR60)

 *1 Samuel 21, 22 | Patriarcas y Profetas, capítulo 64*

David estaba triste y asustado. ¿Dónde podría quedarse? ¿Dónde estaría a salvo del rey Saúl? Decidió ir a la ciudad de Nob. Allí estaba el tabernáculo, y allí también vivía el sumo sacerdote Ahimelec con su familia. Muchos años antes, los israelitas habían mudado el tabernáculo desde Silo hasta esta ciudad llamada Nob.

El sumo sacerdote Ahimelec saludó a David con bondad. "¿Qué te trae aquí, David? ¿Por qué estás solo?" le preguntó. Parecía extraño ver a David solo, sin sus soldados. Algo estaría pasando, pensó él.

Si, algo mal estaba pasando, pero David tenía demasiado miedo de decirle la verdad. En cambio, decidió mentir: "El rey me envió para un asunto secreto, y por eso estoy pasando por aquí." Los hombres de David estaban escondidos, y muy hambrientos. Habían estado caminando durante horas. David tenía la esperanza de conseguir algo de comida para ellos. "¿Tienes cinco panes para mí y mis hombres?" preguntó David.

Ahimelec contestó, "El único pan que tenemos es el que está dentro del tabernáculo." Este pan era sagrado, dedicado al servicio de Dios. Pero como David y sus hombres necesitaban alimento, y era lo único disponible, el sumo sacerdote permitió que David se lo llevara.

Luego David preguntó, "¿Tienes espadas?" Ahimelec contestó, "La única espada aquí es la que era de Goliat. La hemos estado guardando aquí. Puedes llevártela." David estuvo feliz de tomarla, y pronto se fue. Mientras se iba, David se dio cuenta que alguien había estado viendo y escuchando todo: era Doeg, un edomita que estaba a cargo de los pastores de ovejas del rey Saúl. Deseó que Doeg no causara ningún problema.

Pero la mentira de David *sí* causó problemas. David no debería haberle mentido a Ahimelec. Si el sumo sacerdote hubiera sabido la verdad completa de lo que estaba sucediendo, hubiera podido hacer las cosas de otra manera. Él no sabía que Saúl quería matar a David, y que David estaba huyendo.

David siguió huyendo y mintiendo en el camino. Intentó encontrar seguridad en la tierra de Aquis, un rey filisteo. Pero pronto Aquis descubrió que David había sido el que mató a Goliat. "Si David mató a Goliat, entonces ¡yo debería matarlo!" pensó el rey Aquis. David se enteró que este rey deseaba matarlo. Tuvo miedo, pero en lugar de pedirle ayuda a Dios, David volvió a mentir: fingió estar loco. Babeó y actuó en forma muy extraña. "Oh, está enfermo y loco," dijo la gente, y lo dejaron tranquilo. Así David pudo irse de esa tierra. ¿Por qué David sentía la necesidad de engañar a otros y mentirles? ¿Por qué tenía tanto miedo, si él tenía la presencia y la protección de Dios? ¿No se acordaba que Samuel lo había ungido?

Ahora David huyó a la cueva de Adulam. Sus padres y hermanos pronto se enteraron adónde estaba, y se unieron a él. Ellos tampoco se sentían seguros cerca de Saúl. A esta altura, la familia de David estaba segura que David sería el siguiente rey. Cuatrocientos otros hombres se unieron también en la cueva con David. Estaban

insatisfechos con Saúl, o se sentían turbados porque estaban pasando por algún problema. Algunos tenían deudas y no sabían cómo podrían pagarlas. Todos estos hombres querían que David fuese su líder, porque podían ver que el Espíritu de Dios estaba con él.

David no quedó mucho tiempo en la cueva de Adulam. Un profeta le advirtió que huyera, así que fue al bosque de Haret. Justo después que David se fue de la cueva, Saúl y sus soldados llegaron allí. Cuando Saúl vio que David se había escapado, se enojó. "¿Cómo supo David que yo venía a buscarlo?" preguntó Saúl, airado, "¿Quién le dijo?"

Ahora Doeg, el edomita que había visto a David en el tabernáculo, decidió decir una mentira. Tenía esperanzas de que le agradaría al rey Saúl, y que éste lo trataría bien, así que dijo, "Seguramente fue el sumo sacerdote el que le dijo a David que tú venías en busca de él. Yo lo vi en el tabernáculo. ¡El sumo sacerdote hasta le dio la espada de Goliat!"

Por supuesto, toda esta información estaba tergiversada. No era realmente la verdad. Saúl les pidió a sus hombres que le trajeran a Ahimelec el sumo sacerdote. Ahimelec estaba confundido. Le dijo a Saúl, "No sabía que David se estaba escondiendo de ti. Pero, Saúl, ¿acaso David no es uno de tus mejores soldados? ¿No estaba trabajando en un asunto secreto para ti?"

Saúl respondió airado, "¡Estás mintiendo! ¡Estás en contra mío, y estás ayudando a David! Ahora te mataremos junto con toda tu familia." Dio la orden que sus hombres mataran a Ahimelec, pero ninguno se movió. Los soldados estaban horrorizados ante la idea de matar al sumo sacerdote. Además, todos los hombres de la familia de Ahimelec eran también sacerdotes. ¿Cómo podían matar a los

sacerdotes escogidos por Dios? No lo podían hacer, y se rehusaron hacerlo.

Pero a Doeg no le importaban los sacerdotes. Él era edomita, no israelita. "Yo lo haré," se ofreció. Luego mató a Ahimelec y a toda su familia. También fue a la ciudad de Nob y mató a cada mujer y niño de la familia de Ahimelec, además de sus animales. Saúl no le había dicho que hiciera esto, pero lo hizo. En total, mató a ochenta y cinco sacerdotes y sus familias. Ahora Israel tenía el tabernáculo y el arca, pero no tenía sacerdotes.

Toda Israel estaba horrorizada. ¿Cómo pudo Saúl hacer algo así? ¡Este no era el rey con el que habían soñado!

Solo un hombre de la familia de Ahimelec escapó, un sacerdote llamado Abiatar. Fue al escondite de David y le contó lo que había sucedido. David se sintió muy mal. "He causado la muerte de toda tu familia," dijo con mucha tristeza, "Quédate conmigo; yo te protegeré."

David se dio cuenta que su pecado de no confiar en Dios lo había llevado a mentir, y que este pecado había causado la muerte del sumo sacerdote de Israel junto con toda su familia. Esto lo llenó de tristeza. Cuando nos falta fe en Dios, no solo nos afecta a nosotros, sino que también afecta a los que nos rodean. Ahora David sabía que necesitaba estar más cerca de Dios que antes, para que esto no volviera a suceder.

¿Te gustaría que tu fe en Dios aumente? ¿Te gustaría poder confiar en él, incluso cuando estás pasando por problemas? Recuerda que Jesús es "el autor y el consumador de nuestra fe" – él es quien produce esta fe y nos la da. Con gusto te la dará si se la pides.

42. David perdona la vida de Saúl

Juzgue Jehová entre tú y yo, y véngueme de ti Jehová; pero mi mano no será contra ti. 1 Samuel 24:12 (RVR60)

 *1 Samuel 23, 24 | Patriarcas y Profetas, capítulo 65*

Mientras David estaba escondido del rey Saúl, se enteró que los filisteos estaban atacando la ciudad de Keila en su tierra, Judá. Le preguntó a Dios, "¿Debería ir a salvar a Keila?" Dios dijo que podía hacerlo. Luego David consultó una vez más, porque sus hombres tenían miedo de ir. Una vez más Dios contestó, "Ve a Keila; yo entregaré a los filisteos en tus manos."

David y sus hombres salvaron al pueblo de Keila de los crueles filisteos. Pero pronto Saúl se enteró dónde estaba David, e hizo planes para atraparlo y matarlo. Dios le dijo a David que el pueblo de Keila estaba dispuesto a entregarlo al rey Saúl, aunque él los había salvado de los filisteos. En cuanto pudieron, David y sus hombres, que ahora eran seiscientos, se fueron de Keila y se escondieron en el desierto de Zif, donde había un bosque.

Jonatán descubrió dónde estaba escondido David, y fue a visitarlo y animarlo. "No temas; mi padre no te encontrará," le aseguró a David, "Serás rey de Israel, y yo seré segundo después de ti. Mi padre sabe esto." Los dos amigos hicieron un pacto entre ellos por tercera vez, luego David permaneció en el bosque mientras Jonatán regresó a su casa.

Pero pronto David tuvo que huir otra vez. El pueblo de Zif le contó a Saúl que David estaba allí, y David y sus hombres tuvieron que esconderse en las montañas. Encontraron una cueva grande y se quedaron allí. Saúl reunió tres mil soldados y salió en busca de David. La búsqueda en la montaña era cansadora, y Saúl necesitó descansar. Encontró una cueva y entró allí solo, y se acostó para dormir un rato. No sabía que dentro de esa cueva estaban David y todos sus hombres, escondidos en silencio.

Los hombres vieron al rey Saúl dormir, y uno de los hombres de David susurró, "¡Dios te lo ha entregado en tu mano! ¡Mátalo!" Esta era una tentación grande para David, pero él permitió que el Espíritu de Dios lo guiase, y no pudo matar a Saúl. "No puedo tocar al ungido de Jehová," dijo. Solamente se acercó a Saúl y cortó un pedazo de su túnica. Luego se sintió culpable por haber hecho siquiera eso.

Cuando Saúl despertó de su siesta, se levantó y salió de la cueva. David lo llamó desde atrás, diciendo, "¡Mi señor el rey!" Luego se inclinó respetuosamente ante Saúl. Dijo cortésmente, "Te dijeron que deseaba herirte, pero ahora ves que el Señor te entregó en mis manos hoy en la cueva. Algunos de mis hombres me sugirieron matarte, pero dije que no tocaría al ungido del Señor. Mira, padre mío, tomé un pedazo de tu túnica, pero no te maté. Sin embargo, me has estado buscando para matarme. Dejaré que Dios juzgue entre tú y yo, pero no te mataré."

Saúl se emocionó cuando escuchó esto. Sabía que se había equivocado y que David tenía razón. El perdón y la bondad de David derritieron su corazón, y él lloró. Bendijo a David y dijo, "Tú eres más justo que yo. Has sido bueno conmigo, cuando fui malo contigo. Me permitiste a mí, tu enemigo, vivir hoy. Que el Señor te recompense por lo que has hecho por mí hoy."

Luego Saúl dijo algo que le era difícil decir: “Sé muy bien que serás rey. Por favor prométeme que no matarás a todos mis hijos y nietos cuando seas rey, para que el nombre de mi familia no desaparezca.” David le prometió a Saúl que no lastimaría a su familia. Después de esto, se despidieron en paz. Saúl regresó a su casa, y David quedó escondido en las montañas. Se sintió bendecido por las palabras del rey Saúl, pero también sabía que el rey en cualquier momento podría cambiar de idea e intentar matarlo otra vez. Se sentía más seguro en su escondite que regresando a su tierra.

David eligió hacer las cosas a la manera de Dios. Cuando Dios entregó a Saúl en sus manos, podría haber elegido matarlo – así es como el hombre hace las cosas. En cambio, eligió la manera de Dios: lo perdonó. Al hacer esto, recibió hermosas palabras de bendición del propio rey. Por medio de David, Dios le dio a Saúl una oportunidad más de arrepentirse y volver a él. Saúl rechazó esta oportunidad, pero esa fue elección suya. Dios todavía lo estaba llamando. David siempre estuvo feliz que había elegido perdonar a su enemigo y permitir que fuera Dios el que juzgara.

Cuando la gente nos lastima, lo mejor que podemos hacer es ser pacíficos y perdonadores hacia ellos, y confiar que Dios se encargará de la situación de la mejor manera. Cuando alguien te lastima, ¿recordarás que Dios se encargará de ello? ¿Le pedirás que te dé amor, paciencia y perdón hacia esa persona?

43. La sabiduría de Abigail

Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Mateo 5:9 (RVR60)

 *1 Samuel 25 | Patriarcas y Profetas, capítulo 65*

David todavía estaba escondido en las montañas cuando escuchó la noticia que el profeta Samuel había muerto. Samuel había sido un líder bondadoso y amable para el pueblo de Israel, y lo extrañaban. Toda su vida los había bendecido con su consejo, y siempre los dirigía hacia Dios. Ahora los israelitas veían a Saúl, el rey que habían pedido, y se arrepintieron. Saúl era malvado y casi como un loco. No se sentían seguros con él. Deseaban haber tenido solo a Samuel como su líder.

Ahora que Samuel estaba muerto, David se sentía aun más inseguro. Él y sus hombres se mudaron al desierto de Parán para esconderse de Saúl. Allí encontraron la tierra de un hombre llamado Nabal. Este hombre era muy rico. Tenía muchas ovejas y cabras. David se dio cuenta que a menudo venían ladrones a robarse las ovejas de Nabal y molestar a los pastores. David y sus hombres comenzaron a proteger a los pastores y las ovejas de Nabal, para que los ladrones ya no pudieran robarse nada.

A David y sus hombres se les acabaron los alimentos, así que envió a diez de sus jóvenes a pedirle alimentos a Nabal. Era normal que alguien que estuviese de viaje o lejos de su casa pidiese comida.

Nabal tendría que haber estado feliz de hacer esto por David, especialmente después que los hombres de David habían estado protegiendo sus rebaños. Nabal tenía más que suficiente para compartir. Pero era egoísta y poco amigable, y respondió en forma grosera, "¿Quién es David? ¿Y si es un esclavo fugitivo? ¿Por qué tengo que compartir mi comida con él y sus hombres?" Dejó que los hombres de David se fuesen con las manos vacías.

Cuando David escuchó lo que Nabal había dicho, se puso furioso. ¿Cómo podía alguien ser tan grosero? Decidió matar a Nabal y a todos los varones de su casa. "Prepárense," les ordenó a sus hombres.

Uno de los sirvientes de Nabal enseguida fue a contarle a Abigail, la esposa de Nabal, lo que había sucedido. Abigail era una mujer hermosa, y también era sabia. Tenía un carácter completamente diferente al de su esposo necio. Decidió ser una pacificadora. Rápidamente y en silencio, cargó pan, vino, granos, pasas de uva y tortas de higo sobre sus asnos, y les pidió a sus siervos que se los llevaran a David. Fue detrás de ellos montada en su asno.

Cuando llegó a donde estaba David, se bajó de su asno y se inclinó ante él. Con mucho respeto dijo, "Échame a mí la culpa por este pecado, y por favor permíteme hablar contigo." Continuó diciendo, "No tenemos nada contra ti; mi esposo simplemente es un hombre egoísta e infeliz. Ahora Dios te está impidiendo que mates sin necesidad. Por favor, perdona mis errores y acepta este alimento de parte nuestra. Que el Señor te fortalezca, porque sé que él está contigo. Y cuando seas rey de Israel, te alegrarás de no haber matado a nadie aquí hoy."

David se conmovió cuando escuchó las palabras de Abigail. Ella tenía razón; hubiera sido terrible matar los de la casa de Nabal solo por enojo. ¿Qué hubieran pensado el resto de los israelitas? David

siempre había sido bueno y bondadoso con *todos* los israelitas. Se sintió agradecido que Dios usara a Abigail para impedir que él hiciera algo tan terrible. Le agradeció y la bendijo por venir a hablar con él. "Bendito sea Dios por enviarte a mí," le dijo, "Y bendita eres por tu buen consejo; has impedido que hoy mate gente, y has salvado a tu casa. Ve en paz." Luego David aceptó, agradecido, el alimento que ella había traído.

Abigail regresó a su casa. Vio que Nabal había estado haciendo un banquete y ahora estaba borracho – tan borracho que ella supo que tendría que esperar hasta la mañana para decirle lo que había sucedido. Cuando Nabal despertó al día siguiente, Abigail le contó todo. Nabal quedó conmocionado y asustado; no se había dado cuenta que había estado bajo tanto peligro por causa de su necedad. Estaba tan conmocionado y asustado que su corazón se enfermó, y quedó paralizado. Estuvo enfermo durante diez días, luego murió. Es triste que nunca le pidió ni a Dios ni a David que lo perdonaran. Murió sin encontrar paz. David estaba agradecido que había permitido que Dios se encargara de Nabal, y que Dios había impedido que él matara la casa de Nabal.[4]

Abigail eligió ser pacificadora, y esto salvó muchas vidas, además del honor de David. Ella siempre será recordada como una mujer sabia e inteligente por lo que hizo ese día. Nosotros también podemos decidir ser pacificadores. Jesús dice que los pacificadores serán

[4] Luego de la muerte de Nabal, David le pidió a Abigail que se casara con él. Saúl había entregado a su primera esposa, Mical, a otro hombre. Pero luego David se había casado con una mujer llamada Ahinoam, y ahora se estaba casando con Abigail. En esa época era común que los hombres se casaran con más de una mujer, así que pensaban que estaba bien. Pero lamentablemente, nunca había sido el plan de Dios que un hombre tuviese más de una esposa, y la familia de David tuvo muchos problemas más adelante por esto.

llamados hijos de Dios. ¿Serás un hijo de Dios hoy? ¿Serás un pacificador con su ayuda?

44. David vuelve a perdonar la vida de Saúl

Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.
Hebreos 12:14 (RVR60)

 *1 Samuel 26 | Patriarcas y Profetas, capítulo 65*

David y sus hombres volvieron a mudarse al desierto de Zif. Pero al poco tiempo, la gente de Zif le contó a Saúl que David se estaba escondiendo allí. Saúl pareció olvidarse que David le había perdonado la vida en aquella cueva de montaña, y reunió su ejército para volver a buscar a David.

Algunos espías amigables vinieron a advertirle a David: "¡Saúl está buscándote!" ¿Qué podía hacer David? Decidió ir silenciosamente hasta el campamento de Saúl. Abisai, el sobrino de David, lo acompañó. David y Abisai se sorprendieron cuando llegaron al campamento, porque encontraron que ¡todos los soldados estaban durmiendo! No había ni un soldado despierto para proteger el campamento. El rey Saúl estaba durmiendo. A su lado había una lanza incrustada en el suelo, y una vasija de agua. El capitán de Saúl, llamado Abner, también estaba dormido. ¡Saúl estaba bajo mucho peligro!

Abisai levantó su lanza y le dijo a David, "Dios ha entregado a tu enemigo en tus manos hoy. ¡Déjame matarlo ahora!" Pero David lo detuvo, "No, no lo mates; es el ungido de Jehová. Dios decidirá

cuándo debe morir. Ahora solo llevémonos esta lanza y el agua, y vámonos."

Cuando David y Abisai habían subido parte de la montaña, David comenzó a llamar con voz fuerte al campamento de Saúl, y especialmente a Abner, el capitán de Saúl: "¿Acaso no eres un buen guerrero, Abner? ¿Por qué no cuidaste al rey? Hubo gente que vino a él y podría haberlo matado. Lo que has hecho no está bien. ¿Dónde está la lanza del rey ahora?"

Saúl reconoció la voz de David, y lo llamó: "¿Es tu voz, David hijo mío?" David respondió, "Sí, mi señor, O rey. ¿Por qué me estás persiguiendo? ¿Qué he hecho mal?" Una vez más, el corazón de Saúl se enterneció. Dijo, "He pecado. No te lastimaré más. Has perdonado mi vida, y yo he sido un necio."

David quería devolver la lanza y el agua de Saúl, pero no se sentía seguro de ir a Saúl. "Aquí está la lanza del rey! Que uno de los jóvenes venga a buscarla," ofreció David, "Hoy el Señor te entregó en mis manos, pero rehusé herir al ungido de Jehová."

Saúl estaba profundamente conmovido. Esta era la segunda vez que David hubiera podido matarlo, pero en cambio lo había perdonado. Bendijo a David: "Bendito eres, David hijo mío." Luego, una vez más, dijo algo que seguramente fue difícil para él decir, porque estaba tan celoso de David: "David, harás grandes cosas, y serás más poderoso." Después de esto, Saúl y su ejército regresaron a casa, y David y sus hombres regresaron a su escondite.

Dios, por medio de David, le había dado a Saúl una oportunidad más para arrepentirse. Por lo menos por un momento, el corazón de Saúl se conmovió por tal amor y bondad. Pero tristemente, él permitió que Satanás dominara su mente, y su amabilidad hacia David no duró mucho. David sabía esto, y todavía sentía que no era

seguro volver a su casa. Pero tuvo la paz de saber que había tratado a Saúl de la manera que Dios hubiera querido que lo tratara. ¿Cómo tratas a los que te lastiman? Pídele a Dios que te dé paciencia, paz y perdón hacia ellos, así como se la dio a David aquel día.

45. La peor decisión de Saúl

Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro. Hebreos 4:16 (RVR60)

 *1 Samuel 28, 31; 1 Crónicas 10:1-14 | Patriarcas y Profetas, capítulo 66*

Los filisteos le habían declarado la guerra a los israelitas. Saúl tenía miedo. Había estado tan ocupado persiguiendo a David que había dejado de proteger a su nación de los pueblos enemigos. Ahora los filisteos se habían fortalecido, y Saúl no estaba seguro de que fuera a ganar.

La tarde antes de la batalla, Saúl se sentía seguro que algo terrible estaba por suceder. Deseaba que Samuel estuviese vivo para poder pedirle consejos. Oró, pero no recibió respuesta de Dios. Dios no podía hablarle, porque él se rehusaba escuchar. Su corazón nunca se había arrepentido, y había cortado relaciones con todas las personas que Dios había intentado usar para alcanzarlo: ignoró a Samuel mientras vivía, había matado a todos los sacerdotes, y había intentado matar a David. De todas las formas, había demostrado que no estaba dispuesto a escuchar a Dios.

Ahora Saúl hizo algo terrible: decidió visitar a una adivina y consultarla. Una adivina es una persona que se comunica con los espíritus inmundos. Era difícil encontrar adivinos en Israel porque, cuando Saúl era un joven rey, él los había sacado a todos. Pero

encontró una escondida en un pueblo llamado Endor. Saúl se disfrazó para que nadie lo reconociera, y llevó a dos siervos con él para visitar a esta adivina durante la noche.

Si Saúl hubiera confiado en Dios y le hubiera obedecido, se hubiese sentido seguro como rey de Israel. Pero ¡ahora estaba por recibir consejos de Satanás! Al hacer esto, cerró su última oportunidad para reconectarse con Dios.

Cuando llegó Saúl, la adivina lo reconoció, aunque él se había disfrazado. Ella tuvo miedo, pero Saúl le prometió, "No te castigaré por hacer esto." Luego le pidió, "Trae a Samuel." ¿Podía ella realmente traerle a Samuel? No; él estaba muerto. Los muertos no pueden hablar ni moverse; están durmiendo hasta que venga Jesús a resucitarlos. En lugar de Samuel, un espíritu inmundo apareció haciéndose pasar por Samuel. Tenía el aspecto de Samuel, se movía y se vestía igual que Samuel y hasta sonaba igual que él, pero no era Samuel.

"¿Por qué me has molestado haciéndome venir?" preguntó el espíritu inmundo que se parecía a Samuel. "Estoy preocupado," contestó Saúl, "Los filisteos están contra mí, y Dios no me contesta. Necesito que me digas qué hacer." Satanás disfrutaba al ver que Saúl estaba tan ansioso y preocupado. Él había alejado a Saúl de Dios, y ahora lo hizo sentir peor que nunca. El espíritu inmundo dijo, "¿Por qué me preguntas, si Dios ya te ha abandonado? Dios te quitará el reino y se lo dará a David, porque no le obedeciste. Además, serás derrotado por los filisteos."

Estas eran palabras terribles a los oídos de Saúl. Eran verdad, pero lo hicieron sentir desesperado y sin esperanzas. Si le hubiera pedido a Dios que lo perdonara, y si hubiera estado dispuesto a escuchar a los mensajeros que Dios le enviaba, hubiera recibido

ayuda y consuelo. Pero cuando fue a Satanás, solo escuchó palabras de condenación y muerte.

Saúl sintió un peso tan grande de angustia y terror que cayó al suelo. La adivina tuvo miedo. No quería que el rey muriera en su casa; eso le causaría demasiados problemas. “Rey Saúl, he hecho lo que me pediste. Aquí tienes algo de comida. Por favor, ¡levántate y come!” Saúl rehusó comer, pero sus siervos le rogaron que hiciera lo que ella pedía. Finalmente, él aceptó la comida que le preparó la adivina, luego regresó a su campamento. Para ese entonces ya casi amanecía.

Saúl quedó tan lleno de horror después de lo que había visto y oído esa noche, que no pudo ser un líder fuerte para su ejército. Y por supuesto, no pudo ayudar a sus soldados a mirar hacia Dios para recibir ayuda. Los filisteos fueron más fuertes y mataron a muchos israelitas. Saúl y tres de sus hijos, incluyendo Jonatán, cayeron muertos. Luego él quedó herido, y supo que sus enemigos vendrían a él y lo torturarían. Le dijo a su escudero, “por favor, mátame con tu espada antes que me agarren los filisteos.” El escudero no quiso hacerlo. Entonces Saúl tomó una espada, se cayó sobre ella, y murió enseguida. El escudero hizo lo mismo.

Fue un día terrible para Israel. Los filisteos habían matado a muchos de sus hombres, incluyendo al rey. También entraron a los pueblos y se llevaron sus posesiones, y dijeron, “¡Nuestro ídolo, Dagón, nos ayudó a vencer a Israel hoy!” Dios fue deshonrado ese día a los ojos de los filisteos y los israelitas, porque el rey de Israel había elegido pedirle consejo a Satanás, después de ignorar el consejo de Dios durante varios años. Ese día Dios tuvo que retirarse y aceptar la decisión de Saúl de hacer las cosas completamente sin él, y las consecuencias fueron horribles.

La esperanza, el consuelo y la ayuda solo vienen de Dios. Satanás solo trae ruina y desesperación. De a poquito, Saúl fue rompiendo su conexión con Dios, hasta que no hubo más nada que Dios pudiera hacer por él. Dios anhela que nos acerquemos a él, que lo conozcamos más cada día para que podamos escuchar lo que nos quiere decir. ¿Le pedirás a Dios que te ayude a mantenerte conectado a él hoy?

46. David en Siclag

En el día que temo, yo en ti confío. Salmo 56:3 (RVR60)

 *1 Samuel 27, 29, 30 | Patriarcas y Profetas, capítulos 66, 68*

Un tiempo antes de esa terrible batalla en la cual murió el rey Saúl, David y sus hombres tuvieron que mudarse a la tierra de los filisteos. David le había pedido a Aquis, el rey filisteo, que lo protegiera. Este no era el plan de Dios, porque los filisteos odiaban a los israelitas. Sin embargo, Dios tuvo paciencia con David todo este tiempo, porque David todavía estaba tratando de adorar a Dios.

El rey Aquis fue bondadoso con David. Les dio a David y sus hombres la ciudad de Siclag para que se establecieran allí. Esta ciudad no estaba cerca de los demás pueblos filisteos, así que David y sus hombres podían adorar a Dios y mantenerse alejados de todos los ídolos filisteos.

Luego el rey Aquis se dio cuenta que el rey Saúl y su ejército eran débiles. “Ataquemos a Israel ahora,” dijo, “y pidámosle a David que se una a nosotros. Si de todas formas los israelitas no lo quieren.” Ahora David tenía un gran problema. Él no quería atacar a Israel; ¡Samuel lo había ungido para ese pueblo! Pero tampoco podía decirle que no al rey Aquis. Eso quedaría muy mal, porque este rey había sido tan bondadoso con David. ¿Qué podía hacer? David dijo algo que no era claro: “Rey Aquis, tú sabrás lo que tu siervo David puede hacer.” Esperaba que Aquis comprendiera que él *no podía* luchar contra Israel. Pero el rey Aquis entendió que David sí se le uniría.

David tenía una sensación horrible mientras él y sus hombres marchaban junto con el ejército filisteo hacia donde lucharían contra los israelitas. ¿Por qué había buscado protección entre los enemigos de Israel? ¿Por qué no había confiado en Dios completamente? David sabía que se había equivocado, y estaba arrepentido.

Dios en su bondad le ayudó a David a salirse de este embrollo. Los ángeles de Dios pusieron pensamientos en las mentes de los soldados filisteos, y éstos fueron a hablarle al rey Aquis. Dijeron, "David y sus hombres son israelitas. ¿Porqué están aquí? ¿Y si se ponen en contra nuestra y ayudan a los israelitas a ganar la batalla? ¡No olvides que David mató a Goliat!"

Al rey Aquis le caía bien David y confiaba en él, pero decidió hacerles caso a sus hombres. Bondadosa y pacíficamente les pidió a David y sus hombres que regresaran a casa. ¡Cuán fácil fue para Dios resolverle a David este problema tan difícil!

Ahora David y sus hombres regresaron a sus hogares en Siclag. Pero algo horrible había sucedido mientras estuvieron ausentes: ¡un grupo de amalecitas se había llevado todas sus esposas, hijos y posesiones, y habían quemado la ciudad! Los hombres de David estaban con corazones quebrantados. Dijeron airados, "¡Te vamos a apedrear, David! ¡Tú nos trajiste aquí al territorio enemigo! ¿Pensabas que estaríamos a salvo?"

Ahora David se sentía completamente solo. Se habían llevado su familia, y su rey, Saúl, lo había echado, el rey Aquis lo había enviado a su casa, y ahora sus hombres estaban enojados con él. Su único amigo en ese momento era Dios, y le oró. Dios lo consoló tiernamente. Utilizó al sacerdote Abiatar para darle un mensaje: "Ve tras los amalecitas. Podrás recuperar todo."

Los hombres de David se alegraron al escuchar lo que Dios había dicho. Los seiscientos hombres comenzaron a marchar rápidamente hacia donde estaban los amalecitas. Es más, marcharon tan rápido que doscientos de los hombres no pudieron seguir el paso. Se quedaron a descansar y a cuidar de las cosas de todos mientras los otros cuatrocientos hombres siguieron marchando.

Durante su marcha, los cuatrocientos encontraron a un egipcio tirado en el suelo. Estaba casi muerto de cansancio y hambre. Le dieron de comer y lo ayudaron. Él les dijo, "Yo era esclavo de los amalecitas. Me enfermé y no pude seguirles el paso, así que me dejaron aquí para morir." David dijo, "Por favor, llévanos a donde están los amalecitas. Prometemos protegerte."

Con la ayuda del egipcio, el ejército de David pronto llegó al campamento amalecita. Se encontraron con que los amalecitas estaban teniendo una gran fiesta, con comida y baile. Estaban disfrutando de todas las cosas que se habían robado de Siclag y de otras ciudades. Los hombres de David atacaron de inmediato, y ganaron con facilidad. Había miles de amalecitas allí, pero solo cuatrocientos se escaparon, porque huyeron sobre camellos.

¡Qué felices que estaban los hombres de David al reencontrarse con sus esposas e hijos otra vez! No faltaba ni una persona. Juntaron todo y comenzaron el feliz viaje de regreso a Siclag. No tardaron mucho en reencontrarse con los otros doscientos hombres que se habían quedado atrás para esperarlos.

Los cuatrocientos hombres que habían atacado a los amalecitas dijeron con egoísmo, "Estos doscientos hombres se quedaron atrás. Solo deberían recibir a sus esposas e hijos, pero ninguna de las posesiones, porque no lucharon." Pero David no estuvo de acuerdo.

“No,” dijo, “Todos recibirán lo mismo. Somos todos parte del mismo ejército.”

Fue un grupo muy feliz el que regresó a las ruinas de Siclag. Juntos comenzaron a reconstruir su ciudad mientras esperaban noticias de la batalla filistea contra el rey Saúl. Pero esta no era su tierra. ¿Cuándo volverían a Israel? David esperaba que fuese pronto. Al mirar atrás, deseó que siempre hubiese confiado completamente en Dios y que hubiera permanecido en Israel. Estaba agradecido que Dios había sido paciente y tierno con él en sus errores. Esto fortaleció su fe en Dios. ¿Irás a Dios cuando estás temeroso y preocupado? ¿Confiarás en que él está allí para ayudarte y guiarte?

47. David, el nuevo rey

[Sean] gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración. Romanos 12:12 (RVR60)

 *2 Samuel 1:1- 5:5; 1 Crónicas 11:1-3 | Patriarcas y Profetas, capítulos 68, 69*

David y su grupo llegaron a Siclag y comenzaron a reconstruirla. Solo tres días después vino un mensajero con noticias terribles. "¡El rey Saúl y tres de sus hijos están muertos!" dijo. El mensajero también agregó, "Yo le ayudé a Saúl a morir, porque él me lo pidió." Él esperaba que David lo recompensara por matar a Saúl. Pero David no estaba para nada complacido. Preguntó airado, "¿Por qué no tuviste miedo de matar al ungido del Señor?" En lugar de recompensarlo, David les ordenó a sus hombres que lo mataran.

David estaba genuinamente triste que Saúl y Jonatán habían muerto, y él y sus hombres hicieron luto por ellos hasta el anochecer. Después que pasó el tiempo de luto, David le preguntó a Dios, "¿Debería regresar a Judá?" "Sí," respondió Dios, "Ve a la ciudad de Hebrón en Judá."

El pueblo de Judá estaba feliz que David había regresado. Lo ungieron – su segundo ungimiento – y lo aceptaron como su rey.

El pueblo de Judá esperaba que todas las tribus israelitas aceptarían a David como su rey, pero no fue así. Abner, el capitán del ejército de Saúl, enseguida coronó a un nuevo rey para Israel: Isboset, el último hijo de Saúl que quedaba vivo. Abner estaba celoso de David: siempre recordó cuando David se había llevado la lanza y

el agua de Saúl mientras todos los soldados dormían, y la humillación que eso le hizo sentir. No quería que David fuese su rey.

Durante dos años, Is-boset fue rey de Israel, y David fue rey de Judá. A veces los ejércitos de ambos reinos luchaban: Abner dirigía el ejército de Is-boset, y Joab[5] dirigía el ejército de David. Durante una de estas luchas, Abner mató al hermano de Joab. Joab nunca olvidó esto, y odiaba a Abner.

Unos meses después, a Abner le dejó de gustar el rey Is-boset. "David es mejor y más fuerte," pensó, "así que ahora quiero ayudarle a David a ser rey de todo Israel." Fue hasta David y le dijo, "Te ayudaré a ser rey de todas las tribus de Israel." Abner había sido el enemigo de David, pero ahora ellos se hicieron amigos. David trató a Abner con bondad y le dijo, "Sí, acepto tu ofrecimiento." Pero había un hombre que no estaba feliz que David y Abner eran amigos: este hombre era Joab. "Abner mató a mi hermano," pensó Joab, "Lo odio, y no confío en él. No debería llegar a ser uno de los hombres importantes de David." Joab llamó a Abner para que viniese a él, y lo mató allí mismo.

El rey David se puso mal cuando escuchó que Joab había matado a Abner. "No quiero que las demás tribus me culpen por la muerte de Abner," dijo. Hizo arreglos para que se hiciera un buen funeral para Abner, y dejó en claro que nunca había querido matarlo. Pero en cuanto a Joab, David decidió, "No lo mataré. Él hizo esto por su hermano. Permitiré que Dios decida lo que ocurrirá con él." Cuando los líderes de Israel vieron que David había sido bondadoso con Abner, sintieron admiración por él y les cayó bien.

---

[5] Joab era el hermano de Abisai. Abisai fue el amigo que le ayudó a David cuando tomó la lanza y el agua de Saúl mientras éste dormía. Joab y Abisai también eran sobrinos de David, hijos de su hermana. Abner mató a Asael, el hermano de Joab y Abisai.

David continuó pacientemente siendo rey solamente de Judá, pero no pasó mucho tiempo antes que otros de Israel también quisieran que él fuese su rey. Podían ver que Is-boset no era un buen rey. Finalmente, dos de los siervos del rey Is-boset lo mataron mientras éste dormía. Estos sirvientes pensaron que el rey David los recompensaría por hacer esto, pero en cambio, David les dio muerte. "¿Cómo podían matar a un buen hombre que estaba durmiendo en su propia casa?" preguntó David, indignado. Quería que todo Israel supiera que él no era responsable de la muerte de Is-boset.

Después que murió Is-boset, el resto de los líderes de Israel vinieron a David. "Queremos que seas nuestro rey," le dijeron. Ahora ungieron a David como rey de Israel – su tercer ungimiento. Miles de personas gozosas vinieron a observar el momento en que lo coronaban rey. David había esperado pacientemente durante muchos años, y ahora Dios había abierto el camino para que él fuese rey de Israel.

David había esperado con paciencia que Dios le mostrara cuándo debía ser rey. Todos estos años, había pasado tiempo conociendo a Dios y aprendiendo su voluntad. No había intentado hacerse rey. Y ahora, finalmente, todo Israel quería que él fuese su líder. Nosotros tampoco necesitamos preocuparnos de cómo hacernos importantes. Lo único que necesitamos hacer es conocer a Dios y pasar tiempo con él. Él nos pondrá donde necesitamos estar. Si conocemos a Dios, estaremos satisfechos, ya sea que tengamos puestos altos o no. ¿Pasarás tiempo con Dios hoy para conocerlo más?

48. Las batallas del rey David

Alabad a Jehová, invocad su nombre;
Dad a conocer sus obras en los pueblos. Salmo 105:1 (RVR60)

 *2 Samuel 5:6-25; 8; 10; 1 Crónicas 11:4-9; 18; 19; 20. | Patriarcas y Profetas, capítulo 70*

Todo Israel ahora aceptaba a David como su rey. Él decidió mudar la capital de su reino de Hebrón a la ciudad de Jebús. Pero antes de poder vivir allí con seguridad, tendría que deshacerse de los cananeos que vivían allí, los jebuseos. Como esta gente era idólatra, y hacía mucho tiempo que había perdido la protección de Dios, David y su capitán Joab pudieron hacer la conquista con facilidad. David pronto se mudó a esta ciudad y le cambió el nombre a Jerusalén. Desde ese entonces, los israelitas siempre la llamaron Jerusalén, la ciudad de David.

Las naciones alrededor de Israel comenzaron a ver que el reino de David se estaba fortaleciendo. El rey de Tiro decidió que sería mejor hacerse amigo de David. Le dijo a David, “Te ayudaré para que puedas construir tu palacio.” Le envió madera, materiales de construcción y obreros, y pronto David tuvo un palacio cómodo donde vivir.

Otras naciones no fueron tan amigables. Los filisteos estaban celosos del poder de David, así que decidieron atacar. David llevó a sus hombres a Jerusalén por seguridad, luego le preguntó a Dios,

"¿Deberíamos enfrentar a los filisteos?" Dios respondió, "Ve; los entregaré en tus manos." Animado, David llevó a su ejército y luchó en contra de los filisteos, y ganó.

Pero los filisteos decidieron intentarlo nuevamente. Reunieron un ejército aun mayor y se prepararon para la batalla. Una vez más, David le preguntó a Dios qué hacer. Dios le dijo, "Esta vez, no vayan directamente a donde están ellos. Rodéenlos hasta que lleguen a unos árboles de mora. Luego esperen. Cuando oigan el sonido como de marcha sobre las copas de los árboles de mora, pueden moverse. Iré delante de ti al campamento de los filisteos."

Estas habrán parecido instrucciones muy raras, pero David confió en Dios y siguió sus instrucciones. La Biblia dice que Dios "hirió" al campamento filisteo: esto significa que, como habían rechazado su invitación de dejar de pecar, él los entregó: dejó de protegerlos y abrió una brecha, de manera que sus enemigos (David y sus hombres) pudieron hacer lo que quisieran con ellos.

De repente escucharon un sonido aterrador desde las copas de los árboles: un ruido de marcha. Esto asustó mucho a los filisteos, y huyeron despavoridos. Los soldados israelitas podrían haber terminado la batalla allí mismo, pero persiguieron a los filisteos y los mataron. Los filisteos probablemente hubieran muerto o se hubieran ido lejos sin necesidad de que los israelitas mataran a ninguno.

Después de esto, el rey David y su reino disfrutaron de un periodo de paz. Durante este tiempo, él trajo el arca a Jerusalén e hizo que el pueblo volviera a adorar a Dios. Por mucho tiempo, ninguna de las naciones vecinas tuvo ganas de atacar a Israel.

Luego David peleó algunas batallas más, y su ejército venció. Después de esto, varias de las naciones vecinas tuvieron que pagarle impuestos a David. Hubo después otra gran batalla, una que David

nunca había querido. Pero después de esta batalla, el reino de David terminó siendo dueño de toda la tierra que Dios le había prometido a Abraham.

Todo comenzó cuando David se enteró que el rey de los amonitas había muerto. David llamó a algunos sirvientes y dijo, "Quiero que lleven un mensaje al rey Hanún, el hijo del rey que murió. El padre de Hanún fue muy bondadoso conmigo cuando yo huía del rey Saúl, así que quiero enviarle un mensaje de consuelo y bondad."

Lamentablemente, el rey Hanún no creyó que David podría ser tan bondadoso. Sus hombres le dijeron, "No confíes en David. Envió a estos hombres para que nos espíen. Nos atacará." En aquellos días, era costumbre tratar bien a los mensajeros, pero el rey Hanún trató muy mal a los enviados de David. Les rapó la mitad de sus barbas y les cortó las vestiduras al medio. Los hombres se sintieron terriblemente humillados. Ahora no tenían ropa decente para ponerse, y la mitad de su cara estaba rapada. Los hombres israelitas siempre usaban barba; se sentían incómodos sin ellas. El rey Hanún insultó a la nación israelita al hacer esto.

Ahora el rey Hanún dijo, "Israel me atacará por cómo traté a sus mensajeros. Invitaré a otros reyes que se unan a mí en batalla." Reunió un gran ejército junto con las naciones vecinas, y pronto lucharon en contra del ejército de Joab. Joab animó a sus hombres, diciéndoles, "Tengan coraje. Seamos valientes por nuestro pueblo y nuestro Dios. Que el Señor haga lo que es bueno a su vista." El ejército de Joab ganó la batalla, pero pronto el rey Hanún y sus amigos atacaron nuevamente. Esta vez, el rey David se unió en la batalla con aun más soldados y ganó Israel. Después de esto, toda la región llegó a estar dominada por Israel y tuvieron que pagarle impuestos al rey David.

Ahora toda nación vecina de Israel podía ver claramente que Dios estaba con David. “El Dios de Israel les da una protección especial,” notaron. Sí, Israel era fuerte ahora, porque el pueblo había regresado a Dios según lo que ellos comprendían acerca de Dios en ese momento. Dios había estado esperando esto durante mucho tiempo: había añorado que los israelitas le adoraran y recibieran sus bendiciones completas. Ahora Israel estaba disfrutando de estas bendiciones, y las demás naciones podían verlo.

Dios quiere hacer lo mismo por nosotros. ¿Pueden los que te rodean ver que Dios está contigo? ¿Pueden aprender de él a través de ti? Pídele que esté contigo y te use para que otros puedan conocerlo.

49. El arca llega a Jerusalén

Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; Hebreos 12:28 (RVR60)

 *2 Samuel 6; 1 Crónicas 13:1-16:43 | Patriarcas y Profetas, capítulo 70*

Llegó el momento en que traerían el arca de Quiriat-jearim a Jerusalén. Durante muchos años, el arca había estado en la casa de un hombre llamado Abinadab. Había estado allí desde que los filisteos la devolvieron en un carro.

David preparó una carpa para el arca, luego reunió a los líderes de Jerusalén para una ceremonia especial. Miles de personas se reunieron para ver esta ocasión gozosa. El arca fue llevada desde la casa de Abinadab y colocada sobre un carro. Nadie la cubrió. Los hijos de Abinadab, Uza y Ahío, manejaban el carro. Los hombres de Israel lo seguían, cantando alegremente y tocando instrumentos de alabanza a Dios.

Lo que la gente no sabía era que Uza tenía pecados sin confesar en su corazón. No sabemos qué pecado era este, pero entre otras cosas, debe haber estado celoso porque su hermano menor iba delante de él. Esto significaba que su hermano menor estaba recibiendo mayor honor que él, aunque él era el hermano mayor. Su pecado estaba alejando la protección de Dios de él, y encima de eso,

la manera en la que estaban transportando el arca ya estaba completamente errada.

Los israelitas habían recibido instrucciones claras de Moisés en cuanto a cómo transportar el arca: debía ser cubierta y colocada sobre barras, y los coatitas (una familia entre los levitas) tenían que cargar esas barras sobre sus hombros. ¿Por qué los israelitas habían elegido un carro? Los filisteos habían usado uno porque no sabían cómo se debían hacer las cosas, pero los israelitas no tenían excusa. La protección no estaba con los israelitas en ese momento, y Satanás vio su oportunidad para atacar. Los bueyes sacudieron el carro, y Uza vio que sería una buena idea sostener el arca para que no se cayera. Estiró su brazo y sostuvo el arca sin siquiera pensar en cuán santa era, y al instante cayó muerto al suelo.

La gente estaba sorprendida y asustada. ¡Parecía como si Dios se había enojado y había matado a Uza! Pero Dios no había sido el que lo hizo; lo que sucedió fue que Dios ya hacía mucho que no había podido proteger a Uza, porque sus pecados lo separaban de Dios. Satanás hubiera podido matar a Uza mucho antes; ya había una brecha, una separación, entre Uza y Dios, lo cual lo dejó sin la protección de Dios. Pero Satanás esperó hasta el momento oportuno para hacerlo – un momento en el cual todos pensarían que Dios lo había hecho porque se había airado.

Todos estaban aterrorizados, y David estaba muy triste. ¿Por qué había sucedido esto? David decidió dejar el arca en una casa cercana y orar acerca de lo que había ocurrido. Un hombre llamado Obed-edom vivía cerca. Tembló ante la idea de tener el arca en su casa, pero la aceptó.

Durante tres meses, David y el resto del pueblo pensó en cuánta reverencia había que tener con las cosas de Dios. David se dio cuenta

que no habían seguido en absoluto las instrucciones de Dios. Sintió ánimo cuando escuchó que el hogar de Obed-edom había recibido muchas bendiciones desde que colocaron el arca allí.

"Ahora traeremos el arca a Jerusalén, pero esta vez lo haremos correctamente," anunció David. Los líderes de Israel se reunieron nuevamente, y miles de personas observaron mientras el arca, cubierta, fue cargada reverentemente en barras que se colocaron sobre los hombros de los coatitas. Los coatitas eran los descendientes de Coat, uno de los hijos de Leví. Ellos tenían la tarea especial de cargar el arca. En el camino, varias veces se detuvieron para ofrecer sacrificios de becerros y terneros a Dios. Dios no había pedido estos sacrificios de animales, pero David sentía que lo tenía que hacer de todas maneras. Y, así como Dios lo ha tenido que hacer tantas veces, pasó por alto la ignorancia de ellos y los aceptó.

Mientras llevaban el arca, la gente cantaba alabanzas a Dios y tocaba instrumentos. David quería que la gente se enfocara solo en Dios y no en su rey, así que se quitó sus vestimentas reales y se puso un simple efod blanco de lino. Estaba tan lleno de gozo que danzó y tocó música en el camino. Con cantos gozosos, el arca y la gente entraron por las puertas de Jerusalén, y se colocó el arca dentro de la carpa que David había preparado para ella.

Ahora David ofreció más sacrificios de animales. Luego bendijo a la gente. Les dio de comer y ofreció jugo de uva para beber, y la gente se fue de allí feliz y agradecida. Luego David regresó a su casa. "Quiero bendecir a mi familia y a mis sirvientes ahora," pensó David.

Pero antes que llegara a su casa, su primera esposa, Mical (la hija de Saúl) se encontró con él. Saúl la había entregado a otro hombre, pero David la recuperó cuando se hizo rey de Judá. Mical lo había visto bailando en un simple efod blanco, y no le gustó. Le dijo, "¿No

te da vergüenza? Tú, el rey, vestido con tan poco frente a todos tus siervos. ¿Cómo puedes hacer eso siendo rey?"

David se sintió triste que a Mical no le importara el servicio de Dios. Ella no pensaba que hubiera ocurrido algo tan especial ese día. Él le contestó, "Lo hice ante el Señor. Él me eligió a mí en lugar de tu padre, así que tocaré música para el Señor. Y mis siervos me respetarán." Lamentablemente, Mical se perdió de bendiciones porque no estaba interesada en las cosas de Dios.

El arca ahora estaba segura en Jerusalén. David y su pueblo comprendieron lo importante que era seguir las instrucciones de Dios para que él pudiese darles toda su protección y bendiciones. Estaban listos para adorar a Dios, abandonar sus ídolos, y seguirlo completamente. Esta decisión les trajo paz y gozo. Nosotros también estamos invitados a entrar dentro del cerco de protección de Dios. Sus leyes están allí para protegernos. Él quiere bendecirnos y darnos vida. ¿Le pedirás que te ayude a mantenerte siempre dentro de su cerco de protección?

50. La promesa de Dios a David

Porque sol y escudo es Jehová Dios; gracia y gloria dará Jehová. No quitará el bien a los que andan en integridad. Salmo 84:11 (RVR60)

 *2 Samuel 7; 1 Crónicas 6:31-48; 17 | Patriarcas y Profetas, capítulo 70*

David y los israelitas habían traído el arca de Quiriat-jearim a Jerusalén con mucho regocijo y celebración. Ahora que el arca finalmente estaba en Jerusalén, David hizo todo lo que pudo para ayudar a incentivar la adoración de Dios en el santuario. Él quería traer al pueblo nuevamente a Dios. Como David era buen poeta y músico, escribió varios cantos, o salmos. Muchos de sus cantos están en el libro de los Salmos. Él quería que éstos fuesen aprendidos y cantados por todo el pueblo, no solo los sacerdotes. A la gente le gustaba cantar los salmos de David, especialmente durante sus viajes a Jerusalén para celebrar las fiestas cada año. David también se aseguró que hubiese hermosa música durante los servicios del tabernáculo, y organizó a los cantantes del tabernáculo. Todos estos cantantes eran de la tribu de Leví. Los principales cantantes eran Asaf, Hemán y Etán, pero trabajaban junto con varios otros cantantes. Habrá sido maravilloso escuchar música hermosa, organizada y bien preparada durante cada servicio.

A medida que los israelitas veían que el rey David estaba incentivando la adoración de Dios en su santuario, comenzaron a perder interés en sus ídolos. Habían pasado muchos años desde que

los israelitas habían adorado a Dios verdaderamente de todo corazón. Ahora que habían regresado a Dios y querían tenerlo en sus vidas, él pudo bendecirlos y protegerlos, y la nación israelita se fortaleció. Las naciones vecinas se dieron cuenta de esto. "A Israel les está yendo muy bien. Tienen un buen Dios," comenzaron a decir.

David también tenía otro plan. Llamó a Natán el profeta y le dijo, "Ya me he construido un hermoso palacio, pero el arca del Señor sigue estando en una carpa. Quiero construir un templo para el Señor." A Natán le pareció una buena idea y animó a David, diciendo, "Haz lo que está en tu corazón; el Señor está contigo." No se le ocurría ninguna razón por la cual David no debería construir un hermoso templo para el Señor. Ahora Israel estaba disfrutando de un periodo de paz, y ¿qué mejor tarea podría hacer David, que construir el templo del Señor?

Sin embargo, esa noche Dios vino a Natán con un mensaje. Bondadosamente, Dios le dijo, "Dile a David que él no construirá mi templo." ¿Será que Dios estaba disgustado con David? No, no lo estaba; pero había una razón importante por la cual David no sería el que construiría el templo.

Dios siguió diciendo, "Yo estoy con David, y me aseguraré que su familia permanezca en el trono para siempre." Dios no le quitaría el trono a la familia de David como lo había tenido que hacer con Saúl. Pero en nuestros días no hay un rey y de Israel. No hay nadie de la familia de David que sea un rey terrenal en este momento. ¿Por qué, entonces, había dicho esto Dios? Lo dijo porque Jesús, el Mesías, nacería de la familia de David. Y cuando Jesús venga por nosotros y establezca su reino, será nuestro rey. Es más, Jesús quiere ser el rey de nuestras vidas en este mismo momento; quiere guiarnos y

ayudarnos. En Jesús, la familia de David siempre seguirá estando en el trono.

Luego Dios dijo, "Después que muera David, su hijo Salomón será rey y construirá mi templo. David no puede construir mi templo porque ha peleado muchas guerras y mató a mucha gente. Pero Salomón será un hombre de reposo, y él construirá mi templo." Dios es el Dios de la vida y la paz; no es un Dios de muerte. Por esta razón, era mejor que David, quien había matado a tanta gente, no fuese quien construyera el templo. Sin embargo, Dios quería que David supiera que lo amaba y bendeciría a su familia.

Natán le dio a David este mensaje de Dios. David escuchó y estuvo agradecido. "No soy digno, O Señor; ¿por qué mi familia es tan importante que harías todo esto por mí?" David humildemente se sintió honrado que Dios mantendría a su familia en el trono para siempre. Podría haberse puesto celoso que no sería el que construiría el templo, pero comprendió y aceptó lo que Dios le estaba diciendo. Con alegría trabajó donde Dios lo necesitaba: estableció un reino fuerte, trajo al pueblo nuevamente a la adoración de Dios, y escribió hermosos poemas y canciones para ellos. La obra de David haría que fuese más fácil para que su hijo, Salomón, construyera el templo más adelante. David se enfocó en la bondad de Dios y en sus promesas hacia él y su familia.

Dios también tiene hermosas promesas para ti. Quiere bendecirte, ayudarte y usarte. ¿Le pedirás que te muestre lo que quiere que hagas? ¿Serás paciente y confiarás si los planes de Dios son diferentes a los tuyos? Pídele que te dé fe en sus promesas hacia ti.

51. La lealtad de David

El que sigue la justicia y la misericordia
Hallará la vida, la justicia y la honra.
Proverbios 21:21 (RVR60)



2 Samuel 4:4; 9; 23:13-17; 1 Crónicas 11:15-47 | Patriarcas y Profetas, capítulos 70, 72

El pueblo amaba a David porque él era humilde y leal. Cuando se hizo rey de Israel, reunió a los hombres más fuertes y valientes para que lo acompañaran en batalla. Estos hombres confiaban en David y lo respetaban, porque él era humilde y respetuoso hacia ellos, aunque era el rey.

Una vez, cuando el ejército de David estaba en guerra contra los filisteos, él y sus hombres estaban escondiéndose en la cueva de Adulam. David tenía mucha sed, y no había agua en la cueva. La única manera de conseguir agua era yendo al pozo de Belén. Pero este pozo estaba lejos, y los filisteos estaban cerca del pozo. “Oh, ¡ojalá alguien me pudiera dar agua del pozo de Belén!” dijo David. No esperaba que nadie le consiguiera agua. Pero para su gran sorpresa, tres de sus valientes decidieron conseguirle agua. Caminaron cuarenta kilómetros y llegaron al pozo de Belén. Lograron conseguir agua de este pozo sin que los descubrieran los filisteos, y se la trajeron a David.

David se conmovió por el acto bondadoso y valiente de sus hombres. Pero sintió que sería egoísta de su parte tomar esa agua. ¡Ellos habían arriesgado sus vidas para hacer esto por él! Aunque

tenía sed, dijo, “Le entregaré esta agua al Señor,” y la derramó en el suelo. Eligió esperar hasta que él y todos sus hombres pudieran beber agua juntos. “David valora nuestras vidas,” se dijeron los hombres, “y él nunca nos dará órdenes solo para beneficiarse a sí mismo. Le importamos.”

Hubo otra ocasión en la cual el pueblo de David vio cuán bueno era. David nunca olvidó a su amigo Jonatán y la promesa que le había hecho. Un día llamó a uno de los siervos de Saúl, Siba. “Quiero mostrar mi bondad hacia la familia de Jonatán. ¿Hay alguno de sus familiares que sigue vivo?”

“Sí,” contestó Siba, “Mefi-boset, el hijo de Jonatán, todavía vive. No puede caminar. Quedó cojo cuando Saúl murió. Era un niñito, y todos estaban intentando escapar de la ciudad antes que llegaran los filisteos. Su nodriza lo llevaba en brazos y sin querer lo dejó caer. Desde ese entonces, no ha podido caminar.”

“Traigan a Mefi-boset,” ordenó David. Mefi-boset vino a David, pero le tenía miedo. No lo quería a David para nada. “David ocupó el trono de mi abuelo,” pensaba Mefi-boset. Pero en cuanto conoció a David, cambió de parecer. David lo trató con bondad. “No tengas miedo. Quiero tratarte con bondad por causa de tu padre Jonatán,” le explicó David, “Te devolveré toda la tierra que pertenecía a Saúl. Siba y sus hijos serán tus siervos y cuidarán de tu tierra. Y tú puedes vivir conmigo, y comerás todos los días de mi mesa.” Desde aquel día, Mefi-boset amó a David.

Los israelitas escucharon cómo David trataba a sus hombres y a sus amigos, y lo amaron. Estaban agradecidos de tener un hombre tan bondadoso, leal y humilde como rey. Por medio de David, pudieron comprender mejor que Dios es un rey bondadoso y leal. Esto les hizo más fácil poder confiar en Dios y seguirlo de verdad. La bondad de

David venía de Dios. Esta bondad le ayudó a David a fortalecer su reino, y trajo al pueblo más cerca de Dios. ¿Deseas ser leal y bondadoso hacia otros, también? Jesús puede ayudarte a ser de esta manera, porque así es su carácter. Lo único que necesitas hacer es pedirle que haga esto por ti.

52. El pecado y el arrepentimiento de David

1.

Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente. Salmo 51: 10-12 (RVR60)

 *2 Samuel 11, 12 | Patriarcas y Profetas, capítulo 71*

Israel todavía estaba en guerra, luchando contra los amonitas. Acababan de derrotar a los sirios, así que la guerra iba muy bien. David se quedó en su palacio mientras esperaba que su ejército terminara la batalla. Durmió una larga siesta, luego se levantó de su cama en la tarde y fue al techo de su palacio para mirar hacia abajo. ¿Por qué David estaba tan relajado, sin hacer nada útil, mientras sus hombres peleaban en la batalla? David se olvidó que su reino era tan exitoso porque Dios lo estaba bendiciendo. Pensó, "¡Qué bien le está yendo a mi reino!" Había dejado de aferrarse a Dios y depender de él.

Mientras David caminaba en su techo, miró hacia el techo de otra casa que estaba cerca. Una mujer se estaba bañando allí. Él pensó que ella era muy hermosa, y la invitó a venir a su palacio. La trató como si fuese su esposa. Pero esto estaba muy mal: David ya estaba casado, y esta mujer también lo estaba. Su nombre era Betsabé, y ella estaba casada con Urías el heteo, uno de los mejores

soldados de David. Mientras Urías peleaba en la batalla, David hizo esta cosa terrible.

Luego Betsabé descubrió que estaba embarazada. Ahora David supo que estaba en problemas. “Traeré a Urías de la batalla para que pase tiempo con su esposa. Entonces pensará que el bebé es suyo,” pensó David. Pero cuando Urías vino, no quiso entrar a su casa. “¿Cómo puedo dormir en mi cama cómoda, comer comida deliciosa y pasar tiempo con mi esposa, si todos mis amigos están luchando en la batalla?” dijo Urías. En lugar de ir a su casa, durmió a la entrada del palacio de David, con los siervos de David. Al día siguiente, David intentó emborrachar a Urías. Tenía esperanzas que de esa manera él iría a pasar tiempo con su esposa. Pero Urías no se fue a su casa.

Ahora David pensó en otro plan, uno muy malvado, para salir de su problema. Le envió una carta a Joab, su capitán. “Joab, ubica a Urías justo al frente de la batalla, y no lo protejas, para que muera,” escribió David. Joab tendría que haber rehusado hacer algo tan horrible, pero le obedeció a David, y Urías murió en la batalla.

Después que Urías murió, David se casó con Betsabe y ella fue una más entre sus muchas esposas. Él pensaba que ahora estaría a salvo de su pecado, y que nadie más sabría lo que él había hecho. Pero Dios lo sabía, y estaba entristecido por lo que David había hecho. Algunos de los sirvientes de David también lo sabían. Pronto todos lo sabrían, y los israelitas perderían algo de su respeto hacia David. Algunos de ellos también pensarían que, si David podía robarse la esposa de alguien, entonces ellos también lo podrían hacer.

Dios envió al profeta Natán para hablarle a David. Natán le dijo a David, “Había dos hombres. Uno era muy rico y tenía miles de ovejas. El otro era pobre y tenía una sola oveja. Él crio esta oveja en su casa como una mascota con sus hijos. La ovejita dormía en su

pecho y comía de su mano. Era como parte de la familia. Un día el hombre rico tuvo visitas. Quería darles de comer, pero no quiso matar a ninguna de sus miles de ovejas. En cambio, tomó la ovejita del hombre pobre, la mató y la cocinó para sus visitas."

El rey David se enojó cuando escuchó esta historia. "¡Ese hombre debe morir!" dijo, "y ¡debería devolver cuatro veces lo que tomó!" Natán valientemente le dijo a David, "Tú eres ese hombre. Dios te dio tanto, pero mataste a Urías y tomaste a su esposa." ¿Aceptaría David estas palabras? Natán siguió hablando. Quería que David supiera cuáles serían las consecuencias naturales de su acto, "Ahora la espada siempre estará en tu casa. Tendrás problemas en tu propia casa."

David escuchó con el corazón roto. Sabía que Natán tenía razón. "He pecado contra Jehová," dijo. Natán estaba feliz que David se estaba arrepintiendo. ¿Y si David, en cambio, se hubiera enojado? Ahora Dios podría volver a obrar por medio de David. Natán dijo, "Dios te perdona. No morirás. Pero el niño que tuviste con Betsabé morirá, porque tu pecado les ha dado a los enemigos de Dios una oportunidad de hablar mal de él, porque piensan que él acepta ese comportamiento."

La gente miraba a David y decía, "Si David pudo pecar así, entonces el pecado no es tan malo." Por supuesto, esto no era verdad, así que Dios tuvo que permitir las consecuencias naturales del pecado de David. Tuvo que dar un paso atrás y permitir que Satanás atacara para mostrarle al pueblo cuán letal es el pecado.

El bebé de David y Betsabé enfermó y murió. David estaba muy triste, pero entendió que este era el resultado de su pecado. Hubo más resultados tristes: David se sintió incómodo con la idea de corregir a sus hijos cuando hacían algo malo, porque todos ellos

sabían la cosa terrible que él había hecho. Sus hijos se volvieron más egoístas y malcriados después de eso, y esto causó muchos problemas.

Dios no protegió a David de las consecuencias de su pecado, pero lo perdonó completamente y comenzó a obrar por medio de él otra vez. David fue consolado por el amor y el perdón de Dios, y escribió una hermosa canción, el Salmo 51, que nos cuenta cuán arrepentido estaba por su pecado, y cómo Dios pudo darle un corazón limpio nuevamente.

Dios anhela perdonar nuestros pecados y restaurarnos. Perdonó a David y lo consoló. No abandonó a David. Tampoco nos abandonará a nosotros. Si te sueltas de Dios y olvidas confiar en él, y eso te lleva a pecar, él siempre te volverá a recibir, porque su amor dura para siempre. Cuando te arrepientes (cuando regresas a Dios), le estás mostrando que confías en que él te ha perdonado, y que te hará mejor, así como lo hizo con David. Pídele que te ayude a mantenerte cerca de él hoy y siempre.

53. Amnón y Absalón

Los malos deseos dan a luz el pecado. Después, cuando el pecado se desarrolla completamente, da a luz la muerte. Santiago 1:15 (NBV)

2 Samuel 13, 14 | Patriarcas y Profetas, capítulo 72

David había pecado contra Dios. Había tomado la esposa de Urías, y se había asegurado que Urías muriera en una batalla para que nadie se enterara de lo que había hecho. Pero la gente *sí* se enteró, y más que nada, *Dios* sabía lo que había sucedido. David se dio cuenta de cuán terrible era lo que había hecho, y se arrepintió profundamente. Pero durante muchos años, su familia tuvo problemas. Esta fue una consecuencia de su pecado.

Después que David murió, se sintió mal al corregir a sus hijos. ¿Cómo podía decirles que estaban equivocados, cuando él también había estado equivocado? Lentamente se fue dando cuenta que algunos de sus hijos se estaban volviendo egoístas, malcriados y malvados. Como David tenía muchas esposas, también había celos entre los muchos hijos de David.

En esta historia, veremos lo que sucedió con tres de los hijos de David: Amnón, Absalón y Tamar. Amnón era el hijo primogénito de David; su madre era Ahinoam. Absalón y Tamar ambos tenían la misma madre: Maaca, hija del rey de Gesur. Así que aunque Absalón, Tamar y Amnón eran hermanos, Amnón tenía una madre, y Tamar y Absalón tenían otra.

Un día, Amnón hizo algo terrible. Engañó a su media-hermana Tamar y la trató muy mal. Lo que Amnón le hizo fue horrible. Todos pensaban que él debía ser castigado, pero David no le hizo nada.

Absalón, el hermano de Tamar, se enojó muchísimo con Amnón por lo que hizo, y también se airó con su padre, David, por no castigar a Amnón. "Si nuestro padre no lo castiga, entonces yo lo haré," pensó con enojo. Esperó una oportunidad para hacer esto.

Pasaron dos años, y Amnón nunca se arrepintió de lo que le había hecho a su media-hermana Tamar. Entonces Absalón encontró una oportunidad para vengarse de Amnón: planificó un banquete e invitó a todos sus hermanos. Ahora que todos los hermanos estaban juntos, Absalón le pidió a uno de sus siervos que matara a Amnón, y éste lo hizo. Cuando los hermanos vieron que Amnón estaba muerto, se subieron a sus mulas y huyeron lo más rápido posible; ¡no querían que nadie los matara! Absalón también huyó. Tuvo miedo de lo que le haría su padre por matar a Amnón, así que se fue al país de Gesur. El rey de Gesur era su abuelo, y allí se sentía seguro.

David se sintió muy triste por la muerte de Amnón. No había castigado a Amnón cuando tendría que haberlo hecho, pero ahora sentía que tenía que castigar a Absalón. "Ahora Absalón no tiene permiso para regresar a Israel, porque mató a su hermano," ordenó David. Durante tres años, Absalón permaneció en Gesur.

Joab, el capitán del ejército de David, sabía que David extrañaba a Absalón. Por supuesto, David siempre amaría a su hijo, sin importar lo que hubiera sucedido. Joab decidió ayudar a que se reconciliaran. Para hacer esto, Joab envió una mujer para que hablara con David. Ella le contó al rey David una historia: "Soy viuda y tengo dos hijos. Un día ellos se pelearon, y uno mató al otro. Ahora todos mis parientes quieren que mi hijo muera por haber matado a su hermano.

Pero si él muere, no quedará nadie para llevar el nombre de la familia." Entonces el rey David le dijo, "Yo protegeré a tu hijo. Nadie debería quitarle la vida."

La mujer entonces le dijo a David, "¿Puedo decirle algo al rey?" "Habla," dijo David. La mujer, con valentía, dijo, "¿Por qué estás protegiendo a mi hijo, pero no permites que tu propio hijo regrese? ¿Por qué haces esto contra el pueblo de Dios? Tú sabes que todos debemos morir, y que somos como agua derramada que no puede volver a juntarse. Sin embargo, Dios no quitaría la vida de nadie; siempre buscaría la forma de ayudar a que esa persona regrese a él."

Ahora David se dio cuenta que alguien había enviado esta mujer con este mensaje para que él perdonara a Absalón. "Dime," le preguntó, "¿Joab te envió aquí para que dijeras estas palabras?" "Sí," admitió ella, "Fue idea de Joab. Él me dijo qué decir."

David decidió hacerle caso al consejo de Joab. Lo llamó y le ordenó, "Ve y trae a Absalón." Joab estaba más que feliz que David permitiera que Absalón vuelva. Viajó a Gesur y trajo a Absalón a su casa. Pero el rey David dijo, "Absalón no puede entrar a la corte del rey, y todavía no verá mi rostro. Pero puede volver a vivir en su propia casa."

Durante dos años, Absalón vivió en su casa, pero no pudo ver a su padre, David. Finalmente, se cansó de esperar. "Quiero que Joab me ayude a encontrarme con mi padre," pensó. Llamó a Joab, pero Joab no vino a verlo. "Haré que Joab venga ahora," pensó Absalón. Les pidió a sus sirvientes que quemaran el campo de Joab.

¡Por supuesto que ahora Joab vino enseguida a ver a Absalón! "¿Por qué tus siervos están quemando mi campo?" preguntó, enojado. "Solo quería que me vengas a ver," contestó Absalón, "Quiero ver a mi padre. Por favor, habla con él." Así era Absalón: tan

egoísta como el hermano al que había matado. ¿Era necesario destruir el campo de Joab solo para poder hablar con él?

Joab fue a ver a David y le pidió que se encontrase con Absalón. Por fin, David y Absalón se encontraron. No se habían visto por cinco años. Absalón se inclinó ante su padre, y David besó a su hijo. David estaba listo para perdonar a Absalón y que las cosas volvieran a ser como antes. Había extrañado mucho a su hijo y quería verlo. También extrañaba a Amnón, el hijo que había muerto.

De a poquito, David estaba comenzando a ver los tristes resultados de su pecado en su familia. Dios le había dicho por medio del profeta Natán que habría matanza en su familia. Ahora David, y todo Israel, podía ver que el pecado realmente trae consecuencias horribles. Su único consuelo era que Dios lo amaba y perdonaba. Pero ¡cuánto mejor hubiera sido si él siempre se hubiera mantenido cerca de Dios, y nunca hubiera pecado con Betsabé! Les hubiera ahorrado a él y a sus hijos tanto dolor y tristeza. Dios quiere salvarte del pecado y de sus consecuencias horribles. Te invita para que vengas a él, te mantengas cerca de él y permitas que te guíe. ¿Aceptarás su invitación?

54. Absalón se rebela contra David

Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón;
Y salva a los contritos de espíritu. Salmo 34:18 (RVR60)

 *2 Samuel 15 – 16:19 | Patriarcas y Profetas, capítulo 72*

Absalón, el hijo de David, había matado a su hermano Amnón. Había huido a la tierra de Gesur, pero ahora había regresado a Israel. David lo perdonó y lo aceptó nuevamente, pero Absalón no le devolvió ese amor a su padre. Se encontraba con él y actuaba como si quería ayudar a su padre, pero en realidad estaba planeando hacer cosas que lastimarían a David.

La gente amaba a Absalón, el hijo de David. “Mató a su hermano, pero su hermano se lo merecía,” decían. Pensaban que Absalón era un héroe por lo que había hecho, mientras que David no había hecho nada. Absalón se sentaba a la puerta de la ciudad cada día y escuchaba los problemas de la gente y les daba consejos. Si alguien quería hablar con el rey David acerca de algún asunto, Absalón le decía, “Ven y habla conmigo primero.” Les hizo creer que él era el único que podía comprender sus problemas, y la gente empezó a quererlo mucho.

También se dieron cuenta que Absalón era muy apuesto. Tenía cabello largo y grueso. Su cabello crecía tan rápido que cada año se lo tenía que cortar, y ¡el pelo cortado pesaba más de dos kilos! Absalón no solo actuaba y lucía como un rey, sino que también vivía

como uno. Andaba por la ciudad en un carruaje con cincuenta soldados que corrían por delante, como si fuese un rey. A David no le molestaba lo que hacía su hijo. Pensó, "Es bueno que la gente ame a Absalón. Está ayudando a mi reino. Si aman a mi hijo, también me aman a mí."

Pero lamentablemente, Absalón no estaba ayudando a su padre. Estaba intentando lograr que el pueblo lo eligiera a él como su rey, para así poder quitarle el reino a su padre. Finalmente, Absalón encontró la manera de comenzar su reino. Primero fue a su padre y dijo, "Déjame ir a Hebrón a cumplir una promesa que le hice a Dios mientras vivía en Gesur." David pensó, "¡Qué bueno que mi hijo quiere adorar a Dios!" Bendijo a Absalón y le dijo que fuese a Hebrón.

Pero Absalón había mentido. No fue a Hebrón para adorar a Dios. En cambio, se llevó a mucha gente con él, y allí se hizo rey. Pronto hubo mensajeros yendo por todo Israel, diciendo a la gente, "¡Absalón es el rey ahora!"

A David se le quebrantó el corazón. ¡Su propio hijo le estaba haciendo esto! "Tengo que proteger a Jerusalén," pensó David, "Si me quedo, los hombres de Absalón vendrán y matarán a mucha gente aquí solo para poder matarme a mí. Si me voy, entonces Absalón puede simplemente establecerse en la ciudad sin matar a nadie. Me iré. El que quiera venir conmigo puede hacerlo."

Cuando David se fue de la ciudad, un grupo de 600 hombres se le unieron. Amaban a David y querían ayudarle. Entre el grupo había un hombre llamado Itai. Era un extranjero, pero él y su pueblo habían venido a Jerusalén varios años antes. David los había protegido, y ahora ellos querían proteger a David. "Itai, puedes regresar a tu casa," le dijo David con bondad. "No; te seguiremos y nos

quedaremos contigo," contestó Itai, decidido. Itai y su pueblo habían aprendido acerca de Dios gracias a David. No querían regresar a su tierra donde todos eran idólatras.

Ahora David vio que los sacerdotes y levitas se le habían unido. ¡Hasta estaban trayendo el arca con ellos! David se alegró que los sacerdotes estuvieran con él, pero pensó que sería mejor que ellos y el arca quedaran en Jerusalén. Habló con Sadoc, el sumo sacerdote, y dijo, "Regresa el arca a Jerusalén. Si Dios quiere que regrese, regresaré. Sería mejor si tú y tus hijos, los sacerdotes, regresan a la ciudad. Si ven que puedo regresar sin que haya peligro, por favor envíenme un mensaje."

David y su grupo siguieron caminando hacia el desierto. Lloraron amargamente en el camino. Entonces alguien le dijo a David, "Tu mejor consejero, Ahitofel, le está ayudando a Absalón." David se sintió triste. Ahitofel había sido un buen amigo, pero ahora se había transformado en un enemigo. "Bueno, me merezco esto," pensó David, "Ahitofel es el abuelo de Betsabé. Seguramente todavía está enojado conmigo por el pecado que cometí con ella. Ahora puede vengarse ayudando a Absalón." David oró y le pidió a Dios, "Señor, por favor, ¡haz que Ahitofel dé consejos necios a Absalón!"

Ahora David y su gente subió una montaña. Cuando llegaron a la cima, David siguió orando. Solo Dios le podía dar fuerza y consuelo en este momento. En ese momento, otro de los consejeros de David, Husai, vino a él. ¿Cómo podría ayudar a David? David le dijo, "Regresa a Jerusalén. Dale consejos a Absalón que deshagan cualquier buen consejo que le dé Ahitofel." ¡Cuán agradecido estaba David por este buen amigo! Husai estuvo de acuerdo en hacer eso por David.

Después de esto, otra persona vino a ver a David: era Siba, el siervo de Mefi-boset (Mefi-boset era el hijo de Jonatán que no podía caminar). Siba trajo algunos asnos cargados de alimento para David. David estaba agradecido por todo el alimento, pero se preguntaba por qué Siba estaría haciendo esto. Siba dijo, "Mi amo Mefi-boset se quedó en Jerusalén. Él espera que Dios le devuelva el reino de su abuelo Saúl." David no se detuvo a preguntarse si esto era verdad o no. Decidió simplemente creerle a Siba. Pensó que Siba estaba tratando de ayudarle y de protegerlo de Mefi-boset. David le dijo a Siba, "Puedes quedarte con todas las posesiones de Mefi-boset." Esto era exactamente lo que Siba había esperado.

De repente otro hombre apareció. Era Simei, un pariente del rey Saúl. Simei odiaba a David. Comenzó a tirarle piedras mientras gritaba mentiras acerca de David: "¡Mataste la casa de Saúl! ¡Ahora Dios te está haciendo esto!" gritó. Abisai se enojó por lo que Simei estaba haciendo. Abisai era sobrino de David, y uno de sus mejores soldados. Le preguntó a David, "¿Lo mato?" "No," ordenó David, "Si mi hijo quiere matarme, ¿entonces por qué este hombre no me querría muerto? Déjalo en paz. Dios está permitiendo esto. El Señor verá mi tristeza y me consolará."

David estaba pasando por uno de los peores momentos de su vida. Su hijo estaba en contra de él, no sabía si recuperaría su reino, varios de sus amigos lo habían abandonado, y sabía que muchos de estos problemas eran consecuencia de su pecado. En todo esto, se mantuvo cerca de Dios. Confió que Dios le ayudaría y le daría consuelo. Oró y le contó sus problemas a Dios, y supo que Dios haría lo que fuese mejor para él. Aunque muchos de estos problemas eran consecuencia de su propio pecado, él confió en el perdón y el

consuelo de Dios. Recibió fuerzas solo con saber que Dios estaba con él.

Dios quiere que te mantengas cerca de él siempre, para que evites el dolor que trae el pecado. Pero también quiere que sepas que, aunque hayas cometido errores, él está esperando que vengas a él, para consolarte y mejorar las cosas, así como lo hizo con David. ¿Te mantendrás cerca de Dios? Si ves que te estás alejando, ¿regresarás a él, y le pedirás que te guíe nuevamente?

55. La muerte de Absalón

Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas.
Salmo 147:3 (RVR60)

 *2 Samuel 16:20 – 19:8 | Patriarcas y Profetas, capítulo 72*

David y sus hombres habían ido de Jerusalén y estaban escondiéndose en el desierto. Absalón estaba contento. ¡Qué fácil que fue entrar a Jerusalén ahora que su padre no estaba allí! No hubo nadie que luchara contra él cuando entró por las puertas de la ciudad, y nadie lo detuvo cuando entró al palacio de su padre. Contento, comenzó a vivir en el palacio de David.

Absalón tenía un consejero especial llamado Ahitofel. ¿Te acuerdas de él? Antes había sido el consejero de David, pero ahora lo había traicionado y le estaba ayudando a Absalón. Ahitofel pensó, "Tengo que asegurarme que Absalón jamás vuelva a hacer las paces con su padre. Si lo hace, me matarán, porque ahora soy el enemigo de David." Le dio un consejo muy malvado a Absalón. Después que Absalón siguió ese consejo, todos estuvieron seguros que él jamás se reconciliaría con su padre.

Luego Ahitofel dijo, "Reúne un ejército para que solo maten a David. Dejen que el resto de la gente de David regrese viva a Jerusalén." Absalón le contó de este consejo a Husai, el amigo y consejero de David. Él no sabía que Husai todavía era amigo de David. Husai le había prometido a David, "Le daré a Absalón un consejo que ayude a David, no a Absalón."

Ahora Husai le dijo a Absalón, “El consejo de Ahitofel no es bueno. Tu padre tiene muy buenos soldados, y se está escondiendo. Tus hombres nunca encontrarán a David, pero los hombres de David los atacarán. ¿Por qué no juntas un gran ejército y lo lideras tú mismo? Tu ejército será mucho más grande que el de David.” Absalón dijo, “Me gusta esta idea. Seguiré tu consejo.” Él no sabía que el consejo que Husai le dio no era bueno para él.

Cuando Ahitofel escuchó el plan nuevo de Absalón, tuvo miedo. Supo que si Absalón hacía las cosas como Husai aconsejaba hacerlas, entonces David ganaría. “Si David gana, me matarán, porque me volví su enemigo,” pensó Ahitofel. Él podría haberse arrepentido y le hubiera podido pedir a Dios que lo perdone y le ayude, pero en cambio, se ahorcó y murió esa noche. Ahitofel había sido un consejero inteligente, pero lamentablemente, nunca le había pedido a Dios que fuese su consejero, y terminó perdiendo su vida.

Absalón comenzó a reunir a su ejército. Mientras tanto, Jonatan y Ahimaas, hijos de sacerdotes, fueron a contarle a David cuál era el plan de Absalón. Antes de que llegaran a David, alguien vio lo que estaban haciendo y le contó a Absalón. Los sirvientes de Absalón comenzaron a buscar a estos dos jóvenes para matarlos.

Rápidamente, Jonatán y Ahimaas llegaron a una casa donde pidieron ayuda. La mujer de esa casa les ayudó a esconderse. Les permitió entrar dentro de su pozo, luego cubrió el pozo con una tela, y puso grano molido encima de la tela. Nadie sabría que debajo de ese grano alguien se estaba escondiendo. Los hombres de Absalón no pudieron encontrarlos, y pronto Jonatán y Ahimaas pudieron escaparse. Llegaron a David en cuanto pudieron, y le dijeron, “Cruza el Jordán – ¡pronto!”

David y sus hombres apenas tuvieron suficiente tiempo para cruzar el ancho río Jordán esa noche. Después que cruzaron, ciertos hombres pudientes que conocían a David trajeron alimentos para el grupo entero. Incluso en medio de todo este problema, Dios estaba proveyendo todo lo que David y su gente necesitaba.

Ahora el grupo de David se preparó para la batalla. El ejército de David era más pequeño que el de Absalón, pero tenía hombres bien entrenados. "Por favor, hagan lo que hagan, ¡no maten a mi hijo Absalón!" les rogó David a sus soldados.

Los dos ejércitos lucharon dentro de un bosque. Los hombres de David eran mucho más habilidosos que los de Absalón. Pronto Absalón se dio cuenta que su ejército perdería. Comenzó a huir sobre un asno, pero su cabello largo y grueso quedó enredado en una rama. Su asno siguió galopando, y Absalón quedó colgando de la rama, sin poder defenderse.

Joab se enteró que Absalón estaba atascado en un árbol. Estaba enojado con Absalón por muchas razones. ¿Qué haría ahora? Absalón había perdido la protección de Dios; había rechazado a Dios conscientemente por medio de todas las cosas malas que había estado haciendo. Ahora Joab podía hacer lo que quisiese con Absalón. Joab podría haber hecho las cosas como Dios las haría; podría haberlo llevado vivo a David para que pudieran restaurar su relación, pero no lo hizo. Mató a Absalón allí mismo, luego lo cubrió de piedras. En su ignorancia pecaminosa, él pensó que eso era lo mejor que se podía hacer.

Ahora que Absalón estaba muerto, la batalla por fin había terminado. David tendría que haber estado aliviado que podía regresar a su casa, pero estaba muy triste porque su hijo estaba muerto. En lugar de agradecerles a sus soldados por todo su trabajo

duro, lloró. Mientras los soldados entraban a la ciudad de Mahanaim, donde se estaban albergando, podían escuchar el llanto del rey David, y entraron en silencio, como si estuvieran avergonzados. No entraron regocijándose como lo solían hacer cuando ganaban una batalla.

Joab fue a David y le dijo seriamente, "¡Estos soldados te protegieron y salvaron tu vida! Me estás haciendo pensar que, si Absalón estuviese vivo y todos nosotros hubiésemos muerto, eso no te hubiera molestado. Ahora, por favor, ve y háblales palabras bondadosas a tus soldados. ¡No permanecerán contigo si los tratas de esta forma!" David sabía que Joab tenía razón. Estaba agradecido por toda la ayuda que había recibido de sus hombres. Fue a ellos y les habló palabras de bondad y ánimo, aunque su corazón estaba quebrantado porque su hijo estaba muerto.

David estaba agradecido por los amigos valientes y fieles que le ayudaron, pero también estaba pasando por uno de los eventos más tristes de su vida. En ese momento, encontró consuelo y fuerzas en Dios. Cuando te suceden cosas difíciles, recuerda que Dios está allí, listo para consolarte y fortalecerte. ¿Irás a él hoy, y le pedirás que te dé paz y consuelo?

56. David regresa a su reino

Jehová es mi roca y mi fortaleza, y mi libertador;
Dios mío, fortaleza mía, en él confiaré;
Mi escudo, y el fuerte de mi salvación, mi alto refugio;
Salvador mío; de violencia me libraste.
2 Samuel 22:2-3 (RVR60)

 *2 Samuel 19:9 – 22:51.*

El problema con Absalón ya se había acabado. David todavía no había regresado a Jerusalén. Estaba esperando que las tribus lo invitaran a ser su rey nuevamente. Pero por un tiempo, no llegó ningún mensaje, porque las tribus no se ponían de acuerdo. Finalmente, David les envió un mensaje a los sacerdotes en Jerusalén. En su mensaje, decía, "Pregúntenles a los líderes de Judá por qué no me han invitado a regresar. Son mi tribu."

David también les dijo que quería nombrar un nuevo capitán para su ejército. Joab había matado a Absalón, entonces ya no sería capitán. "Quisiera que Amasa lidere mi ejército," dijo David. Amasa había sido el capitán del ejército de Absalón. Al invitar a Amasa para que fuese su capitán, David estaba expresando perdón y un deseo de volver a unir a todos.

A los hombres de Judá les gustó el mensaje de David, y lo invitaron a regresar a casa. "Queremos que seas nuestro rey," le dijeron. Un grupo entero de Judá y Benjamín vino a encontrarse con

David. Le trajeron un bote para que pudiese cruzar el Jordán con facilidad y regresar a su casa.

Ahora que David era rey nuevamente, alguien vino a verlo. Era Simei, el hombre que le había arrojado piedras sobre la montaña y había dicho cosas horribles en contra de él. Se inclinó ante David y le rogó que lo perdonara. "¡Me equivoqué!" dijo. David bondadosamente perdonó a Simei.

Luego vino otra persona a ver a David: era Mefi-boset, el hijo de Jonatán. Mefi-boset había estado tan triste cuando se fue David, que no se había puesto zapatos, no se había cambiado la ropa ni había recortado su barba desde que David se fue. David le preguntó, "¿Por qué no viniste conmigo cuando me fui?" Mefi-boset le contestó, "Mi siervo Siba me mintió. Dijo que iría a verte él mismo, porque yo no puedo caminar. Luego te dijo mentiras acerca de mí. Sé que Dios está contigo, y que podrás decidir qué hacer con nosotros."

David miró a Mefi-boset. Realmente parecía como que había estado triste desde la ida de David. También recordó lo que Siba había dicho: "Mefi-boset tiene la esperanza de recuperar el reino de tu abuelo ahora que no estás." ¿Quién estaba diciendo la verdad?

David quería paz. Decidió, "Le prometí a Siba que podía quedarse con toda tu tierra. ¿Por qué no dividen la tierra entre ambos?" Mefi-boset aceptó la decisión de David. "Siba puede quedarse con toda la tierra," dijo Mefi-boset, "Yo solo estoy feliz que has regresado en paz."

Ahora que David estaba regresando a casa, las demás tribus sintieron celos. Vinieron y preguntaron, "¿Por qué solamente los hombres de Judá están trayendo a David a casa? ¡Él también es nuestro rey!" Los hombres de Judá y los líderes de las demás tribus discutieron entre ellos para ver a quién pertenecía David. Mientras las

tribus discutían, un hombre llamado Seba decidió que él podría ser rey en lugar de David, y se hizo rey. Todas las tribus se le unieron menos Judá. El pueblo de Judá permaneció con David.

El nuevo capitán de David, Amasa, se preparó para luchar contra Seba, el nuevo rey. Pero antes de que pudiera hacer algo, Joab vino y mató a Amasa. Joab pensó, "Amasa le ayudó al rebelde de Absalón. ¿Cómo puede ser capitán ahora?"

Ahora que Amasa estaba muerto, el ejército de David siguió a Joab. Joab y sus hombres comenzaron a buscar a Seba. "¡Está escondido en una ciudad llamada Abel-bet-maaca!" alguien le dijo a Joab. Enseguida, el ejército de Joab fue hasta esa ciudad y la rodeó. Ahora nadie de allí podía salir ni entrar. Nadie podría conseguir comida ni agua. La gente tuvo miedo. No sabían por qué el ejército de Joab los estaba sitiando; solo sabían que, si el ejército no se iba, todos en esa ciudad morirían.

Una mujer sabia de la ciudad llamó a Joab y le dijo, "¿Puedo hablar contigo?" Luego le preguntó, "¿Por qué están haciendo esto? ¡Van a destruir a una ciudad entera!" Joab le contestó, "Solo queremos a Seba, porque él ha actuado en contra del rey. No deseamos lastimar a nadie más en la ciudad." Ahora que la gente de la ciudad comprendió lo que Joab quería, encontraron a Seba, lo mataron, y Joab y su ejército pudieron regresar a Jerusalén.

Justo cuando David sentía que su reino podría comenzar a disfrutar de algo de paz, comenzó una hambruna. Esta hambruna duró tres años. David le preguntó a Dios, "¿Por qué está sucediendo esto?" ¿Será que esto también era resultado de su pecado? Dios le contestó, "Esto está sucediendo por algo que hizo Saúl hace muchos años atrás: mató a los gabaonitas. Los israelitas habían prometido

jamás matarlos." La hambruna fue una consecuencia natural del pecado de Saúl, y ahora estaba afectando a David y su pueblo.

David fue a hablar con los gabaonitas. Les preguntó humildemente, "¿Qué puedo hacer por ustedes? ¿Cómo podemos arreglar nuestro problema con ustedes?" Los gabaonitas respondieron, "No queremos ni oro ni plata. Solo queremos que nos entregues a siete de los hijos o nietos de Saúl, para que podamos ahorcarlos."

¿Hubiera Dios querido que el problema se resuelva de esa manera? ¡Por supuesto que no! Pero para David, esto pareció un plan sensato. Entregó a siete de los hijos y nietos de Saúl a los gabaonitas, y los mataron. Pero David protegió a Mefi-boset, por su promesa a Jonatán. ¿Cómo hubiera Dios resuelto este problema? ¿Por qué a David ni se le ocurrió preguntarle? David entendía tanto acerca de Dios, pero cuando se trataba de cosas como estas, él pensaba que estaba haciendo lo mejor. ¡Qué triste se habrá sentido Dios!

¡Cuántos problemas había estado teniendo el reino de David! Él entendió que muchos de estos problemas fueron resultado de sus propios pecados en el pasado, o de los pecados pasados de otros. Poco tiempo después de esto, David y su pueblo por fin disfrutaron de una época de paz. David pudo ver que Dios había estado con él incluso cuando las cosas no iban bien. Sabía que podía confiar en Dios aun en estos tiempos difíciles.

Cuando vienen momentos difíciles, ¿te aferrarás a Dios y confiarás en él? ¿Lo alabarás y le agradecerás por estar contigo? Cuando suceden cosas malas por tus propias malas decisiones, o por las malas decisiones de otros, ¿irás a Dios para recibir consuelo y paz? Él te lo quiere dar.

57. Hombres de honor durante la época de David

Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Efesios 6:10 (RVR60)

 *1 Crónicas 4:9- 10; 11:10-47; 20:4-8; 2 Samuel 19:31-40; 21:16-22; 23:8-39*

El rey David fue una bendición para Israel porque ayudó a que el pueblo abandonara sus ídolos y regresara a Dios. Hubo cientos, o tal vez miles, de familias que regresaron a Dios durante esa época y escogieron seguirlo. No sabemos todas sus historias, pero la Biblia nos cuenta acerca de algunos de estos valientes hombres de fe durante la época de David.

Uno de estos hombres buenos fue Barzilai. Él vivía al otro lado del río Jordán. Cuando David tuvo que esconderse de su hijo Absalón, Barzilai fue uno de los que le dieron alimentos. Cuando David por fin pudo volver a su casa, Barzilai cruzó el río Jordán con él para asegurarse que cruzara con seguridad. David estaba agradecido a este amigo bondadoso y generoso. Quiso recompensarlo de alguna manera. Barzilai ya tenía ochenta años, y David le hizo el ofrecimiento más bondadoso posible: “Barzilai, ven y vive en Jeruusalén, y come en mi mesa. Déjame cuidarte.” Pero Barzilai le respondió, “Gracias por este gran honor, pero sería mejor si me quedara en mi propia ciudad, porque ya estoy muy viejo. ¿Por qué no te llevas a mi pariente Quimam en mi lugar?” David estuvo de acuerdo. Bendijo a Barzilai, luego se llevó a Quimam a Jerusalén.

David tenía treinta hombres fuertes y valientes dentro de su ejército. Se los llamaba "los hombres valientes de David", y sus actos de valentía y fuerza maravillaron a la gente. Abisai era el líder de los tres principales valientes. Él también era sobrino de David, hermano de Joab, y amigo cercano de David. Abisai era tan fuerte que una vez mató a trescientos soldados enemigos – ¡solamente con su lanza!

También le salvó la vida a David: David ya estaba más viejo y débil, pero estaba luchando contra un gigante filisteo, un hombre tan alto como Goliat. El gigante era fuerte y feroz, y David casi se murió luchando contra él. Pero Abisai vino, le ayudó a David y le salvó la vida. Entre todos, David y sus valientes terminaron derrotando a cinco gigantes filisteos. ¡Uno de estos gigantes tenía seis dedos en cada mano, y seis dedos en cada pie! ¿Habrá sabido el joven David, el día que juntó cinco piedritas lisas del arroyo antes de derrotar a Goliat con solo una piedra, que algún día derrotaría a estos cinco gigantes?

Después que Abisai le salvó la vida a David, él y los demás hombres le rogaron, "¡Por favor no luches en batalla otra vez! Eres la luz de Israel; ¡no queremos que te maten!" Los hombres pensaban que, aunque David ya no era un guerrero con tanta fuerza, todavía era un fuerte líder espiritual. Vieron que David siempre le ayudaba al pueblo a enfocarse en Dios para recibir su ayuda y su guía. Lo amaban por esto, y no querían perderlo.

Adino el Eznita era otro de los hombres valientes de David. Tenía tanta fuerza que, como Abisai, pudo luchar solamente con una lanza en lugar de una espada, y mató a ochocientos soldados enemigos únicamente con esa lanza.

Otro hombre valiente, Eleazar, luchó contra los filisteos él solo, después que todos los demás soldados habían huido. Luchó con tanta

fuerza y se cansó tanto que su mano se acalambró y quedó pegada a su espada. Gracias a ese calambre, su espada no se cayó de su mano, y él pudo terminar la batalla. Dios le dio la fuerza que él necesitaba ese día.

Benaía, otro hombre valiente, una vez cayó dentro de un pozo cuando nevaba. Un león lo atacó dentro del pozo. Cualquier otra persona hubiera muerto, estando atrapada en ese pozo helado, atacada por un león feroz. Pero Dios le dio fuerzas a Benaía, y él hizo lo que parecía imposible: mató al león. Benaía era tan valiente y fuerte que David le pidió que fuese uno de sus guardaespaldas.

Luego estaba Sama, otro hombre valiente. Durante una batalla, él encontró un montón de lentejas sobre el suelo. A los ejércitos siempre les gustaba encontrar comida, y por supuesto, los soldados filisteos querían quitarle las lentejas. Todos los demás soldados israelitas huyeron, pero Sama se mantuvo firme y luchó contra los filisteos él solo. Dios le dio victoria aquel día; y ¡pudo quedarse con las lentejas!

Estos hombres valientes hicieron lo que entendían que debían hacer. No se desanimaron, y nunca huyeron cuando las cosas se pusieron difíciles. Debido a esto, Dios pudo fortalecerlos y ayudarles a hacer grandes cosas.

¿Por qué estos hombres mataron a tanta gente? Porque desde la época de Josué, los israelitas habían decidido que, para echar a los idólatras de su tierra, ellos mismos tenían que matarlos. Desde ese entonces, eso es lo que los israelitas entendieron que era lo correcto. Así no es como Dios lo planificó originalmente, pero él obró por medio de ellos de todas maneras. Como Dios ya no podía proteger a las naciones que lo habían rechazado, tuvo que permitir que los israelitas hicieran lo que querían con ellas. Estas naciones se

hubieran muerto de alguna manera u otra, porque Dios ya no los estaba protegiendo.

Recuerda, también, que el matar no era la única costumbre de los israelitas que era diferente a lo que Dios hubiera querido: ellos tenían esclavos y a menudo muchas esposas, y no se daban cuenta de cuán malo e hiriente era eso. Dios igual obró pacientemente por medio de ellos lo mejor que pudo, porque ellos estaban haciendo con sinceridad lo que pensaban que era mejor, y querían seguir a Dios. Se necesitaría más tiempo para que la gente entendiera el verdadero carácter de Dios y sus caminos por medio de los profetas, y más tarde, por medio de Jesús, el Mesías.

El último hombre de honor en esta historia es Jabes. Él no era soldado, ni tampoco fue uno de los hombres valientes de David. Pero tenía mucha fe en Dios, y quería seguirlo y hacer su voluntad. Jabes significa "tristeza", pero él fue un hombre que no le trajo tristeza ni a Dios ni a su familia. Tenía hermanos que no eran buenos hombres, pero decidió que él sería diferente. Se rehusó seguir el mal ejemplo de ellos.

Jabes oró a Dios y le pidió, "Por favor, ¡bendíceme, agranda mi territorio, permanece conmigo y protégeme del mal!" Dios oyó esta hermosa oración de Jabes, lo bendijo y le dio con gusto lo que él le pidió.

Dios está buscando hombres, mujeres y niños que estén dispuestos a seguirlo completamente y a ser usados por él. Hizo cosas maravillosas por medio de Barzilai, Jabez y los hombres valientes de David. Desea hacer cosas maravillosas a través tuyo. ¿Te gustaría ser uno de los hombres o mujeres valientes de Dios? Pídele que te ayude a conocerlo hoy y a acercarte a él.

58. Una plaga en Israel

Porque no confiaré en mi arco, ni mi espada me salvará;
Pues tú nos has guardado de nuestros enemigos,
Y has avergonzado a los que nos aborrecían.
Salmo 44:6-7 (RVR60)

 *2 Samuel 24; 1 Crónicas 21 | Patriarcas y Profetas, capítulo 73*

David había regresado a Jerusalén. Era rey nuevamente. Después de un tiempo, David comenzó a desear más poder. Dejó de enfocarse en el poder de Dios, y en cómo Dios podía proteger su reino, sin importar el tamaño de su ejército. En cambio, comenzó a ver cuánto poder humano tenía su reino. Quiso agrandar su ejército, y para eso necesitaba saber cuántos hombres fuertes había en su reino. "Haremos un censo de Israel," decidió David, y le pidió a Joab que estuviera a cargo de esta tarea.

Joab sabía que esta no era una buena idea. Si David agrandaba su ejército, entonces ¿qué verían las demás naciones? ¿Verían al poderoso Dios de Israel, o solo verían un gran ejército? Joab le dijo a David, "¿Por qué haces esto? ¿Por qué harás que Israel peque?" Pero David quiso hacerlo de todas maneras, así que, aunque Joab no estaba contento, comenzó a enumerar a los israelitas.

Antes que completaran el censo, David comenzó a sentirse culpable. Sabía que no tendría que haber hecho esto. "He pecado," le confesó a Dios, "Por favor, quita este pecado de mí. No estuvo bien hacer esto." A la mañana siguiente, Dios envió al profeta Gad a hablar con David. El pecado de David dejaría a Israel sin protección.

Gad le dijo a David, “Dios dice que puedes elegir entre tres años de hambruna, tres meses de ataques enemigos, o tres días de pestilencia.”

David contestó, “Estoy en graves problemas. Déjame caer en la pestilencia. Prefiero que Dios me dé las consecuencias, y no el hombre, porque Dios es misericordioso.” La plaga comenzó, y murieron setenta mil personas. ¿Por qué Dios permitió que muriera tanta gente, si había sido David el que había querido este censo? La verdad es que el pueblo se había sentido igual que David. Habían disfrutado de sentirse seguros por causa de su gran ejército. También habían dejado de depender de Dios para su protección. Por eso, cuando vino la pestilencia, él no pudo protegerlos.

Luego David vio al ángel de Jehová parado entre la tierra y el cielo, alzando una espada sobre Jerusalén. Nadie estaba muriendo por causa de esa espada; se estaban muriendo por causa de la plaga. El ángel no estaba matando a nadie con la espada; simplemente la estaba alzando, señalando a Jerusalén, para mostrar que Jerusalén estaba recibiendo un juicio de Dios por sus pecados. ¿Qué es este juicio? Es cuando Dios se retira por causa de los pecados del pueblo; él iba a dejar de proteger a Jerusalén, y Satanás tendría libertad para enviar una plaga sobre la ciudad.

El rey David y los ancianos estaban todos vestidos de cilicio para para mostrar cuán tristes y arrepentidos estaban. Se inclinaron hacia el suelo, y David le rogó a Dios, “¿Acaso no fui *yo* el que ordenó que se hiciera el censo? ¿Qué ha hecho el pueblo? Por favor, trae esta plaga sobre mí y mi casa, pero no sobre tu pueblo.” Sin embargo, el pueblo también se había unido a David en este pecado; también se habían sentido creídos y seguros al enfocarse en el poder de su

ejército. También habían dejado de confiar en Dios para su protección.

Después de la oración de David, él vio que el ángel estaba parado sobre la era de un hombre llamado Ornán[6]. Una era es un espacio al aire libre de superficie plana donde los granjeros separaban el grano. Ese lugar era muy especial, porque cientos de años antes, Abraham había ofrecido a su hijo Isaac allí mismo. Ahora Dios le estaba dando a David una oportunidad de dar una ofrenda en este sitio especial. David tenía demasiado temor de ir al tabernáculo en ese momento, así que Dios lo invitó a este lugar. El profeta Gad le dijo a David, "Ve a la propiedad de Ornán y construye un altar al Señor."

Mientras tanto, Ornán no sabía lo que estaba sucediendo. Estaba trillando trigo con sus hijos, y de repente vieron el ángel parado sobre la era. ¡Esto los atemorizó! Ornán y sus cuatro hijos salieron corriendo y se escondieron; no sabían qué hacer. Mientras todavía estaban escondidos, Ornán recibió otra sorpresa: ¡el rey David entró a su propiedad! Cuando Ornán vio al rey David, abandonó su escondite, fue hacia David y se inclinó. Con cortesía le preguntó a David, "¿Por qué has venido aquí?" El rey David respondió, "Vine para comprar esta era, para construir un altar aquí para que la plaga pueda detenerse."

Ornán le contestó, "Me gustaría regalártela. También tengo bueyes que puedes ofrecer." David se sintió agradecido por la bondad de Ornán, pero le contestó, "Quiero pagar el precio completo. Y también pagaré por los bueyes. No quiero ofrecerle a Dios algo que no me costó nada." Entonces David pagó cincuenta siclos de plata por la tierra y los bueyes. Construyó un altar y ofreció allí a los

[6] También la Biblia lo llama Arauna.

bueyes, y oró. Dios aceptó la ofrenda y envió fuego del cielo para consumirla.

¿Era necesario que David matara dos bueyes para que Dios lo perdonara? Dios dice en otras partes de la Biblia que en realidad él no desea que se maten animales. Dios en realidad no quería este sacrificio, pero lo pidió de todas maneras porque sabía que *la gente* lo deseaba; las personas sentían que debían sacrificar algo para que Dios las pudiera perdonar. Dios esperaba que, al permitirles ofrecer este sacrificio, creerían que los aceptaba y perdonaba, y así él podría cambiar sus corazones, para que no fuesen necesario más sacrificios.

Después del sacrificio de David, Dios detuvo la plaga en Israel. David vio que Dios dio una orden al ángel, y el ángel guardó su espada. David sintió alivio y gratitud.

Nuestra seguridad y protección nunca puede venir de los hombres. El tamaño de un ejército no significa nada si Dios no está con ellos. En la historia de Israel, Dios había usado ejércitos pequeños, ejércitos débiles y hasta mujeres para darle victoria a su pueblo. David *no* necesitaba un ejército más grande. Ahora David y su pueblo podían depender de Dios nuevamente, y dejar de preocuparse por números y poder.

¿Qué te hace sentir fuerte y seguro? ¿Confías en tus talentos y habilidades, y en las cosas que tienes? ¿O confías en el cuidado y la guía de Dios? Es fácil que nos olvidemos cuánto necesitamos de Dios, y cuán poco nos pueden ayudar las demás cosas. Pídele a Dios hoy que te proteja y te guíe. Pídele que te haga sentir protegido y seguro, y que te ayude a dejar de depender de cosas que en realidad no te ayudarán.

59. Salomón, el nuevo rey

Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos.
1 Crónicas 29:14 (RVR60)

 *1 Reyes 1, 2; 1 Crónicas 28, 29 | Patriarcas y Profetas, capítulo 73*

David envejeció. Ahora tenía setenta años, y necesitaba estar en cama la mayor parte del tiempo. Era claro que pronto moriría, y que habría un nuevo rey en Israel.

David ya sabía cuál de sus hijos sería el siguiente rey: Dios había elegido a Salomón. Pero a uno de los hijos de David, Adonías, no le importó lo que Dios había dicho; él decidió que él mismo se haría rey. ¿No había aprendido nada de su hermano Absalón? ¿No sabía que el hacerse rey, sin la bendición de su padre, sería un desastre? No, Adonías no pensó en estas cosas. No había aprendido a pensar en las consecuencias de sus acciones. Lamentablemente, su padre David, después de pecar con Betsabé, había sentido que no podía corregir a sus hijos ni enseñarles lo que era correcto, así que Adonías había crecido malcriado y egoísta.

Adonías encontró a dos hombres importantes que quisieron ayudarle a hacerse rey: Joab el capitán del ejército, y Abiatar el sumo sacerdote. Estos hombres habían estado cerca de David antes, pero ahora lo traicionaron y se unieron a Adonías. Adonías preparó un gran banquete afuera de la ciudad. Invitó a Joab, Abiatar, todos sus hermanos menos Salomón, y algunos otros hombres para que vinieran a esta fiesta. Una vez que todos estuvieron reunidos, Adonías sacrificó algunas ovejas y vacas, y se proclamó rey.

Pero hubo algunos hombres que no fueron invitados a la fiesta de Adonías. Adonías no había invitado al profeta Natán, Sadoc el otro sumo sacerdote, Benaías el guardaespaldas, los hombres valientes de David, ni a su hermano Salomón. ¿Por qué no? Porque Adonías sabía que estos hombres no estarían de acuerdo con lo que él estaba haciendo, e intentarían detenerlo.

En cuanto el profeta Natán descubrió lo que Adonías estaba haciendo, se lo contó a Betsabé, la madre de Salomón. Betsabé enseguida fue y le dijo al rey David, "Dijiste que Salomón sería el siguiente rey. Pero ahora Adonías se ha coronado rey sin decírtelo. ¡Joab y Abiatar están con él!" Luego el profeta Natán vino y le contó al rey David la misma historia.

David dijo, "Dios eligió a Salomón para que sea el siguiente rey. Me aseguraré que él sea el rey." Entonces David llamó a Natán, Sadoc y Benaía. Les dijo, "Por favor, hagan que Salomón cabalgue sobre mi mula. Únjanlo rey y suenen la trompeta para anunciarlo al pueblo. Luego Salomón puede sentarse en mi trono. Será rey de Israel y Judá."

Los amigos de David estaban felices de hacer esto. Siguieron todas sus instrucciones y proclamaron rey a Salomón. Cuando tocaron la trompeta y gritaron "¡Dios salve al rey Salomón!" todo el pueblo estuvo feliz.

Pero hubo alguien que no se puso contento cuando se enteró de lo que estaba sucediendo: Adonías. Ahora él tuvo miedo. Estaba seguro que Salomón querría matarlo, así que corrió al tabernáculo para recibir protección. Fue al altar de sacrificio y se aferró a los cuernos del altar – esto es lo que los israelitas hacían cuando pensaban que su vida estaba en peligro. "¡Por favor, no me mates!" le rogó a su hermano. El rey Salomón decidió perdonar a su hermano.

“Siempre y cuando no causes problemas, nadie te lastimará,” le prometió.[7]

Después que Salomón se hizo rey, David reunió a todos los líderes de Israel para darles un último mensaje. Les dijo, “Dios ha elegido a mi hijo Salomón como rey. Por favor apóyenlo. Salomón construirá el templo para nuestro Dios.” David siguió diciendo, “Ya he hecho los planos, y he ahorrado oro, plata y otros materiales de construcción.” Luego David animó a los líderes de Israel, diciendo, “Guarden los mandamientos de Dios, para que él los pueda bendecir, y ustedes puedan vivir en esta tierra para siempre.”

Luego, frente a todos los líderes, David le dijo a Salomón, “Hijo mío, necesitas conocer a Dios y servirlo y seguirlo con todo tu corazón. Dios te ha escogido para que construyas el templo. Estará contigo y te ayudará a hacerlo.”

Ahora David miró a todos los hombres que estaban reunidos allí y les preguntó, “¿Quién está dispuesto a entregar su vida a Dios hoy?” Todos contestaron que lo harían. Luego cada hombre allí decidió ofrendar oro, plata, bronce y piedras preciosas para la construcción del templo. Nadie les pidió que hicieran esto; fue su propia decisión, y se sintieron gozosos al traer sus ofrendas.

David estaba lleno de gozo. Había escrito la música para los servicios de adoración, había ayudado a juntar todos los materiales de construcción, y ahora estaba dedicando a todos los líderes a Dios. David y el grupo entero de hombres alabaron a Dios y le dieron gracias. Luego David oró, “Gracias por todo esto. Todo lo que

[7] Lamentablemente, después de la muerte de David, Adonías se comportó de forma malvada, y Salomón le dio muerte. Lo mismo sucedió con Joab. En cuanto a Abiatar, Salomón le perdonó la vida, pero no le permitió seguir siendo sacerdote.

tenemos viene de ti. Todo lo que te damos viene de todo lo que tú nos has dado a nosotros."

Justo antes de morir, David habló con Salomón por última vez. "Sigue a Dios y guarda su ley, y te irá bien en todo lo que hagas," dijo David, "Dios prometió que, si mis hijos le siguen, nuestra familia siempre estará en el trono." Luego David cantó un hermoso salmo acerca de la confianza y la fe. Murió creyendo que Dios lo amaba y lo había perdonado.

Salomón tenía mucho en que pensar. Dios mismo lo había escogido para ser rey. Él había sido bendecido con todo lo necesario para ser un buen rey para Israel. Todo lo que tenía venía de Dios. ¿Le devolvería a Dios algo de lo que Dios le había dado? ¿Seguiría el consejo de su padre y sería un buen rey? Podía escoger ahora si aceptaría lo que Dios le estaba ofreciendo que hiciera.

Nosotros también tenemos una decisión que tomar. Dios nos da muchas bendiciones cada día. ¿Le devolveremos algo de lo que él nos ha dado? ¿Seguirás a Dios y le darás tu tiempo, dinero y talentos para su obra? Él es quien te dio todas estas cosas. Pídele a Dios que te ayude a ver tus muchas bendiciones, y que te ayude a usarlas para su gloria.

Índice Temático

Hemos provisto este índice para ayudarte a encontrar historias específicas. **Los números se refieren a las historias (no a los números de página)** dentro de este volumen.

Abdón 19
Abel-bet-maaca, (ciudad) 56
Abiatar 46 59,
Abigail 43
Abimelec 18
Abinadab 30, 49
Abisai 44, 54, 57
Abner 44, 47
Absalón 53, 54, 55
Acán 4
Acsa 12, 13
Adino el Eznita 57
Adivina 45
Adonías 59
Adoni-bezec 11
Adonisedec 7
Agag 36
Agua, volcada al piso 51
Aguijada de bueyes 13
Ahimelec 41
Ahinoam 43, 53
Ahío 49
Ahitofel 54, 55
Ahorcado 55, 56
Ai 4
Altar 5, 15, 36
Amalecitas 15, 16, 46
Amasa 56
Amnón 53
Amonitas 19, 33, 48, 52
Amorreos 7, 11
Ana 26
Ángel 15, 20, 46, 58
Aod 13
Aquis 46
Arauna/Ornán 58
Árboles, parábola 18
Arca 2, 10, 29, 30, 49, 54
Arrepentimiento 46, 52

Asno/ Burro 12, 19, 32, 43, 54, 55
Baal 15
Barac 14
Barzilai 57
Belén 51
Benaía 57, 59
Benjamín 24, 32
Betel 11
Betsabé 52, 59
Bet-semes 30
Booz 25, 26
Boquim 11
Burro/Asno 12, 19, 32, 43, 54, 55
Caballos, inutilizar 8
Cabellos 22, 54
Caleb 8, 12
Camellos 46
Cananeo ayudador 11
Cántaro 16
Carreta 30, 49
Carros de hierro 11, 14
Carros, quemar 8
Ceneos 14
Censo 58
Cinco hermanas 12
Coatitas 49
Cojo 51
Columnas 22
Concubina 24
Cuerda roja 1
Cueva de Adulam 41, 51
Dagón 29, 45
Dalila 22
Dan 23
David 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 46, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59
Débora 14
Desierto de Parán 43
Desierto de Zif 42
Dividiendo la tierra 8
Doeg 41
Eben-ezer 30
Efraín 8, 11, 17, 19, 33
Egipcio 46
Eglón 13
Elcana 27
Eleazar 57
Elí 27, 28, 29
Eliab 37, 38
Elimelec 25
Elón 19
Endor 45
Era 58
Escudero 35

Espada 3, 16, 18, 38, 41, 57, 58
Espías, dos 1
Estaca 14
Estatua 40
Filisteos 19, 20, 21, 29, 30, 34, 38, 39, 40, 42, 45, 46, 48, 51, 57
Finees, hijo de Elí 28, 29
Finees, sumo sacerdote 9
Flechas 40
Gaal 18
Gabaa 24
Gabaonitas 6, 7, 56
Gad 58
Gaza 22
Gedeón 15, 16, 17, 18
Gesur 53
Gigantes 57
Goliat 38
Granizo 7
Guerrero 3
Hambruna 56
Hanún 48
Hebrón 8, 47, 54
Hija 19
Hombres valientes 57
Husai 55
Ibzán 19
Isaí 37, 38
Is-boset 47
Itai 54
Jabalina 40
Jabes 57
Jabes-galaad 24, 33
Jabín 8, 14
Jael 14
Jair 19
Jefté 19
Jericó 3
Jerusalén 48, 54, 56, 58
Jesús 50
Joab 47, 52, 53, 55, 56, 58, 59
Jonatán 34, 35, 39, 40, 45
Jordán, cruce 2, 55, 57
Josué 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10
Jotam 18
Judá 11, 21, 33, 56
Keila 41
Lagar 15
Lanza 39, 44, 57
Lectura de la ley 5
Lentejas 57
León 21, 57
Levita 23, 24, 30, 49, 50, 54
Lino, manojo 1
Linterna 16

Llanto 11
Maaca 53
Madianitas 15, 16
Mahlón 25
Mano acalambrada 57
Manoa 20, 21
Marchar 3, 48
Matanza de sacerdotes 41
Mefi-boset 51, 54, 56
Merab 39
Micaía 22
Mical 39, 40, 49
Miel 21, 35
Moabitas 13
Molino 18
Monte Ebal 5
Monte Gerizim 5, 18
Monumento 2, 5, 9, 10, 30
Moreras, árboles de mora 48
Mula 53, 59
Músico 38, 39, 49, 50
Nabal 43
Natán 50, 52, 59
Nieve 57
Nob 41
Noemí 25, 26
Obed 26
Obed-edom 49
Ofni 28, 29
Ojo derecho 33
Onda 38
Orfa 25
Ornán/ Arauna 58
Otoniel 12, 13
Oveja, mascota 52
Pacto 5, 10, 39, 40, 42
Pan del santuario 41
Pariente redentor 26
Pascua 2
Penina 27
Perdonando a Saúl 41, 44
Piedras, doce 2
Piedras, tirar 4, 54
Pilar de nube 1
Pilares 22
Plagas 29, 58
Plata 23
Pórtico 22
Pozo 32, 51, 55
Pozo 57
Profetizar 32, 40
Pulgares 11
Quelión 25
Quijada de asno 21
Quimam 57
Quiriat-jearim 30, 49
Quiriat-sefer 12
Rahab 1, 3

Ramá 32
Ratones 29, 30
Razurar barbas 48
Rechazado como rey, Saúl 36
Rey, Israel pide for 31
Roca 15, 17, 20, 30
Rut 25, 26
Sabia mujer 43, 56
Sacerdotes, matanza 41
Sadoc 59
Salomón 50, 50, 59
Sama 57
Samgar 13
Samuel 27, 28, 30, 31, 32, 33, 34, 36, 37, 40
Samuel, hijos 31
Sansón 20, 21, 22
Santuario 1
Saúl 32, 33, 34, 35, 36, 38, 39, 40, 41, 42, 44, 45
Saúl, sacrificio 34
Seba 56
Siba 51, 54
Siclag 46
Siclos 23, 58
Silo 8, 24, 27
Simei 54, 56
Simeón 11
Siquem 5, 18
Sísara 14
Sol detenido 7
Tamar 53
Techo 52
Templo 50, 59
Timnat-sera 8
Tiro 48
Tola 19
Tormenta 30
Torre 18
Trepar 35
Trescientos hombres 16
Tribus de Rubén y Manasés 2, 9
Trompetas 3, 5, 13, 16
Tumores 30
Ungir 32, 37
Urías 52
Uza 49
Vacas 30
Vasija 44
Vellón 15
Vencida, Israel 4
Ventana 1
Vertientes 12
Viuda 53
Zorras 21
Zurdo 13

La Conquista y LOS JUECES

¡Los israelitas han llegado a Canaán! Dios les dice: “Entren a la tierra; la he entregado a ustedes. Los cananeos tendrán tanto temor que se irán. Además, vendrán avispones y los echarán.” Sin embargo, aun con todas estas promesas de parte de Dios, los israelitas eligieron hacer las cosas a su manera. Atacaron y mataron a los cananeos desprotegidos mientras tomaron la tierra para sí. Este no era el plan de Dios, pero obró con ellos en la medida en que las circunstancias se lo permitieron.

Luego, una vez que los israelitas se establecieron en la tierra, Dios fue su rey. Se comunicaba con ellos a través de jueces. En la época de los jueces, los israelitas hicieron las cosas mayormente a su manera. Al final, decidieron que querían un nuevo gobierno: “¡Queremos un rey, como todas las demás naciones!” declararon. Pero incluso cuando ellos rechazaron el plan de Dios, él no los abandonó.

Lee las historias de cómo Dios se acercó a los israelitas durante la época de la conquista, los jueces, y los primeros dos reyes de Israel. Verás cómo Dios bendijo a aquellos que lo aceptaron como su Padre y guía.

MARANATHA MEDIA